

EL GATO DEL DALAI LAMA



Novela

DAVID MICHIE

 Planeta

EL GATO DEL DALAI LAMA

DAVID MICHIE

 Planeta

Índice

Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Epílogo
Acerca del autor
Créditos

*En memoria de nuestra pequeña Rinpoche,
Princesa Wussik del Trono de Zafiro.*

Nos trajo alegría, la amamos profundamente.

*Que este libro sea una causa directa para que ella
y todos los seres vivos alcancen la iluminación
rápida y fácilmente.*

*Que todos los seres tengan alegría
y sean causa verdadera de felicidad;*

*Que todos los seres estén libres
de sufrimiento y de las verdaderas
causas del mismo;*

*Que ningún ser se aparte de la felicidad que,
libre de todo sufrimiento, es la gran alegría
del nirvana, la liberación;*

*Que todos los seres vivan en paz
y con ecuanimidad, que sus mentes se liberen
de cualquier apego y aversión, y de la indiferencia.*

PRÓLOGO



La idea surgió una soleada mañana en la cordillera del Himalaya. Ahí estaba yo, en mi lugar como siempre, sobre el alféizar de mi ventana en el primer piso: el punto de observación perfecto para supervisar con la mayor eficiencia y el menor esfuerzo posible. Su Santidad estaba a punto de dar por terminada una audiencia privada.

Mi discreción es demasiada para divulgar quién estaba en audiencia, pero podría decir que es una actriz muy famosa de Hollywood... ya saben, la que es *legalmente* rubia, la que hace todas esas obras de caridad para niños y es famosa porque le gustan los burros. ¡Sí, *ella*!

Al dar la vuelta para abandonar la habitación, volteó a la ventana que enmarcaba aquella gloriosa vista de las montañas cubiertas de nieve, y fue entonces que notó mi presencia.

—¡Ay, qué lindo! —la actriz se inclinó para acariciar mi cuello y yo contesté con un franco bostezo y estirando trémulamente mis patas frontales—. ¡No sabía que tenía una mascota! —exclamó.

No deja de sorprenderme la cantidad de gente que hace esta observación, aunque no todos son tan atrevidos como la norteamericana que expresó su asombro en voz alta. ¿Por qué *no* habría de tener una mascota Su Santidad (si acaso la frase, «tener una mascota» describe la relación tal como la entienden otros)?

Además, cualquiera con un poder de observación particularmente agudo notaría la presencia felina en la vida de Su Santidad con sólo fijarse en los pelos sueltos y el ocasional bigote que me encargo de dejar en su persona. Si alguna vez, estimado lector, llegaras a tener el privilegio de acercarte al Dalai Lama y escudriñar sus túnicas, seguramente descubrirías una fina capa de pelo blanco que confirma que, lejos de vivir solo, comparte su santuario interior con un ser de raza impecable, aunque no documentada del todo, debo admitir.

Fue precisamente el descubrimiento de estos indicios lo que hizo reaccionar con brusquedad al perro galés de la reina de Inglaterra cuando Su Santidad visitó el Palacio de Buckingham, incidente del cual los medios de comunicación no se dieron por enterados, por extraño que parezca.

Pero estoy divagando.

Después de acariciar mi cuello, la actriz norteamericana preguntó:

—¿Tiene nombre?

—¡Oh, sí, claro! Tiene muchos nombres. —Su Santidad sonrió enigmáticamente.

Lo que el Dalai Lama dijo era verdad. Al igual que muchos gatos domésticos, he ido adquiriendo varios nombres, y algunos los uso con más frecuencia que otros; uno en particular, no me agrada mucho. Quienes trabajan para Su Santidad saben que es mi nombre de ordenación, pero él nunca me ha llamado así. Bueno, por lo menos no usa la versión completa; es un nombre que jamás revelaré mientras viva, jamás lo revelaré en este libro, eso es seguro.

Bien... *definitivamente* no lo revelaré en este capítulo.

—Si tan sólo pudiera hablar... —continuó la actriz— estoy segura de que debe tener mucha sabiduría que compartir.

Y así, quedó plantada la semilla.

Los meses siguientes vi a Su Santidad trabajar en un nuevo libro. Presencié todas las horas que pasó asegurándose de que los textos se interpretaran correctamente; el tiempo y cuidado que invirtió en comprobar que cada una de las palabras que había escrito transmitiera el mayor significado y beneficio posibles. Así fue como empecé a pensar, cada vez con más frecuencia, que quizá había llegado el momento de que yo también escribiera un libro que transmitiera parte de la sabiduría que he adquirido al sentarme, no a los pies del Dalai Lama, sino más cerca, en su regazo. El libro narraría mi propia historia, que más que de la pobreza a la riqueza, fue una historia de felino de basurero a mascota de templo. Narraría mi rescate de un destino demasiado horripilante para ser aceptado, y la forma en que me convertí en la compañía permanente de un hombre que no sólo es uno de los líderes espirituales del mundo y ganador del Premio Nobel, sino también experto en el uso del abrelatas.

Por la tarde, con frecuencia, cuando Su Santidad ya pasó demasiadas horas en su escritorio, yo salto desde la repisa de la ventana, camino sutilmente hasta donde él está trabajando y froto sus piernas con mi peludo cuerpo. Si con eso no logro captar su atención, hundo mis dientes —respetuosamente pero con toda precisión—, en la tierna piel de sus tobillos. Eso siempre funciona.

Entonces, al mismo tiempo que suspira, empuja su silla hacia atrás, me alza en sus brazos y camina hasta la ventana. Y cuando mira directamente mis enormes ojos azules, su expresión me transmite tanto amor, que nunca deja de colmarme de felicidad.

A veces me llama «mi pequeño 'bodhigato'», un juego de palabras que une *bodhisattva* —el término sánscrito que en el budismo se refiere a los seres iluminados—, y claro, la palabra *gato*.

Desde ahí contemplamos juntos la vista panorámica que abarca el Valle de Kangra. A través de las ventanas abiertas entra una sutil brisa que trae consigo las fragancias del pino, el roble himalayo y el rododendro, la cual le brinda al aire un atributo inmaculado, casi mágico. En los cálidos brazos del Dalai Lama, todas las

distinciones se disuelven por completo: las que hay entre el observador y el objeto observado, entre felino y lama, entre la inmovilidad del ocaso y mi hondo ronroneo.

Y en esos momentos, me siento profundamente agradecida de estar junto al Dalai Lama.

CAPÍTULO UNO



El suceso que cambió mi aún entonces muy joven vida y sin el cual, estimado lector, tú no estarías leyendo este libro, se lo debo a un toro que se detuvo a defecar.

Imagina una típica tarde de monzón en Nueva Delhi. El Dalai Lama iba del Aeropuerto Indira Gandhi camino a casa después de un viaje que hizo a Estados Unidos para compartir sus enseñanzas. Mientras atravesaba los suburbios de la ciudad en su automóvil, de pronto el tránsito se vio interrumpido porque un toro caminó con lentitud hasta el centro de la autopista y, una vez ahí, procedió a defecar copiosamente.

El automóvil se encontraba detrás de varios más en medio del congestionamiento, desde ahí Su Santidad observaba con calma por la ventana mientras esperaba que los otros avanzaran de nuevo. Entonces, el drama que se desarrollaba a un lado de la autopista, captó su atención.

Entre el clamor de peatones y ciclistas, de propietarios de puestos de comida y mendigos, dos andrajosos niños de la calle estaban ansiosos por terminar su jornada de vendimia. Esa misma mañana habían encontrado unos gatitos tirados en la basura, ocultos detrás de un montón de sacos de yute en un callejón. Cuando revisaron su hallazgo se percataron de inmediato de que habían encontrado algo de valor porque los gatitos no eran de esos ordinarios callejeros; resultaba evidente que se trataba de felinos de una raza superior. Los muchachitos no conocían la raza Himalaya, pero gracias a nuestros ojos color zafiro y al tono y exuberancia de nuestro pelaje, se dieron cuenta de que éramos un producto que podía mercarse.

Después de arrancarnos del acogedor nido donde nos había colocado nuestra madre, nos arrojaron, a mis hermanos y a mí, a la terrible conmoción de la calle. En tan sólo unos instantes mis dos hermanas mayores, que eran mucho más grandes y estaban más desarrolladas que el resto de nosotros, ya habían sido intercambiadas por rupias. Este suceso tan emocionante provocó que los niños me dejaran caer, y fue así que aterricé con mucho dolor en el pavimento y estuve a punto de ser asesinada por un motociclista.

A los niños les costó mucho más trabajo vendernos a nosotros dos, los gatitos más chicos y flacuchos. Caminaron fatigosamente durante horas por las calles y nos aplastaban con fuerza sobre las ventanas de los autos que pasaban. Apenas recién

nacida, era muy pronto para que me arrebataran de mi madre; por eso, a mi cuerpecito le costaba trabajo enfrentar el maltrato. Débil por falta de leche y el dolor de la caída, ya me encontraba al punto del desmayo cuando los chicos despertaron el interés de un peatón. Era un señor mayor que llevaba algún tiempo pensando en regalarle un gatito a su nieta.

El señor les indicó a los niños que nos colocaran sobre el piso; luego se puso en cuclillas y nos inspeccionó. Mi hermano mayor caminó apoyando sus patitas sobre el lodo corrugado al lado de la autopista y maulló implorando leche. Cuando alguien me empujó desde atrás para que me moviera un poco, lo único que pude hacer fue inclinarme hacia el frente antes de caer en un charco de lodo.

Ésa fue precisamente la escena que vio Su Santidad.

Y también la siguiente.

Acordaron un precio y mi hermano le fue entregado al anciano chimuelo. Yo me quedé en la mugre y el lodo mientras los niños debatían sobre lo que harían conmigo. Uno de ellos me empujó bruscamente con el dedo gordo del pie, y entonces comprendieron que les sería imposible venderme. Tomaron una página de un periódico *Times of India* de la semana anterior, la cual llegó volando a una coladera cercana, y me envolvieron con ésta como si fuera un pedazo de carne echada a perder cuyo destino era el montículo de basura más próximo.

Dentro del periódico empecé a sofocarme y cada respiro se convirtió en una batalla. La debilidad que me provocaba la fatiga y el hambre me hizo sentir que la llama de vida en mi interior parpadeaba y disminuía peligrosamente. En aquellos momentos finales de desesperación, la muerte de pronto me pareció inevitable.

Pero entonces, Su Santidad envió a su asistente antes de que la muerte llegara. Él también acababa de descender de un avión que venía de Estados Unidos y, por suerte, traía consigo dos billetes de un dólar muy bien guardados entre los pliegues de su túnica. Les entregó los billetes a los niños y se fueron a toda prisa, especulando con gran emoción cuántas rupias obtendrían cuando cambiaran los dólares.



Poco después de que me desenvolvieron de aquella trampa en que se tornó la página de deportes («Bangalore vence a Rajasthan por nueve aros», decía el encabezado), me permitieron descansar cómodamente en la parte trasera del automóvil del Dalai Lama y, minutos más tarde, compraron a un vendedor ambulante un poco de leche que Su Santidad me dio a gotas mientras trataba de devolverle la vida a mi flácido cuerpo.

No recuerdo los detalles de mi rescate pero la historia ha sido contada tantas veces que la conozco de memoria. Lo que sí recuerdo es que desperté en un santuario de tan infinita calidez, que por primera vez desde que estuve lejos del saco de yute que fue

nuestro nido aquella mañana, sentí que todo estaba bien. Miré alrededor en busca de la fuente de mi nueva alimentación y seguridad, y me encontré de pronto mirando al Dalai Lama directamente a los ojos.

¿Cómo describir el primer momento en presencia de Su Santidad?

Sí, es un sentimiento, pero también un pensamiento: una cálida y profunda comprensión de que todo está bien. Tal como lo descubriría más adelante, convivir con el Dalai Lama es como estar consciente por primera vez de que nuestra propia naturaleza consiste en brindar amor y compasión infinitos. Esa naturaleza siempre ha estado ahí, pero el Dalai Lama la observa y refleja de nuevo a ti. Él percibe la naturaleza de Buda en la gente, y esta extraordinaria revelación es lo que a veces conmueve hasta las lágrimas a muchos.

Entre los pliegues de un retazo de lana de color bermellón sobre una silla en la oficina de Su Santidad, pude darme cuenta de otro hecho de suma importancia para los miembros de mi especie: estaba en el hogar de un amante de los gatos.



Al mismo tiempo que noté lo anterior, cobré conciencia de una presencia menos compasiva al otro lado de la mesa de centro. Cuando estuvo en Dharamsala Su Santidad completó las audiencias de su agenda, y ahora estaba cumpliendo un compromiso fijado mucho tiempo atrás. Se trataba de una entrevista con un profesor de historia que venía de visita desde Gran Bretaña. Yo no sabía exactamente quién era, pero alguien mencionó que pertenecía a alguna de las dos universidades más famosas de la Liga de la Hiedra (*Ivy League*), de Inglaterra.

El profesor estaba escribiendo un libro sobre la historia indo-tibetana, y al parecer se molestó al percatarse de que no contaba con la atención absoluta del Dalai Lama.

—¿Es un gato callejero? —exclamó cuando Su Santidad le contó brevemente por qué ocupaba yo el lugar que los separaba a ellos.

—Sí, aunque en realidad es gatita; es hembra, —le explicó el Dalai Lama antes de responder, no tanto a lo que el visitante había preguntado, sino al tono en que lo hizo. Primero lo miró con una dulce sonrisa en el rostro y luego habló con esa plena y envolvente voz de barítono a la que tanto me había acostumbrado—: ¿Sabe, profesor? Esta gatita callejera y usted tienen un rasgo en común de gran relevancia.

—No puedo imaginarme cuál es —respondió con un aire de autosuficiencia.

—Su propia vida es lo más importante para usted en el mundo —explicó Su Santidad—; y lo mismo sucede con ella.

Por la pausa que se dio a continuación, fue evidente que a pesar de todo su conocimiento, el profesor jamás había explorado una noción tan sorprendente.

—Pero no estará usted diciendo que la vida de un ser humano y la de un animal

tienen el mismo valor, ¿verdad? —se atrevió a preguntar.

—Los seres humanos tenemos un potencial mucho mayor, por supuesto —contestó Su Santidad—, pero la forma en que todos queremos permanecer vivos, la manera en que nos aferramos a nuestra experiencia particular de la conciencia... en *eso*, los humanos y los animales somos iguales.

—Bueno, quizás algunos de los mamíferos más complejos... —el profesor batalló con esta noción tan inquietante—, pero no todos los animales; es decir, *las cucarachas* no, por ejemplo.

—Incluso las cucarachas —dijo Su Santidad con decisión—. Cualquier ser que tenga conciencia.

—Pero las cucarachas transportan mugre y transmiten enfermedades, incluso *tenemos que* rociarlas con insecticida.

Su Santidad se puso de pie, caminó hasta su escritorio y tomó una caja grande de fósforos.

—Éste es nuestro transporte para cucarachas —dijo—. Es mucho mejor que rociarlas con insecticida, se lo aseguro —continuó con esa risa tan característica—. Creo que a usted no le *gustaría* que lo persiguiera un gigante y le rociara con gas tóxico.

El profesor reconoció en silencio esa breve sabiduría tan evidente pero poco común.

—Para todos los que tenemos conciencia —dijo el Dalai Lama mientras volvía a su asiento—, nuestra vida es muy preciada; por lo tanto, necesitamos proteger con gran ahínco a todos los seres sensibles. Asimismo, necesitamos reconocer que compartimos con ellos los dos mismos deseos fundamentales: el deseo de disfrutar de la felicidad y el de evitar el sufrimiento.

Estos son temas sobre los que he escuchado al Dalai Lama hablar con frecuencia y de formas ilimitadas; sin embargo, cada vez que se expresa con esa claridad tan vívida, con ese impacto, es como si estuviera exponiendo sus ideas por primera vez.

—Todos tenemos estos mismos deseos; también es igual la forma en que buscamos la felicidad y tratamos de evitar la incomodidad. ¿Quién no disfruta de una comida deliciosa? ¿Quién no desea dormir en una cama segura y cómoda? El escritor, el monje y la gatita callejera... todos somos iguales en ese sentido.

Al otro lado de la mesa de centro, el profesor de historia se acomodó en su asiento.

—Y principalmente —dijo el Dalai Lama mientras se inclinaba y me acariciaba con el dedo índice—, todos queremos ser amados.

Aquella tarde, para cuando el profesor se fue, además de la grabación que hizo de las opiniones del Dalai Lama sobre la historia indo-tibetana, tenía muchas más cosas en qué pensar. El mensaje de Su Santidad fue muy desafiante, incluso provocó la confrontación, pero como descubriríamos tiempo después, el suyo no era un mensaje

que pudiera pasarse por alto con facilidad.



Los siguientes días me familiaricé rápidamente con mi nuevo entorno: con el acogedor nido que Su Santidad me fabricó con una vieja túnica de lana, y la cambiante luz en sus habitaciones cuando el sol salía, nos cubría y se ponía todos los días. También me acostumbré a la ternura con que él y sus dos asistentes ejecutivos me alimentaron con leche caliente hasta que tuve suficiente fuerza para empezar a comer alimentos sólidos.

Asimismo, empecé a explorar la suite privada del Dalai Lama y luego me aventuré más allá, hasta la oficina que compartían los dos asistentes. El que se sentaba cerca de la puerta, ese joven y regordete monje de sonrisa constante y manos suaves, era Chogyal. Le ayudaba a Su Santidad con los asuntos del monasterio. Frente a él estaba el lugar de Tenzin, un individuo un poco mayor que Chogyal y también más alto. Tenzin, quien siempre vestía un elegante traje y cuyas manos despedían el penetrante aroma del jabón antiséptico, era el diplomático y agregado cultural que ayudaba al Dalai Lama en los asuntos de orden seglar.

El primer día entré a su oficina tambaleándome, y ambos callaron abruptamente.

—¿Quién es? —preguntó Tenzin.

Chogyal rio sutilmente. Luego me levantó y me colocó sobre el escritorio, donde la brillante tapa azul de una pluma Bic captó mi atención de inmediato.

—El Dalai Lama la rescató al salir de Delhi —explicó Chogyal, y luego, mientras yo jugaba con la tapa de la pluma, repitió la historia que le había contado el acompañante que iba en el automóvil con Su Santidad.

—¿Por qué camina tan raro? —quiso saber el otro asistente ejecutivo.

—Al parecer cayó sobre su propia espalda.

—Mmm —dijo Tenzin vacilante. Se inclinó hacia el frente y me miró con detenimiento—. Tal vez no recibió suficiente alimento porque era la más pequeña de los gatitos. ¿Tiene nombre?

—No —contestó Chogyal, pero después de que jugamos a empujar la tapa de la pluma varias veces sobre el escritorio, exclamó—: ¡tendremos que ponerle nombre! —parecía emocionado por el desafío—. Un nombre de ordenación. ¿Tú qué sugieres?, ¿un nombre inglés o tibetano?

(En el budismo, cuando alguien se convierte en monje o monja, recibe un nombre de ordenación, el cual es señal de su nueva identidad).

Chogyal sugirió varias opciones hasta que Tenzin dijo:

—Lo mejor es no forzar estas cosas. Estoy seguro de que conforme la vayamos conociendo mejor, algo surgirá.

Como siempre, la sugerencia de Tenzin fue sabia y profética... aunque también terminó siendo lamentable para mí más adelante. Después de perseguir la tapa de la pluma un rato, fui del escritorio de Chogyal al de Tenzin, y cuando había recorrido la mitad, el asistente de mayor edad tomó mi pequeño y esponjado cuerpo y lo depositó sobre la alfombra.

—Es mejor que permanezcas ahí —dijo—, tengo aquí una carta de Su Santidad para el Papa, y no queremos que termine con huellas de patitas por todos lados.

Chogyal se rio.

—Firmada en representación por la Gata de Su Santidad.

—GSS —dijo Tenzin rápidamente. Con frecuencia, en la correspondencia se refieren a Su Santidad como SSDL—. Ése puede ser su título provisional hasta que encontremos un nombre adecuado.

Más allá de la oficina de los asistentes ejecutivos había un corredor que pasaba por varios despachos y llegaba hasta una puerta que se mantenía cerrada en todo momento. Debido a que había escuchado a los asistentes conversar, sabía que la puerta conducía a muchos lugares, como El piso de abajo, Afuera, El Templo, e incluso, El extranjero. Era la puerta por donde entraban y salían todos los visitantes de Su Santidad, pero en aquellos primeros días, como yo era una gatita muy pequeña, me conformaba perfectamente con quedarme de este lado de esa puerta.



Como los primeros días de mi existencia en la Tierra los pasé en un callejón, mi comprensión de la vida humana era muy pobre, y no tenía idea de lo inusual de las circunstancias en que me encontraba. Cuando Su Santidad se levantaba de la cama todos los días a las tres de la mañana para meditar cinco horas, yo lo seguía, me enrollaba para formar un sólido nudo a su lado y disfrutaba de su calidez y energía. De hecho, pensaba que la mayoría de la gente empezaba su día meditando.

También noté que cada vez que venía alguien a ver a Su Santidad, le traía una mascada blanca o *kata*, y luego él se la devolvía con una bendición. Entonces di por hecho que así era como recibían los humanos a sus invitados. También me di cuenta de que la mayoría de la gente que visitaba a Su Santidad había viajado largas distancias para llegar hasta ahí, y eso también me parecía perfectamente normal.

Pero luego, un día, Chogyal me levantó en sus brazos y me hizo cosquillas en el cuello.

—¿Acaso te preguntas quiénes son todas estas personas? —me preguntó al mismo tiempo que siguió mi mirada hasta las fotografías enmarcadas que colgaban en la pared de la oficina de los asistentes ejecutivos. Señaló algunas y dijo—: Éstos son los últimos ocho presidentes de Estados Unidos en reunión con Su Santidad. Él es una

persona muy especial, ¿sabes?

Lo sabía, porque antes de alimentarme, el Dalai Lama siempre se aseguraba de que mi leche estuviera caliente, pero no demasiado.

—Es uno de los líderes espirituales más grandes del mundo —me siguió explicando Chogyal—. Creemos que es un Buda viviente. Seguramente tú tienes un cercano vínculo kármico con él... Sería muy interesante saber qué los une.

Unos días después, llegué al corredor que conducía a la pequeña cocina y al área de descanso donde algunos de los asistentes del Dalai Lama iban para relajarse, comer y preparar té. Había varios monjes sentados en el sofá viendo un video de noticias sobre la reciente visita de Su Santidad a Estados Unidos. Para entonces ya todos sabían quién era yo; de hecho me había convertido en la mascota de la oficina. Salté al regazo de uno de los monjes y le permití acariciarme mientras yo veía la televisión.

Al principio sólo vi una multitud de gente y un diminuto punto al centro, pero la voz de Su Santidad se escuchaba con claridad. Poco después comprendí que el punto rojo era él, y se encontraba al centro de una enorme arena deportiva cubierta. Esa escena se repetía en todas las ciudades que visitaba, de Nueva York a San Francisco. El comentarista del noticiero dijo que las cantidades asombrosas de gente que lo fue a ver en todas las ciudades, demostraban que era más popular que muchas estrellas de rock.

Poco a poco empecé a comprender cuán extraordinario era el Dalai Lama y lo mucho que lo apreciaban los demás. Y tal vez gracias al comentario de Chogyal respecto a nuestro «cercano vínculo kármico», en algún momento también empecé a creer que, seguramente, yo también era especial; porque después de todo, fui a quien Su Santidad rescató de las alcantarillas de Nueva Delhi. ¿Habría reconocido un espíritu gemelo en mí? ¿Un ser consciente que se encontraba en la misma frecuencia espiritual que él?

Cada vez que escuchaba a Su Santidad hablarles a sus visitantes sobre la importancia del amor y la gentileza, ronroneaba satisfecha, con la certeza de que yo también pensaba lo mismo. Cuando abría mi lata de alimento Snappy Tom para la tarde, para mí era evidente, tanto como para él, que todos los seres conscientes querían satisfacer las mismas necesidades elementales. Y cuando acariciaba mi abultado vientre después de la cena, también era igual de obvio que él tenía razón: lo único que deseamos es ser amados.

En aquel tiempo se escucharon conversaciones sobre lo que pasaría cuando Su Santidad realizara un viaje de tres semanas a Australia y Nueva Zelanda que tenía programado. Como además de ese viaje también había otras actividades planeadas, ¿qué sería lo mejor?, ¿qué me quedara en la casa del Dalai Lama o que me buscaran una casa nueva?

¿Una casa nueva? ¡La idea era una locura! Yo era GSS y me había convertido rápidamente en parte vital de la cotidianidad. No quería vivir con nadie que no fuera

el Dalai Lama. Además, había llegado a valorar muchísimo otros aspectos de mi rutina diaria como tomar el sol en la repisa de la ventana mientras Su Santidad hablaba con sus visitantes, comer los deliciosos alimentos que él y su personal me servían en un platito, o escuchar conciertos con Tenzin durante el almuerzo.

El agregado cultural de Su Santidad era tibetano pero se había graduado de la Universidad de Oxford, en Inglaterra. Ahí estudió cuando tenía veintitantos años y desarrolló un gusto particular por todo lo europeo. A menos de que hubiera algún asunto importante que atender, todos los días a la hora del almuerzo, Tenzin se levantaba de su escritorio, sacaba la pequeña lonchera de plástico que su esposa le enviaba y caminaba por todo el corredor hasta llegar a la enfermería. En ese lugar — que pocas veces se utilizaba para brindarle atención a alguien —, había una cama individual, un gabinete médico, un sillón y un sistema de audio portátil que le pertenecían a Tenzin. Un día que lo seguí hasta allá por curiosidad, lo vi acomodarse en el sillón y presionar un botón del control remoto del aparato de sonido. La música inundó la enfermería de inmediato. Con los ojos cerrados, el diplomático recargó la cabeza en el respaldo del sillón y sonrió.

—Es el *Preludio en Do Mayor* de Bach, GSS —me dijo cuando terminó la breve pieza para piano. No me había dado cuenta de que sabía que yo estaba ahí con él—. ¿No te parece exquisito? Es de mis preferidos, y es tan sencillo: sólo una línea melódica. No tiene armonía, ¡pero transmite emociones muy profundas!

Aquella terminó siendo la primera de una serie de lecciones de música y cultura Occidental que Tenzin me dio casi todos los días. Me daba la impresión de que realmente le agradaba mi presencia porque era un ser con quien podía compartir el entusiasmo que le causaba aquella aria de ópera, aquel cuarteto de cuerdas o, incluso a veces para variar, la reconstrucción de algún suceso histórico en obra dramática transmitida por radio.

Mientras Tenzin comía lo que hubiera en su lonchera de plástico, yo me enroscaba sobre la camilla, y él me lo permitía porque estábamos solos. Mi aprecio por la música y la cultura occidentales comenzaron a desarrollarse cada vez más, almuerzo tras almuerzo.



Pero entonces, un día, sucedió algo inesperado. Su Santidad se encontraba en el templo y La Puerta estaba abierta. Para ese momento yo había crecido y me había convertido en una gatita temeraria que no se conformaba con pasar todo el día siendo mimada, en un saquito de lana. Al merodear por el corredor en busca de aventuras, vi que La Puerta estaba entreabierta y supe que tenía que atravesarla para explorar los muchos lugares que se encontraban más allá.

El piso de abajo, Afuera, El extranjero...

De alguna manera logré bajar temblorosamente dos series de escaleras. Estaba agradecida de que estuvieran alfombradas porque mi descenso se aceleró sin control y terminé aterrizando al final de las escaleras como un fardo muy poco digno. Luego me levanté, continué avanzando por un pasillo corto y me dirigí Afuera.

Era la primera vez que salía desde que me rescataron de las alcantarillas de Nueva Delhi. Afuera había mucho bullicio y una fuerte sensación de energía; la gente caminaba en todas direcciones. No había avanzado demasiado cuando escuché un coro de agudos chillidos y el golpeteo de muchos pies sobre el pavimento. Un grupo de chicas, estudiantes japonesas, se percató de mi presencia y corrió para atraparme.

Sentí pánico. Corrí tan rápido como me lo permitieron mis inestables patas traseras y me agaché para protegerme de la aullante horda. Pero las seguía escuchando y sabía que cada vez estaban más cerca. No había manera de dejarlas atrás, la piel de sus zapatos al golpear el pavimento, ¡se transformó en el sonido de un trueno!

Luego alcancé a ver un pequeño hueco entre las columnas de ladrillos sobre las que se apoyaba el piso de una terraza. Había una abertura que llevaba a la parte inferior de la construcción, pero era demasiado angosta y yo tenía muy poco tiempo; además, no sabía a dónde conducía finalmente ese hueco. Por suerte, el infernal ruido terminó abruptamente en cuanto entré por la cavidad. De pronto me encontré en un amplio espacio donde sólo se podía gatear entre el suelo y las duelas, era oscuro y polvoso, y se escuchaba el constante y sordo golpeteo de los pasos de las personas que caminaban encima de mí, pero por lo menos me encontraba a salvo. Entonces me pregunté cuánto tiempo necesitaría quedarme ahí para que las estudiantes se fueran... Luego me quité una telaraña de la cara y decidí no arriesgarme a sufrir otro ataque.

En cuanto mis ojos y oídos se acostumbraron al entorno, me di cuenta de que se escuchaba el ruido de alguien o algo rasguñando. Era un mordisqueo esporádico pero insistente. Hice una pausa y expandí mis orificios nasales en busca de aire, porque junto con el sonido de esos dientes incisivos que mascaban, también llegó un olorcito picante que hizo vibrar mis bigotes. Aquella reacción, instantánea y fuerte, activó un reflejo que ni siquiera sabía que poseía.

Aunque jamás había visto un ratón, de inmediato supe que se trataba de una presa. Colgaba de la pared de ladrillos y tenía la mitad de la cabeza medio enterrada en una viga de madera que estaba ahuecando con sus enormes dientes frontales.

Me acerqué sigilosamente y aproveché que el constante sonido de los pasos en el piso de arriba cubría mis movimientos.

Entonces, el instinto se apoderó de mí, y con un solo golpe de mi pata frontal hice que el roedor perdiera el equilibrio y cayera al suelo, donde se quedó aturdido. Me agaché, hundí mis dientes en su cuello, y el cuerpo se tornó flácido.

Sabía exactamente lo que tenía que hacer a continuación. Una vez que tuve a la presa entre mis fauces, caminé furtivamente hasta el hueco entre las columnas de

ladrillo, eché un vistazo a la acera para cerciorarme de que no hubiera gente, y en cuanto confirmé que las estudiantes japonesas se habían ido, corrí sobre el pavimento y volví a entrar al edificio. Atravesé el corredor vertiginosamente y subí las escaleras hasta llegar a La Puerta.

Estaba cerrada.

¿Y ahora qué? Me quedé sentada ahí un rato preguntándome cuánto tendría que esperar, hasta que por fin llegó un miembro del personal de Su Santidad. Al reconocerme, pero sin prestarle atención al trofeo que llevaba en la boca, me permitió entrar. Caminé sigilosamente a lo largo del corredor y di la vuelta en la esquina.

Como el Dalai Lama todavía estaba en el templo, fui a la oficina de los asistentes ejecutivos. Ahí dejé caer al ratón y anuncié mi llegada con un maullido de urgencia. Chogyal y Tenzin reaccionaron a mi nuevo tono y voltearon al mismo tiempo. Ambos se sorprendieron al verme ahí parada llena de orgullo y con el ratón a mis pies sobre la alfombra.

Pero la reacción de los asistentes no fue la que yo esperaba. Se miraron entre sí y luego salieron disparados de sus sillas. Chogyal me levantó rápidamente y Tenzin se inclinó junto al ratón inmóvil.

—Aún respira —dijo—, tal vez está conmocionado.

—La caja de tinta para impresora —exclamó Chogyal al tiempo que señalaba la caja de cartón vacía de donde acababa de sacar un cartucho nuevo de tinta.

Tenzin usó un sobre viejo como espátula y empujó al ratoncito hasta que éste estuvo dentro de la caja. Luego lo miró con detenimiento.

—¿Dónde crees que lo haya...?

—Ésta trae telarañas en los bigotes —dijo Chogyal inclinando la cabeza de lado para señalarme.

¿«Ésta»? ¿Qué manera era ésa de referirse a GSS?

En ese momento entró a la oficina el chofer del Dalai Lama. Tenzin le entregó la caja y le dijo que tendría que mantener al ratón en observación, y si llegaba a recuperarse debía liberarlo en el bosque cercano.

—GSS debió haberse escapado —dijo el chofer mientras miraba mis azules ojos.

Chogyal continuaba sosteniéndome, pero no me abrazaba con el cariño de costumbre; más bien, era como si cargara a una bestia salvaje.

—GSS... No estoy seguro de que ése pueda seguir siendo su título —dijo Chogyal.

—Sólo era un título provisional —coincidió Tenzin mientras regresaba a su escritorio—, pero el de «Ratonera de Su Santidad» tampoco me parece apropiado.

Chogyal me colocó de nuevo sobre la alfombra.

—¿Y qué tal si como nombre de ordenación le ponen «Mouser», así, en inglés? Digo, por su gusto por los ratones —sugirió el chofer, pero como tenía un fuerte acento tibetano, más bien sonó a «Mousie».

Entonces los tres me miraron con vehemencia, y la conversación dio un giro peligroso que no he dejado de lamentar desde entonces.

—No puede ser solamente «Mousie» —dijo Chogyal—. Tiene que ser Algo Mousie o Mousie Algo.

—¿«Monstruo Mousie»? —sugirió Tenzin.

—¿«Exterminadora Mousie»? —agregó Chogyal.

Hubo una pausa antes de que el chofer propusiera lo inaudito.

—¿Y qué tal «Mou-Sie Tung»? —exclamó.

Los tres hombres se atacaron de risa y miraron mi pequeño y esponjado cuerpo.

De pronto Tenzin fingió seriedad absoluta y me miró directamente a los ojos.

—La compasión es algo muy bueno, ¿pero ustedes creen que Su Santidad deba compartir su casa con Mou-Sie Tung?

—¿O dejar encargada con alguien a Mou-Sie Tung las tres semanas que visite Australia? —musitó Chogyal, y los tres volvieron a reír como niños.

Entonces me levanté, salí caminando de la oficina con las orejas apretadas y echadas firmemente hacia atrás y la cola entre las patas.



Pasé las siguientes horas sentada bajo la apacible luz solar de la ventana de Su Santidad. Fue entonces que empecé a comprender la enormidad de lo que había hecho. Casi toda mi niñez la pasé escuchando al Dalai Lama insistir en que la vida de todos los seres conscientes es tan importante para ellos como lo es la nuestra para nosotros. Pero en la única ocasión que salí al mundo, ¿qué tanta atención le presté a su enseñanza?

Y eso de que todos los seres desean ser felices y evitar el sufrimiento, bien, pues ni siquiera me cruzó por la cabeza cuando perseguí al roedor, sólo dejé que el instinto se apoderara de mí. En ningún momento consideré mis acciones desde el punto de vista *del ratón*.

Estaba empezando a entender que aunque una idea sea simple, llevarla a cabo no es necesariamente fácil. Ronronear para expresar que estaba de acuerdo con principios de tanta relevancia, no significaba nada si no los *aplicaba* en mi vida.

Me pregunté si le contarían a Su Santidad sobre mi nuevo «nombre de ordenación»: ese triste recordatorio de la mayor tontería de mi juventud. Cuando se enterara de lo que hice, ¿se horrorizaría tanto que me desterraría de su hermoso refugio para siempre?



Por suerte para mí, el ratón se recuperó y Su Santidad tuvo que atender una serie de reuniones en cuanto regresó. No mencionó el asunto sino hasta que era casi de noche. Llevaba un rato sentado en su cama leyendo, pero luego cerró su libro, se quitó los lentes y los colocó en el buró.

—Me dijeron lo que sucedió —murmuró mientras se acercaba al lugar donde yo dormitaba—. A veces nuestro instinto y el condicionamiento negativo pueden obligarnos a hacer cosas que no queremos, y después nos arrepentimos mucho de ello. Sin embargo, ésa no es razón para renunciar a uno mismo; los budas no han renunciado a ti. Lo que se debe hacer es aprender del error y seguir adelante. Es así de sencillo.

El Dalai Lama apagó su lámpara y ambos nos quedamos recostados en la oscuridad. Yo ronroneé dulcemente como señal de aprecio.

—Mañana comenzamos de nuevo —dijo.



Al día siguiente Su Santidad revisó las pocas cartas que sus asistentes ejecutivos habían seleccionado para su lectura de entre las que llenaban grandes sacos que se recibían todas las mañanas.

De pronto sostuvo una carta y un libro que fueron enviados por el profesor de historia de Inglaterra, y volteó a ver a Chogyal.

—Esto es muy agradable.

—Sí, Su Santidad —dijo Chogyal al mismo tiempo que miraba cuidadosamente la brillante tapa del libro.

—No estoy pensando en el libro —dijo Su Santidad—, pienso en la carta.

—¿Oh, sí?

—El profesor dice que después de reflexionar sobre nuestra conversación, dejó de usar caracoles como carnada en sus rosas. Ahora los libera y los deja trepar por el muro del jardín.

—¡Excelente! —dijo Chogyal con una sonrisa.

El Dalai Lama me miró a los ojos.

—Nos agradó conocerlo, ¿verdad? —me preguntó Su Santidad, y entonces recordé lo poquísimo iluminado que me pareció el profesor cuando nos visitó. Sin embargo, después de lo que hice el día anterior, realmente no era nadie para juzgar.

—Eso demuestra que todos tenemos la capacidad de cambiar, ¿no crees, Mou-Sie?

CAPÍTULO DOS

A pesar de que los gatos pasamos la mayor parte del día dormitando cómodamente, nos gusta que nuestros humanos se mantengan ocupados. Por supuesto, no nos agrada que sean ruidosos o entrometidos, sólo queremos que estén activos lo suficiente para entretenernos en los períodos que decidimos permanecer despiertos. ¿Por qué crees que la mayoría de los gatos tiene un asiento preferido en el teatro? ¿Un lugar predilecto sobre el alféizar, la terraza, el poste o la parte superior de la alacena? ¿No te das cuenta, querido lector, que tú eres nuestro entretenimiento?

Ésta es precisamente una de las razones por las que es tan agradable vivir en Jokhang, nombre con que se le conoce al templo del Dalai Lama: ahí siempre sucede algo.

Todas las mañanas, antes de las cinco, el complejo del templo cobra vida gracias al sonido del suave golpeteo de las sandalias sobre el suelo cuando los monjes del Monasterio de Namgyal se reúnen para sus meditaciones matutinas. Para esa hora, Su Santidad y yo ya llevamos dos horas meditando, pero a mí me gusta levantarme cuando escucho el barullo de afuera. Estiro mis patitas frontales con gran lujo y exuberancia, y a veces rasguño un poco la alfombra para calentar antes de dirigirme a mi posición de siempre en la repisa de la ventana. Desde ahí observo el reconfortante inicio del montaje circadiano que se reconstruye cotidianamente porque, en la vida monástica, casi todos los días son iguales.

Todo comienza con los destellos de cuadros dorados que parpadean a la vida en el horizonte, cuando las lámparas se encienden en el templo y en las habitaciones de los monjes. Durante el verano, la brisa matinal transporta nubes de incienso púrpura y cantos del amanecer, y los conduce hasta atravesar las ventanas abiertas, justo cuando el cielo empieza a iluminarse en el Este.

Para cuando los monjes salen del templo, a las nueve de la mañana, Su Santidad y yo ya desayunamos, y él se encuentra sentado a su escritorio. A continuación tiene breves juntas de información con sus consejeros y, abajo, en el templo, los monjes regresan para llevar a cabo su estricta rutina cotidiana que incluye recitar textos, asistir a clases, debatir temas filosóficos en el jardín y meditar. Estas actividades sólo son interrumpidas por los llamados a las dos comidas del día y finalizan a las diez de la noche aproximadamente.

Después de eso los monjes más jóvenes tienen que volver a casa y memorizar textos hasta la medianoche. A los monjes mayores se les exige más, y con frecuencia tienen que estudiar y debatir hasta la una o dos de la mañana. El período en que no se realiza ninguna actividad en medio de la noche y la madrugada, sólo dura unas horas.

Mientras tanto, en la protagonista suite de Su Santidad, hay una procesión constante de visitantes: políticos, celebridades y filántropos —todos ellos mundialmente reconocidos—, así como otras personas que son menos populares, pero a veces resultan mucho más intrigantes, como el Oráculo de Nechung, a quien Su Santidad a veces consulta. El Oráculo de Nechung es un médium entre el reino del mundo material y el del mundo espiritual; es el Oráculo Estatal de Tíbet. Él fue quien advirtió sobre las dificultades con China desde 1947, y sigue colaborando en la toma de decisiones importantes; el Oráculo entra en un estado de trance inducido que a veces forma parte de una compleja ceremonia donde ofrece profecías y consejos.

Tal vez piensas, querido lector, que el hecho de encontrarme en un ambiente tan cómodo y estimulante me hacía la gata más feliz del mundo: el más afortunado de todos los felinos que alguna vez han tocado el violonchelo —así es como los gatos llamamos a esa delicadísima parte de nuestra rutina de arreglo personal en que nos enfocamos en nuestras regiones privadas—, sin embargo, en aquellos primeros meses que viví con el Dalai Lama, la situación era muy distinta.

Hasta entonces, quizá no me parecía que mi situación fuera inmejorable, porque muy poco tiempo antes el único sentimiento que conocía era el de ser parte de una camada de cuatro. O tal vez era la ausencia de contacto con otro ser sensible con pelaje y bigotes que hubiese sido bendecido. Cualquiera que fuese la razón, no sólo me sentía muy sola en casa, también llegué a creer que sólo sería completamente feliz si tuviera un gato a mi lado.

El Dalai Lama lo sabía. Él fue quien desde el primer momento que estuve en su automóvil, se ocupó de mí con la mayor ternura y compasión posibles, y quien me alimentó esas primeras semanas con atención constante a mi bienestar.

Por eso, un día —poco después del incidente con el ratón, mientras yo merodeaba en el corredor sintiéndome perdida y titubeante respecto a qué hacer—, Su Santidad me vio cuando se dirigía al templo, volteó a donde estaba Chogyal y le dijo:

—Tal vez a la pequeña Leona de las Nieves le gustaría acompañarnos.

¡*Leona de las Nieves!* ¡Me encantó el nombre! Cuando me levantó en sus brazos cubiertos con la túnica, ronroneé como señal de aprobación. Los leones de las nieves son animales celestiales en el Tíbet y representan la felicidad incondicional. Son animales bellísimos, vibrantes y encantadores.

—Nos espera un día importante —me dijo Su Santidad cuando bajamos—. Primero una visita al templo para presenciar los exámenes, y luego la señora Trinci vendrá a preparar la comida para el visitante de hoy... y a ti te simpatiza la señora, ¿verdad?

«Simpatiza» no alcanzaba a describir mis sentimientos. Yo *adoraba* a la señora Trinci o, para ser más específicos, adoraba su hígado de pollo en cubitos, un platillo que preparaba específicamente para mi deleite.

Cada vez que era necesario el servicio de banquetes para una ocasión especial o porque nos visitaba un dignatario, se solicitaba la presencia de la señora Trinci. Más de veinte años atrás, alguien de la oficina del Dalai Lama tuvo que planear el banquete para una delegación de gran importancia que venía del Vaticano, y así descubrió a la viuda italiana que vivía cerca del templo. La habilidad culinaria de la señora Trinci superó sin esfuerzo a todos los proveedores anteriores de banquetes y, gracias a eso, la italiana se convirtió en poco tiempo en la chef predilecta del Dalai Lama.

La señora Trinci era una elegante mujer de cincuenta y tantos años con una inclinación particular por los vestidos llamativos y la bisutería extravagante, y siempre que entraba apresuradamente a Jokhang producía una oleada de emoción. Desde el momento en que llegaba asumía el control de la cocina y atraía a todos los presentes —aun cuando no fueran ayudantes de cocina— hacia el remolino de energía que ella era. En una de las primeras visitas de la señora, el abad de Gyume Tantric College iba pasando casualmente por ahí, y ella le ordenó que entrara a la cocina, donde le puso un mandil sin siquiera pensarlo y le dio un cuchillo y zanahorias para que las cortara en cubos.

La señora Trinci no sabía nada de protocolos y no soportaba que no estuvieran de acuerdo con ella. Además, cuando tenía que preparar un banquete para ocho personas, el crecimiento espiritual le resultaba prácticamente irrelevante. Su dramático temperamento era lo opuesto a la apacible humildad de la mayoría de los monjes, pero para ellos, su vivacidad, intensidad y pasión, resultaban encantadoras.

Y también adoraban lo generosa que era. La señora Trinci se aseguraba de que además de la comida de Su Santidad, el personal del templo siempre encontrara un apetecible guiso en el horno, y *strudel* de manzana, pastel de chocolate u otro postre celestial en el refrigerador.

La primera vez que me vio declaró que yo era La Criatura Más Hermosa Jamás Vista, y desde ese momento, siempre que visitó la cocina del Dalai Lama, trajo consigo —en alguna de sus varias bolsas del supermercado—, deliciosos bocadillos que compraba especialmente para mí. La señora me colocaba sobre la banca de la cocina y me observaba con detenimiento con sus extasiados ojos color ámbar y sus pestañas revestidas con rímel, mientras yo devoraba ruidosamente el *pot-au-feu* de pollo, el asado de pavo o el filete miñón que había servido en mi plato. Un día me encontraba justamente esperando que me sirviera algún manjar cuando llegó Chogyal y me llevó en brazos hasta el otro lado del jardín, al templo.

Yo jamás había entrado al templo y no se me ocurría mejor manera de hacer mi primera aparición ahí que como parte del séquito de Su Santidad. El templo es un

edificio asombroso y lleno de luz; tiene techos muy altos, vívidos cuadros de seda con complejos bordados de deidades, y banderines multicolores de la victoria que cuelgan en las paredes como si fueran cascadas de tela. También hay grandes estatuas de Buda con hileras de deslumbrantes cuencos de bronce colocados ahí para esa divinidad, y ofrendas simbólicas de alimentos, incienso, flores y esencias. En el templo había cientos de monjes sentados sobre los cojines en espera de que empezaran los exámenes; el apagado zumbido de su conversación continuó incluso después de que el Dalai Lama llegó. Por lo general, él siempre hacía una entrada formal por el frente del templo y tomaba su lugar en el trono de la enseñanza mientras los demás murmuraban llenos de asombro; sin embargo, en esa ocasión entró sigilosamente por la parte de atrás porque no quería atraer la atención ni distraer a los monjes que estaban a punto de presentar su examen.

Año tras año, los novicios compiten por un número limitado de plazas para estudiar el nivel Geshe. Este nivel es el más alto del budismo tibetano, en muchos sentidos es el equivalente a un doctorado, sin embargo, toma doce años estudiarlo completo. Exige recordar textos fundamentales sin falla alguna y desarrollar la capacidad de analizar y debatir sutiles diferencias filosóficas, y ni siquiera voy a mencionar las muchas horas de práctica de meditación que se deben cubrir. La mayor parte de esos doce años que dura el curso, los alumnos trabajan unas veinte horas al día, durante las cuales se apegan a una rigurosa rutina de estudio; y a pesar de las fuertes exigencias, la cantidad de monjes novicios que desean ingresar, siempre es mayor que el número de lugares disponibles.

Hoy se les hizo examen a cuatro novicios. Como lo marca la tradición, comenzaron respondiendo las preguntas de los sinodales frente a la comunidad de Namgyal; la situación es intimidante, pero promueve la apertura y la transparencia. Además, observar el proceso es una excelente preparación para los novicios más jóvenes que algún día también estarán frente a sus compañeros.

Sentada en el regazo de Chogyal, en la hilera del fondo del templo, junto al Dalai Lama, escuché a dos hermanos de Bután, a un joven tibetano y a un estudiante francés que tuvieron oportunidad de impresionar al público con sus respuestas a preguntas sobre temas como el karma y la naturaleza de la realidad. Los hermanos de Bután ofrecieron respuestas correctas que sabían de memoria, y el chico tibetano también citó partes del texto asignado. Sin embargo, el estudiante francés fue más allá y demostró que no solamente había leído los conceptos, sino también los había entendido. El Dalai Lama sonrió con calidez durante todo el proceso.

Más adelante, en el debate con varios monjes mayores que trataron de hacer caer a los estudiantes con argumentos muy ingeniosos, sucedió lo mismo. Los estudiantes butaneses y el tibetano se apegaron religiosamente a las respuestas del libro de texto, en tanto que el joven francés lanzó provocativos contraargumentos propios que provocaron la risa en el templo.

Finalmente llegó el momento de recitar textos y los estudiantes himalayos lo hicieron de forma inmaculada. Se les pidió que recitaran el *Sutra del Corazón*, un breve texto que contiene una de las enseñanzas más famosas de Buda. El estudiante francés empezó con voz clara y fuerte pero, por alguna razón, a la mitad titubeó. Hubo un largo silencio de azoro; algunos murmuraron tratando de motivarlo a seguir. El estudiante empezó de nuevo pero con menos confianza en sí mismo y, al final, perdió la concentración por completo. Volteó a ver a sus sinodales y se encogió de hombros en señal de disculpa. Ellos le indicaron con un gesto que volviera a su lugar.

Poco después los sinodales anunciaron su veredicto: los novicios butaneses y el tibetano fueron aceptados para realizar los estudios Geshe. Solamente el joven francés fracasó.

Cuando se anunciaron los resultados, pude percibir la tristeza del Dalai Lama. La decisión de los sinodales era inapelable pero...

—En Occidente se hace menos énfasis en el aprendizaje de memoria —le murmuró Chogyal a Su Santidad, quien asintió. Luego el Dalai Lama le pidió a su asistente que se hiciera cargo de mí e hizo que el novicio francés, que se veía bastante descorazonado, fuera llevado a una habitación privada en la parte trasera del templo. Ahí, Su Santidad le reveló al joven que había estado presente en el examen.

¿Quién sabrá las palabras que se dijeron el estudiante y el Dalai Lama aquel día? Minutos después, el joven francés volvió con una expresión de consuelo y emoción inusitados por haber captado la atención del Dalai Lama. Entonces empecé a entender que Su Santidad tenía una habilidad muy particular para ayudarles a los individuos a alcanzar su propósito final más importante: el que les brindará gran felicidad y beneficios a ellos y a mucha gente más.

—A veces escucho a la gente hablar con desdén acerca del futuro del budismo —le dijo Su Santidad a Chogyal cuando regresó a su hogar un poco más tarde—. Desearía que pudieran venir a los exámenes para que presenciaran situaciones como la que se vivió hoy aquí. Hay muchos novicios sumamente comprometidos y de gran calidad. También desearía tener lugar para recibirlos a todos.



Para cuando regresamos del templo, la señora Trinci ya estaba completamente al mando de la cocina, adonde me dirigí sin escalas. Aquella mañana, Su Santidad había logrado distraerme de mi soledad con la visita al templo... y luego la señora Trinci continuó entreteniéndome. Llevaba un vestido color esmeralda, largos pendientes de oro y unos brazaletes que combinaban y emitían un ruido metálico cada vez que movía los brazos. En esa ocasión, su largo y oscuro cabello parecía tener brillos rojizos.

La vida de la señora Trinci rara vez tenía la misma regularidad que la de los

residentes permanentes de Jokhang, y ese día no fue la excepción. Su crisis del momento había sido provocada por un corte de electricidad a las dos de la mañana. La señora se acostó creyendo que cuando despertara encontraría una crujiente base de merengue en el horno, la cual dejó a temperatura baja durante la noche tal como indicaba la receta. Sin embargo, a la mañana siguiente encontró un pastoso desastre que no tenía remedio, y a tan sólo siete horas de que llegara el huésped VIP de Su Santidad.

Después de ese despertar, la señora batió frenéticamente una nueva base y se arriesgó a aumentar casi al doble la temperatura del horno; luego hizo un elaborado plan para que la base fuera entregada en Jokhang a la una de la tarde, bastante tiempo después de la hora a la que ella llegó para preparar el plato principal, pero muy poco antes de que el postre tuviera que servirse.

—¿Y no sería más sencillo preparar otro postre? —sugirió Tenzin con el riesgo de hacerla enojar, cuando se enteró del drama—. Algo sencillo como...

—¡No! ¡*Tiene que ser* una Pavlova! ¡La invitada es australiana! —dijo la señora Trinci al mismo tiempo que arrojaba una espátula de acero inoxidable que se estrelló en el fregadero. La italiana siempre incorporaba un elemento de la cocina nacional del huésped, y esa comida no sería la excepción—. A ver, ¿qué tiene de australiano la Melanzane Parmigiana?

Tenzin dio un paso hacia atrás.

—¿O el ragú de verduras?!

—Yo sólo estaba sugiriendo...

—Bueno, ¡pues no sugiera! ¡*Zitto!* ¡Callado! ¡No hay tiempo para sugerencias!

El asistente ejecutivo de Su Santidad hizo una retirada táctica.

Pero a pesar de todo el dramatismo, la comida de la señora Trinci fue, como siempre, un triunfo gastronómico. El sabor de la Pavlova no mostraba ningún indicio de la crisis de que fue rescatada; tenía una base de merengue perfecta, coronada con merengues individuales de una calidad igual a la de la base, y estaba decorada con crema batida y abundantes frutos que resplandecían.

Y claro, la señora Trinci no se olvidó de La Criatura Más Hermosa Jamás Vista: me complació con algo de lo que quedó del guiso de res. La porción fue tan generosa que cuando terminé, tuve que maullar para que alguien me bajara de la banca de la cocina porque estaba demasiado llena y no podía saltar yo sola.

Después de lamer varias veces los enjorjados dedos de la señora para demostrarle mi agradecimiento, caminé trabajosamente a la sala de recepción donde el Dalai Lama y su visitante estaban tomando el té. Nuestra huésped de ese día era la Venerable Robina Courtin, una monja que ha pasado mucho tiempo ayudando a prisioneros a reconstruir sus vidas por medio de su proyecto *Liberation Prison*. Cuando entré y me dirigí a mi alfombra predilecta de lana para llevar a cabo el lavado facial obligatorio después de la ingestión de alimentos, ellos discutían sobre el tema de las

condiciones de los prisioneros en Estados Unidos.

—Las condiciones varían mucho —dijo la monja—. En algunas instituciones encierran a los prisioneros casi todo el día en celdas que parecen jaulas de sótano, donde no llega la luz. Para hablar con el prisionero tenemos que sentarnos a un lado de un pequeño orificio que hay en la puerta de hierro; y bajo esas circunstancias, la probabilidad de rehabilitación es muy baja.

»Sin embargo hay muchos otros lugares —continuó—, donde el enfoque es más positivo porque entrenan y motivan a la gente para que cambie. En esos sitios tampoco es posible sustraerse del ambiente institucional, pero al menos las puertas de las celdas están abiertas casi todo el día, además se ofrecen actividades deportivas y recreativas, así como televisión y acceso a computadoras y bibliotecas».

La monja se quedó en silencio un momento, como recordando algo.

—Cuando di clases de meditación en Florida, trabajé con un grupo de condenados a cadena perpetua y llegué a conocerles muy bien. Uno de ellos me preguntó, «¿cómo es la vida diaria en un convento?» —la monja se encogió de hombros—. Le dije que nos levantábamos a las cinco de la mañana para la primera sesión de meditación, ¡y le pareció demasiado temprano! En la prisión pasan lista a la cómoda hora de las siete de la mañana. Luego le expliqué que nuestro día estaba perfectamente estructurado desde el instante que nos levantábamos hasta que nos retirábamos a dormir a las diez de la noche, y destacué mucho que estudiábamos y aprendíamos, y trabajábamos en los jardines para cultivar la fruta y los vegetales que comíamos, —la monja hizo una mueca—, y al prisionero tampoco le gustó escucharme hablar de todas esas actividades.

Los otros sonreían.

—Le dije que no tenemos televisión, periódicos, bebidas alcohólicas ni computadoras. Que a diferencia de los prisioneros de una cárcel, las monjas no pueden ganar dinero para comprarse algo especial y, por supuesto, ¡que no tenemos visita conyugal!

El Dalai Lama rio discretamente.

—Y ahí fue cuando sucedió lo más extraordinario —continuó la monja—, sin siquiera darse cuenta de lo que aquello significaba, el prisionero me dijo: «Bueno, si las cosas se ponen demasiado difíciles para usted, ya sabe que puede venir a vivir aquí con nosotros».

Y entonces toda la gente que estaba en el salón rio de buena gana.

—¡En realidad sintió pena por mí! —dijo Robina con un brillo en la mirada— le pareció que las condiciones en el convento eran aún más arduas que las de la prisión.

Su Santidad se inclinó hacia el frente y tocó su barbilla pensativamente.

—¿No es interesante? Justo esta mañana vimos en el templo a los monjes novicios competir para ser admitidos en el monasterio. Hay muchos de ellos pero no tenemos suficientes lugares; y a la prisión, donde sí hay espacio, nadie quiere ir. Esto prueba

que lo que nos hace felices o infelices no son las circunstancias de nuestra vida sino la forma como las vemos.

Se escucharon murmullos de gente que estaba de acuerdo con Su Santidad.

—¿Pensamos que sin importar las circunstancias tenemos la oportunidad de vivir vidas felices y con significado? —continuó.

—¡Exactamente! —agregó Robina, y el Dalai Lama asintió.

—La mayoría de la gente cree que su única opción es cambiar las circunstancias, pero éstas no son la causa verdadera de la infelicidad. La infelicidad tiene que ver más con la forma en que asimilamos las circunstancias —señaló Su Santidad.

—Nosotros motivamos a nuestros estudiantes a convertir sus cárceles en monasterios —dijo Robina—; así dejan de pensar que el tiempo que pasarán ahí será un desperdicio de vida, y consideran que más bien se trata de una oportunidad asombrosa de crecer en el aspecto personal. Algunos de ellos lo hacen, y su transformación es increíble. Son personas que logran encontrar un propósito y significado verdaderos, y por eso, cuando salen, están completamente cambiadas.

—Muy bien —dijo Su Santidad con una cálida sonrisa—. Sería maravilloso que todos pudieran escuchar ese mensaje, especialmente quienes viven en prisiones que ellos mismos se fabrican.

El Dalai Lama me miró cuando hizo ese señalamiento, pero no supe por qué. Jamás imaginé que pudiera ser prisionera. Leona de las Nieves, sí. Y La Criatura Más Hermosa Jamás Vista, ¡también, por supuesto! Aunque sí, claro, tenía algunas dificultades, y ser una gata solitaria era la mayor de todas.

Pero, ¿prisionera?

¿Yo?



No fue sino hasta mucho después que entendí lo que había querido decir Su Santidad. Cuando los visitantes se fueron, el Dalai Lama pidió ver a la señora Trinci para agradecerle la comida.

—Fue maravillosa —le dijo lleno de entusiasmo—, en particular, su postre; a la venerable Robina le agradó mucho. Espero que su preparación no haya sido demasiado estresante.

—Oh, no, *non troppo!* No mucho.

En la presencia de Su Santidad, la señora Trinci era otra. Aquella encumbrada Brunilda de las óperas wagnerianas que escuchaba Tenzin, la que dominaba la cocina, simplemente desaparecía y era reemplazada por una jovencita en edad escolar que se sonrojaba con facilidad.

—No queremos que se estrese demasiado —el Dalai Lama la contempló pensativo

por un momento, y luego le dijo—: Fue una comida muy interesante. Hablamos de que la felicidad y la alegría no dependen de las circunstancias. Y usted, señora Trinci, es soltera y me parece que también es feliz.

—Ya no quiero otro esposo —declaró la señora—, si es que a eso se refiere.

—¿Entonces ser soltera no es causa de infelicidad para usted?

—¡No, no! *Mia vita è buona*. Mi vida es buena. Me siento muy plena —contestó la señora, y el Dalai Lama asintió.

—Yo siento lo mismo.

En ese momento supe que el Dalai Lama se refería a las prisiones que nosotros mismos construimos. No hablaba solamente de las circunstancias físicas, sino también sobre las ideas y creencias que tenemos y nos hacen infelices. En mi caso era la idea de que necesitaba la compañía de otro gato para ser feliz.

La señora Trinci caminó hacia la puerta para retirarse pero, antes de abrirla, titubeó.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Su Santidad?

—Por supuesto.

—He venido aquí a cocinar durante más de veinte años, pero usted nunca ha tratado de convertirme, ¿por qué?

—¡Qué cosa tan graciosa acaba de decir, señora Trinci! —Su Santidad rio de buena gana, y tomando entre sus manos las de ella, le dijo—: El propósito del budismo no es convertir a las personas sino darles herramientas para que puedan generar más gozo y ser católicos más felices, ateos más felices, y también, budistas más felices. Existen muchas prácticas religiosas y sé que usted está familiarizada con una de ellas.

La señora Trinci arqueó las cejas.

—Es una paradoja increíble —continuó Su Santidad—, que la mejor forma de obtener felicidad para uno mismo sea dándola a otros.



Esa noche me senté en la repisa de la ventana y contemplé el patio del templo. Decidí que haría un experimento. La próxima vez que me sorprendiera a mí misma anhelando otro gato en mi vida, recordaría a Su Santidad y a la señora Trinci, quienes estaban satisfechos de ser solteros. También haría feliz a otro ser vivo deliberadamente, incluso con algo tan sencillo como un amable ronroneo; así dejaría de enfocar mis pensamientos en mí, y podría dedicarlos a otros. Exploraría la «increíble paradoja» de la que habló el Dalai Lama y vería si a mí también me funcionaba.

De hecho, el mero acto de tomar aquella decisión me hizo sentir mucho más

ligera, como si me hubiera quitado un peso de encima y fuera más libre. Lo que causaba mi aflicción no eran mis circunstancias sino lo que pensaba de ellas. Al liberarme de esa creencia que me estaba generando infelicidad —la de que necesitaba otro gato—, podría convertir mi prisión en un monasterio.

Me encontraba reflexionando sobre lo anterior cuando, de pronto, algo llamó mi atención. Fue un movimiento cerca de una piedra grande en el *parterre* al otro lado del patio. Aunque la oscuridad ya lo envolvía todo, a la piedra la iluminaba una luz verde que permanecía encendida toda la noche en un puesto cercano del mercado. Me quedé un buen rato ahí mirando a la distancia.

¡No, no me había equivocado! Paralizada, empecé a distinguir la silueta: grande y leonina; era como una bestia salvaje que surgía de la selva con franjas perfectamente simétricas y ojos oscuros que lo observaban todo. Era un magnífico gato atigrado.

El gato se deslizó sobre la piedra con sutil elegancia; sus movimientos eran decididos e hipnóticos. Primero inspeccionó Jokhang desde donde estaba, de la misma manera que un terrateniente escudriñaría los lejanos pabellones de su imperio; luego volteó a la ventana donde yo me encontraba, y se detuvo.

Le sostuve la mirada.

No reconoció mi presencia de modo evidente. Estaba segura de que me había visto pero, ¿qué estaría pensando? ¿Quién podría saberlo? No daba señales de nada.

El gato se mantuvo sobre la piedra sólo un momento y luego se fue; desapareció entre la maleza de la misma misteriosa manera en que llegó.

En medio de la oscuridad, comenzaron a encenderse los cuadritos iluminados; eran los monjes que regresaban a sus habitaciones en el Monasterio Namgyal.

La noche parecía estar viva, llena de posibilidades.

CAPÍTULO TRES



¿Se puede uno volver famoso por asociación?

Aunque jamás formulé la pregunta, descubrí la respuesta sólo unos meses después de haber llegado a McLeod Ganj, en la periferia de Dharamsala. Mis aventuras en el mundo exterior se habían vuelto más temerarias y frecuentes; es decir, no solamente me familiaricé con la casa del Dalai Lama y el complejo del templo, también con el mundo que estaba bajando la colina desde Jokhang.

Justo afuera de las puertas del templo había puestos donde se vendía fruta, bocadillos y otros productos frescos destinados principalmente para la gente de la localidad. También había algunos puestos para turistas, de los cuales, el más grande y resplandeciente era «S.J. Patel's Quality International Budget Tours». El dueño ofrecía una amplia gama de bienes y servicios que iban desde recorridos locales por Dharamsala, hasta largos viajes a Nepal. En aquel puesto los viajeros también podían comprar mapas, sombrillas, teléfonos celulares, baterías y agua embotellada. Desde muy temprano en la mañana, hasta mucho después de que los dueños de los otros puestos ya hubieran cerrado, era posible ver al señor Patel timando a los turistas, gesticulando emocionado mientras hablaba por su celular y, a veces, cabeceando en el asiento del copiloto de su orgullo y alegría: un Mercedes 1972 que estacionaba cerca de ahí.

Ni el señor Patel ni los dueños de los otros puestos ofrecían algo que pudiera interesarle a un gato, por lo que no pasó mucho tiempo antes de que me aventurara a ir más lejos sobre esa misma calle. Ahí encontré un grupo de tienditas y locales; uno de ellos logró que mi nariz comenzara a retorcerse de inmediato por el ramillete de aromas que se fugaba con el viento por sus puertas.

Cajas de flores, mesas y alegres sombrillas de colores rojo y amarillo engalanadas con símbolos tibetanos de buen agüero, se encontraban alineadas sobre la acera y enmarcaban la entrada al Café Franc. Este restaurante era de donde emanaba el aroma de pan horneado y café recién hecho, mezclado con sugerencias todavía más apetecibles de pay de pescado, paté y una salsa Mornay que provocaban que se me hiciera agua la boca.

Desde una floresta frente al restaurante empecé a observar diariamente la fluctuante cantidad de turistas que frecuentaban las mesas del exterior: los adustos

paseantes que se reunían con sus laptops y sus teléfonos inteligentes, unos frente a otros, para planear expediciones, compartir fotografías y tratar de hablar con sus familiares en casa a través de líneas telefónicas deficientes; los turistas espirituales que viajaban a la India en busca de experiencias místicas; los cazadores de celebridades que habían llegado con esperanza de tomar una fotografía del Dalai Lama.

Pero también había un hombre que pasaba la mayor parte del tiempo en el lugar. Por la mañana, muy temprano, estacionaba afuera del restaurante un Fiat Punto de color rojo brillante que, por lo nuevo y pulido que lucía, se veía totalmente fuera de lugar en aquella calle en ruinas de McLeod Ganj. El hombre salía por la puerta del conductor; tenía la cabeza afeitada y siempre reluciente. Vestía ropa negra ajustada y elegante, y lo seguía un bulldog francés. El hombre y su perro entraban al café como si estuvieran subiendo a un escenario. En varias de mis visitas vi al hombre tanto adentro como en las mesas de afuera del restaurante; a veces les daba órdenes a gritos a los meseros, y en otras ocasiones se sentaba a la mesa y revisaba montones de papeles mientras ingresaba números en un deslumbrante *smartphone* negro.

Querido lector, no puedo explicar por qué no me di cuenta de inmediato de quién se trataba, ni cuáles eran exactamente sus tendencias de gato contra perro, y mucho menos por qué cometí la tontería de acercarme más al Café Franc; pero la verdad es que, quizá, fui demasiado ingenua porque en aquel entonces apenas había dejado de ser una pequeña gatita.

La tarde de mi catastrófica visita, el chef del Café Franc había preparado un *plat du jour* particularmente atractivo. El aroma del pollo rostizado se esparció hasta las puertas del templo: una invocación que me fue imposible resistir. Bajé caminando por la colina lo más rápido que pude y no pasó mucho tiempo antes de que me encontrara de pie justamente al lado de una de las cajas de geranios color escarlata que estaban en la entrada del restaurante.

Sin una estrategia más allá de la ingenua ilusión de que mi presencia bastaría para que alguien me sirviera un generoso almuerzo —bueno, lo hice porque siempre me funcionó bien con la señora Trinci—, me atreví a acercarme a una de las mesas. Los cuatro viajeros sentados ahí estaban demasiado concentrados en sus hamburguesas para prestarme atención.

Tendría que esforzarme un poco más.

En una mesa que se encontraba más allá, en el interior, un caballero con apariencia mediterránea me miró con total indiferencia al mismo tiempo que sorbió un poco de su café americano.

Al estar bastante más adentro del restaurante, me pregunté hacia dónde dirigirme, cuando de pronto escuché un gruñido; el bulldog francés, que se encontraba a sólo unos metros, me miraba amenazante. No debí hacer nada en ese momento, sólo mantenerme quieta, sisear coléricamente, tratar al perro con tal desdén que no le interesara acercarse ni un centímetro más.

Pero en aquel tiempo era una gatita joven y tonta, así que salí corriendo y eso provocó aún más a la bestia. Cuando corrió hacia mí, escuché el estruendo de sus patas sobre el piso de madera y luego la agitación de mis extremidades al precipitarme hacia la salida. Y repentinamente, sólo oí su espantoso gruñido mientras me presionaba contra el suelo. El pánico se apoderó de mí en cuanto me sentí acorralada en aquel entorno desconocido y mi corazón empezó a latir tan rápido que pensé que estallaría. Frente a mí había un viejo anaquel de periódicos, detrás de éste alcancé a ver un poco de espacio. Como no tenía otra opción y la bestia estaba tan cerca de mí que alcancé a oler su nauseabundo y sulfúrico aliento, me vi forzada a saltar por encima del anaquel. Y aterricé con un golpe seco del otro lado.

El perro enloqueció cuando se dio cuenta de que la victoria le había sido arrebatada abruptamente de sus fauces; alcanzaba a verme a tan sólo centímetros, pero no podía acercarse más. Y mientras continuaba ladrando con fuerza, el volumen de las voces humanas también aumentaba.

—¡Es una rata gigante! —exclamó alguien.

—¡Por ahí! —señaló otro.

En sólo unos instantes tenía encima de mí una sombra negra con el poderoso aroma de la loción Kouros para después de afeitarse.

Después sentí algo muy curioso, algo que no había vuelto a vivir desde que era una gatita recién nacida: la fuerte sensación de que estaba siendo sujeta y levantada por el cuello. Alguien me había agarrado del pellejo detrás de la nuca. Y de pronto me encontré frente a la brillante y calva coronilla, y los tristes ojos color avellana de Franc. Sí, era cierto, yo me había metido a su café e hice enojar a su bulldog francés, pero tal vez lo más terrible era que el hombre, evidentemente, detestaba a los gatos.

El tiempo se congeló lo suficiente para que yo pudiera contemplar la ira en esos ojos saltones, el latido de la vena azul que pasaba por su sien, la mandíbula apretada, los labios fruncidos y el deslumbrante símbolo de Om en oro que colgaba de su oreja izquierda.

—¡Un gato! —repudió casi escupiendo, como si la mera idea de mi especie fuera una afrenta. Luego miró a su bulldog y dijo—: ¡Marcel! ¿Cómo permitiste que entrara esta... cosa? —su acento era estadounidense, su tono de indignación.

Presas del miedo, Marcel se escabulló.

Franc caminó hasta el frente del restaurante. Era obvio que iba a sacarme de ahí, y la idea me aterró porque, si bien la mayoría de los gatos puede saltar desde grandes alturas sin sufrir el menor daño... yo no soy parte de esa mayoría. Mis patas traseras eran de por sí bastante débiles e inestables; un impacto fuerte podría causarles un daño irreparable. ¿Y qué tal si no podía volver a caminar nunca? ¿Qué pasaría si no pudiera regresar jamás a Jokhang?

El hombre de raza mediterránea continuaba sentado bebiendo su café sin inmutarse, los otros viajeros seguían inclinados sobre sus platos, devorando sus papas a

la francesa. Nadie vendría en mi ayuda.

Entonces miré el rostro de Franc mientras él se dirigía a la cuneta; su expresión era implacable. Me levantó más alto y retrajo su brazo. No solamente me dejaría caer, también me lanzaría como un misil hacia la calle para correrme de su restaurante.

Pero en ese momento dos monjes que se dirigían a Jokhang pasaron por ahí. Al verme juntaron sus palmas, las acercaron a su pecho a la altura del corazón y se inclinaron ligeramente.

Franc giró de inmediato para ver quién estaba detrás de él, pero como no vio a ningún lama ni hombre santo, volvió la cabeza y se quedó intrigado viendo a los monjes.

—Es la gata del Dalai Lama—explicó uno de ellos.

—Muy buen karma —agregó el otro monje.

Un grupo de monjes que venía detrás de ellos repitió la reverencia.

—¿Están seguros? —Franc estaba asombrado.

—Sí, es la gata de Su Santidad —dijeron a coro.

El cambio en la actitud de Franc fue inmediato y total. Me atrajo a su pecho, me colocó con cuidado en su otro brazo y comenzó a acariciarme con la misma mano que, tan sólo un momento antes, estuvo a punto de arrojarme. Volvimos a entrar al Café Franc y lo atravesamos hasta llegar a una sección donde había un anaquel de periódicos y revistas en inglés que le daba un aire cosmopolita al lugar. En una de las repisas más anchas, en un espacio entre *The Times* de Londres y *The Wall Street Journal*, Franc me colocó con toda la delicadeza posible, como si lo que tuviera entre las manos fuera una pieza de porcelana de la dinastía Ming.

—Trae leche tibia —le ordenó a un mesero que iba pasando—; y un poco del pollo que se preparó hoy. ¡Corre, corre!

Y después, cuando Marcel entró trotando y enseñándome los dientes, su dueño, con el dedo índice levantado, le advirtió:

—Y si *tú* te atreves a siquiera *mirar* a esta pequeña lindura, ¡tendrás que comer comida hindú esta noche!

El pollo llegó de inmediato; sabía tan delicioso como su prometedor aroma. Ya recargada y con la renovada confianza que me había dado el descubrimiento de mi nuevo estatus, escalé desde la parte inferior del anaquel hasta llegar a la repisa superior y encontré un agradable huequito entre *Vanity Fair* y *Vogue*, el cual le ofrecía una posición más apropiada a la Leona de las Nieves de Jokhang. Sobra decir que la vista del restaurante desde ahí, también era mucho mejor.



El Café Franc era un verdadero híbrido del Himalaya donde la sofisticación de la

metrópolis se conjugaba con la mística budista. Al brillante anaquel de revistas, la máquina para preparar café expreso y el elegante arreglo de las mesas, lo completaba la decoración con estatuas de Buda, *thankas* y objetos rituales como los que se encontrarían en el interior de un templo. En una de las paredes se veían fotografías de Franc en blanco y negro, con marcos de color dorado. Franc le obsequiaba una bufanda blanca de seda al Dalai Lama; a Franc lo bendecía el Karmapa; Franc parado junto a Richard Gere; Franc en la entrada del Monasterio Nido del Tigre en Bután... Los clientes podían observar todas estas imágenes mientras escuchaban el hipnótico arreglo musical del canto budista tibetano *Om Mani Padme Hum* que provenía de las bocinas.

En cuanto me acomodé en mi nuevo hogar con terraza, observé con gran interés todo lo que sucedía. De pronto un par de jovencitas norteamericanas empezaron a acariciarme y arrullarme, y Franc caminó hasta donde nos encontrábamos.

—Es la gata del Dalai Lama —murmuró.

—¡Oh, por Dios! —dijeron con un gritito.

Franc encogió los hombros con hastío.

—Siempre nos visita.

—¡Oh, por Dios! —gritaron otra vez las jovencitas—. ¿Cómo se llama?

El dueño del restaurante se quedó en blanco por un instante, pero cuando se recuperó, dijo:

—Rinpoche, significa «Precioso». Es un título muy especial que sólo se les otorga a los lamas.

—¡Oh, por Dios! ¿Podemos tomarnos una fotografía con ella?

—Pero sin *flash* —dijo Franc en tono estricto—, Rinpoche no debe ser perturbada.

Esta escena se repitió varias veces a lo largo del día.

—Es la gata del Dalai Lama —decía, y les indicaba mi presencia a los clientes con una ligera inclinación de cabeza al entregarles su cuenta—. Le fascina nuestro pollo rostizado. —A otros también les comentaba—: Nosotros se la cuidamos a Su Santidad, ¿acaso no es divina?

También le gustaba destacar:

—Precisamente hablando de karma, Rinpoche, significa «Precioso».



En casa yo era GSS. El Dalai Lama me trataba con mucho cariño y su personal, con mucha gentileza también; pero a pesar de todo, no dejaba de ser una gata. En el Café Franc, en cambio, ¡era toda una celebridad! A la hora del almuerzo en casa me daban croquetas para gato —de esas cuyos fabricantes aseguran que les dan una nutrición

balanceada a los gatitos en crecimiento—, pero en el Café Franc todos los días me servían *boeuf bourguignon*, *coq au vin* y cordero a la Provenzal, y me llevaban los platillos hasta donde me recostaba sobre un cojín en forma de loto que Franc instaló de inmediato para mi comodidad. No pasó mucho tiempo para que despreciara las croquetas de Jokhang e ir a visitar el Café Franc, a menos de que el clima fuera verdaderamente inclemente.

Y bueno, además de la comida, el café resultó ser un lugar maravilloso para mi entretenimiento. El aroma del café orgánico tostado era como un hechizo para los visitantes occidentales de todas las edades, colores y temperamentos que llegaban a McLeod Ganj hablando una gran variedad de idiomas y portando la gama más asombrosa de ropa. Después de haber pasado mi corta vida rodeada de monjes que hablaban sutilmente y vestían ropajes de colores azafrán y rojo, mis visitas al Café Franc eran como si visitara el zoológico.

Poco después, sin embargo, me di cuenta de que detrás de todas las diferencias que saltaban a la vista, los turistas eran muy similares entre sí en muchos otros aspectos. Y uno de esos aspectos, me resultaba particularmente intrigante.

Los días que la señora Trinci no estaba en la cocina, la preparación de los alimentos en el templo fluía sin complicación. La base de la mayor parte de las comidas era el arroz o los tallarines, a los cuales se les agregaban verduras, pescado y, en raras ocasiones, carne. Este tipo de alimentos se preparaban tanto en el hogar del Dalai Lama como en las cocinas de los monasterios cercanos, donde los novicios mezclaban los guisos de arroz o vegetales en enormes contenedores con cucharones del tamaño de una escoba. A pesar de la simplicidad de los ingredientes, sin embargo, durante las comidas los monjes siempre disfrutaban y se deleitaban. Comían lentamente, en un silencio sociable, y saboreaban cada bocado. A veces alguien hacía alguna observación sobre el sabor de una especia o la textura del arroz. Por las expresiones en sus rostros podría decirse que era como si estuvieran en una travesía de descubrimientos: ¿qué placer sensorial les esperaba hoy? ¿Qué matiz les parecería sutilmente nuevo o gratificante?

A una corta caminata de ahí, en el Café Franc, había un universo completamente distinto. Desde mi mirador, en la repisa superior del anaquel de revistas, podía ver a través del panel de vidrio de la puerta de la cocina. Ahí, desde mucho antes del amanecer, Jigme y Ngawang Dragpa, dos hermanos nepaleses, trabajaban arduamente preparando cuernitos, *pain au chocolat* y todo tipo de pastelillos, así como masa fermentada y pan francés, italiano y turco. En cuanto las puertas del Café abrían, a las siete de la mañana, los hermanos Dragpa se dedicaban a la preparación de desayunos que incluían huevos —estrellados, poché, revueltos, cocidos, a la *benedictine*, florentinos o en omelet—, así como papa *hash brown*, tocino, *chipolatas*, champiñones, tomates y pan francés, sin mencionar el bufet de muesli, los cereales y jugos de fruta acompañados por una extensa gama de té y cafés preparados por los baristas. A las

once de la mañana el desayuno se transformaba sutilmente en el almuerzo, el cual exigía todo un menú nuevo de mayor complejidad que, a su vez, más tarde le daba paso a una serie aún más diversa de platillos para la comida.

Yo nunca había visto una variedad de alimentos tan amplia, ni platillos preparados con estándares tan estrictos e ingredientes de todos los continentes. Los frascos de especias que había en la cocina del monasterio parecían insuficientes al compararlos con las repisas llenas de especias, salsas, condimentos y saborizantes del Café Franc.

Llegué a pensar que si los monjes del templo en la colina eran capaces de encontrar tal placer en alimentos así de sencillos, seguramente los deliciosos platillos del Café Franc les permitían a los comensales alcanzar un éxtasis tan intenso, que les provocaba cosquilleos en la columna vertebral, temblor en los bigotes y el enrollamiento natural de las garras.

Pero no. No era así.

La mayor parte de los comensales del Café Franc tomaba los primeros bocados de sus alimentos o los primeros sorbos de café, pero sin siquiera darse cuenta. A pesar de la elaborada preparación por la que pagaban un precio muy alto, virtualmente casi todos ignoraban su comida porque estaban demasiado ocupados conversando, enviándoles mensajes de texto a sus amigos y parientes, o leyendo alguno de los periódicos extranjeros que Franc recogía todos los días en la oficina postal.

Me parecía intrigante. Era casi como si la gente *no supiera comer*.

Muchos de esos mismos turistas se hospedaban en hoteles que ofrecían cafeteras y equipo para preparar té en las habitaciones. Si querían beber una taza de café sin realmente disfrutarla, ¿por qué no mejor lo hacían gratuitamente en el hotel? ¿Por qué pagar tres dólares para *no* beber un café en el Café Franc?

Los dos asistentes ejecutivos de Su Santidad me ayudaron a entender lo que pasaba. A la mañana siguiente de mi primera visita al Café Franc, ellos se encontraban sentados en la oficina que compartían y, repentinamente, Chogyal se levantó del escritorio. Lo miré.

—Me gusta esta definición de atención consciente —le dijo a Tenzin mientras leía uno de los muchos manuscritos que recibía cada semana de escritores que le pedían a Su Santidad que redactara un prólogo para sus obras.

—*Atención consciente significa prestarle atención al momento presente de una forma deliberada y sin emitir juicios*. Bien dicho y claro, ¿no crees?

Tenzin asintió.

—No obsesionarse con pensamientos del pasado o el futuro, o con algún tipo de fantasía —agregó Chogyal.

—La definición de Sogyal Rinpoche, que es más simple, me agrada más —dijo Tenzin mientras se sentaba—: *Presencia pura*.

—Hmm —reflexionó Tenzin—, sin agitación mental o elaboración de ningún

tipo.

—Exactamente —confirmó Tenzin—. El fundamento de toda alegría.



En mi siguiente visita al Café Franc, después de disfrutar de una generosa porción de salmón escocés ahumado con guarnición de nata espesa —un platillo que, puedo asegurarte querido lector, comí con la más intensa y quizá un poco ruidosa atención consciente—, me acomodé en el cojín en forma de loto entre las ediciones más recientes de las revistas de moda y continué mi escrutinio de la clientela.

Y entre más observé, más evidente me pareció qué era lo que faltaba: atención consciente. A pesar de que estaban sentadas a unos cuantos metros del hogar del Dalai Lama —en aquel parque temático budista-tibetano que era el Café Franc—, en vez de vivir con intensidad el momento y lo peculiar del lugar, la mayor parte del tiempo las personas se encontraban mentalmente lejos... muy, muy lejos.

Al moverme con más frecuencia entre Jokhang y el Café Franc, empecé a comprender que, arriba en la colina, los monjes cultivaban sus cualidades internas para alcanzar la felicidad. Todo empezaba con la atención consciente, pero también había aspectos como la generosidad, la ecuanimidad y la bondad del corazón. En la parte que se encontraba bajando la colina, la gente buscaba la felicidad en cosas externas como la comida del restaurante, vacaciones emocionantes y tecnología que funcionaba con la velocidad del rayo. No me parecía, sin embargo, que hubiera alguna razón por la que los humanos no pudieran tener ambas cosas: nosotros los gatos sabemos que prestar atención consciente a una comida deliciosa, ¡puede brindar la felicidad más grande imaginable!



Un día apareció una pareja interesante en el Café Franc. A primera vista eran un par de estadounidenses comunes de edad madura que vestían *jeans* y sudaderas. Llegaron en medio del arrullo matinal y Franc caminó con mucho estilo hasta su mesa ataviado con sus nuevos *jeans* negros Emporio Armani.

—¿Y cómo nos encontramos esta mañana? —preguntó como acostumbra hacerlo para iniciar una conversación.

Mientras Franc tomaba la orden de café de la pareja, el hombre le preguntó qué eran las cintas de colores que llevaba en la muñeca, y Franc comenzó a repetir un discurso con el que yo ya estaba familiarizada.

—Son cintas de bendiciones que nos entrega un lama cuando nos iniciamos. La roja es de la iniciación Kalachakra que tomé con el Dalai Lama en 2008; las azules de las iniciaciones vajrayana que recibí en Boulder, San Francisco y Nueva York en 2006, 2008 y 2010. Estas amarillas son de ceremonias de empoderamiento en Melbourne, Escocia y Goa.

—Qué interesante —dijo el hombre.

—Ah, es que el Dharma es mi vida —anunció Franc al mismo tiempo que se llevaba la mano al corazón en un gesto teatral y volteaba a mirarme—. ¿Ya vieron a nuestra amiguita? Es la gata del Dalai Lama, está aquí todo el tiempo, tiene una conexión kármica muy cercana con Su Santidad. —Luego se inclinó un poco más, y del mismo modo que hacía más de diez veces al día, les dijo «en secreto»—: Aquí estamos en el corazón del budismo tibetano. ¡Justo en el epicentro!

Era difícil saber lo que pensó la pareja sobre Franc, pero lo que les diferenció de los otros visitantes fue que en cuanto el mesero colocó el café frente a ellos, dejaron de conversar y lo probaron de verdad. Y no sólo el primer sorbo, también el segundo, el tercero y todos los demás. De la misma manera que lo hacían los monjes de Jokhang, aquella pareja le prestó atención al momento de manera deliberada. Se deleitaron con su café, disfrutaron el entorno y experimentaron la presencia pura.

Fue por eso que cuando retomaron su charla, escuché con mucha atención; pero claro, lo que oí no debió sorprenderme. El hombre, un investigador de la atención consciente que venía de Estados Unidos, le contó a su esposa sobre un artículo que había sido publicado en *Harvard Gazette*.

—Utilizaron un panel de más de dos mil personas con *smartphones*, y durante la semana les enviaron preguntas en intervalos aleatorios. Siempre eran las mismas tres preguntas: ¿*Qué estás haciendo?* ¿*Qué estás pensando?* ¿*Qué tan feliz te sientes?* Y descubrieron que el cuarenta y siete por ciento del tiempo, la gente no estaba pensando en lo que hacía.

La esposa del investigador arqueó las cejas.

—En lo personal, creo que la cifra es un poco baja —agregó él—. La mitad del tiempo la gente no se enfoca en lo que hace, sin embargo, lo realmente interesante es la correlación con la felicidad. Los investigadores descubrieron que la gente es mucho más feliz cuando cobra conciencia de lo que hace.

—¿Y eso sucede porque sólo le presta atención a las cosas que disfruta? —preguntó la esposa.

Pero él sacudió la cabeza en negación.

—No, en realidad, lo que te hace feliz *no es lo que haces*, sino si le estás prestando atención o no en ese momento. Lo más importante es mantenerse en un estado directo en que la atención se enfoca en el aquí y el ahora, no en el estado narrativo, que es en el que uno piensa en cualquier otra cosa excepto en lo que hace —explicó al mismo tiempo que giraba el dedo índice junto a su sien.

—Eso es lo que siempre han dicho los budistas —dijo su esposa dándole la razón, y él asintió.

—Es sólo que a veces estos conceptos se pierden en la traducción. Uno de pronto se encuentra a gente como el capitán de meseros de aquí, que porta el budismo como si fuera un distintivo. Para esas personas esta práctica es una extensión de su ego, una manera de presentarse a sí mismas como gente especial o diferente. Al parecer creen que se trata de los atavíos externos, cuando realmente lo único que importa es la transformación interna.



Unas semanas después, me encontraba disfrutando de una siesta posterior al almuerzo sobre la repisa superior, cuando de pronto desperté y vi frente a mí un rostro que me era profundamente familiar, pero estaba fuera de contexto. Tenzin estaba de pie en medio del Café Franc... mirándome directo a los ojos.

—¿Ya vio a nuestra hermosa visitante? —preguntó Franc señalándome.

—Ah, sí, es muy linda. —Vestido con su elegante traje hecho a la medida, y con esa apariencia diplomática, era imposible adivinar quién era Tenzin.

—Es la gata del Dalai Lama.

—¿En serio?

—Viene todo el tiempo al café.

—¡Asombroso! —El fuerte aroma a jabón antiséptico de los dedos de Tenzin se mezcló con la potente dosis de Kouros cuando extendió el brazo para rascar mi barbilla.

—Tiene una conexión kármica muy cercana con Su Santidad —le dijo Franc al brazo derecho del Dalai Lama.

—Estoy seguro de que así es —dijo Tenzin en un tono reflexivo antes de hacerle a Franc una pregunta inesperada—: Me pregunto si cuando viene aquí de visita la extrañan en el hogar de Su Santidad.

—Lo dudo mucho —respondió Franc con elegancia—, pero si llegaran a encontrarla aquí, se darían cuenta de lo bien que la cuidamos.

—Qué *lindo* cojín.

—No es sólo el cojín lo que ella disfruta, también es el almuerzo.

—Ah, ¿viene hambrienta?

—Le encanta su comida, la *adora*.

—Quizás no le dan suficiente en Jokhang —sugirió Tenzin.

—Estoy seguro de que no se trata de eso, es sólo que Rinpoche tiene gustos particulares.

—¿*Rinpoche*? —preguntó Tenzin con una expresión jocosa.

—Sí, ése es su nombre. —Franc se lo había dicho a tanta gente, que en verdad llegó a creerlo—. Y seguramente usted se da cuenta por qué se llama así, ¿verdad?

—Bueno, como el Dharma nos dice —contestó Tenzin en un tono enigmático—: *todo* depende de la mente.



Ya en casa, varias tardes después, Tenzin se encontraba sentado frente a Su Santidad en la conocida oficina. Era una especie de ritual que se llevaba a cabo al final de la jornada laboral; Tenzin ponía a Su Santidad al tanto de cualquier asunto de importancia, y luego hablaban sobre lo que tenía que hacerse mientras bebían té verde recién hecho.

Yo me encontraba en la ventana de costumbre contemplando cómo se escondía el sol detrás del horizonte y sólo medio escuchando la conversación que, como era usual, incluía desde geopolítica global hasta los aspectos más delicados de la esotérica filosofía budista.

—Ah, Su Santidad, y hablando de asuntos más importantes —Tenzin cerró la carpeta de Naciones Unidas que tenía frente a sí—: me da gusto comunicarle que por fin resolví el misterio del desorden alimenticio de GSS.

En los ojos del Dalai Lama apareció un brillo especial, se acomodó bien en su sillón y le dijo a Tenzin:

—Pero por favor, continúa.

—Al parecer nuestra pequeña Leona de las Nieves no perdió el apetito después de todo. Lo que pasa es que ha estado paseando hasta la parte baja de la colina para ir al restaurante que dirige nuestro amigo el diseñador budista.

—¿Un restaurante?

—Sí, el que está al final de la calle —señaló Tenzin—. El que tiene sombrillas rojas y amarillas en el exterior.

—Ah, sí, conozco el lugar —asintió Su Santidad—. He escuchado que tienen muy buena comida. ¡Me sorprende que nuestra gatita no se haya mudado para allá todavía!

—Bueno, al dueño le gustan mucho los perros.

—¿Ah, sí?

—Tiene uno de una raza muy especial.

—¿Y también alimenta a nuestra pequeña?

—De hecho la idolatra porque sabe que vive aquí con usted.

Su Santidad se rió discretamente.

—Y no sólo eso, también la bautizó con el nombre de Rinpoche.

—¿*Rinpoche*? —pero eso ya fue demasiado para el Dalai Lama, quien estalló en

carcajadas.

—Sí —afirmó Tenzin y los dos voltearon a verme—. Es un nombre peculiar para una gata.

La brisa de la tarde trajo consigo el aroma del pino himalayo a través de la ventana abierta.

Su Santidad tenía una expresión pensativa.

—Pero tal vez no sea tan mal nombre si le ayudó al dueño del restaurante a desarrollar más su ecuanimidad con los perros y con los gatos. Por lo tanto, para él, ella es *preciosa*.

Su Santidad se levantó del sillón y se acercó para acariciarme.

—¿Sabes, Tenzin? A veces, cuando trabajo en mi escritorio durante mucho tiempo, nuestra pequeña Leona de las Nieves viene a mí y se frota contra mis piernas. En otras ocasiones —dijo riendo con alegría— incluso me muerde los tobillos hasta que dejo lo que estoy haciendo. Lo que quiere es que la levante en brazos, que la salude y pasemos un rato juntos; sólo nosotros.

»Para mí —continuó—, es un bello recordatorio de que debo estar en el momento aquí y ahora. ¿Qué podría ser más precioso que eso? Supongo entonces que también es mi Rinpoche —dijo Su Santidad y me miró con ese amor que es tan inmenso como el mar».

CAPÍTULO CUATRO



Cuando me aventuré a salir de la oficina del Dalai Lama para ir a la de sus asistentes ejecutivos, era un día nublado y poco prometedor. Chogyal y Tenzin no estaban en sus escritorios pero había alguien más en el lugar.

Ahí, enrollado en una canasta de mimbre junto al calentador, había un Lhasa Apso.

Para quienes no están familiarizados con la raza, puedo decir que los Lhasa Apso son perros pequeños de pelo largo que, en la antigüedad, ayudaban a cuidar los monasterios del Tíbet. Estos perritos ocupan un lugar especial en el corazón de los tibetanos. A veces, desde mi repisa de la ventana, veo a los visitantes que allá abajo dan la vuelta al templo con sus Lhasa Apso; se trata de un ritual de buena suerte, que según cree la gente ayuda a conseguir un renacimiento en un nivel superior. No obstante, descubrir que uno de estos perros estaba tan cerca de mi propio santuario interno, resultó una sorpresa bastante desagradable.

El perro dormitaba en su canasta cuando entré a la oficina pero en ese momento levantó la nariz y olfateó el aire antes de decidir no arriesgarse y volver a enterrar su peluda cabecita en la canasta. Yo, por mi parte, pasé junto a él sin siquiera admitir su existencia. Luego salté al escritorio de Chogyal y de ahí a mi plataforma favorita para admirar el panorama: la parte superior del archivero de madera.

Chogyal regresó poco después. Se inclinó, le dio unas palmaditas al perro y le habló en ese tono familiar y cariñoso que siempre pensé que sólo usaba conmigo. El pelambre del cuello se me erizó mientras la traición se volvía cada vez más profunda. Sin prestarle atención alguna a mi presencia, Chogyal pasó un buen rato acariciando y dándole palmaditas a la bestia —que, por cierto, me pareció un espécimen bastante raquítico—, y asegurándole que se veía muy bien, que tenía un carácter encantador y que le iba a brindar cuidado especial. Eran precisamente los mismos sentimientos que solía susurrarme al oído, y que yo siempre pensé eran sinceros y genuinos. Al escucharlo repetirme aquellas palabras al intruso de ojos desganados y pelos lacios, me di cuenta de que, muy lejos de ser exclusivas, aquéllas eran frases de cajón que el asistente era capaz de susurrarle a cualquier criatura con cuatro patas y cara peluda.

¡Y hasta ahí llegó nuestra relación especial!

Chogyal volvió a sentarse a su escritorio y comenzó a digitar en el teclado sin darse

cuenta de que yo me encontraba a sólo unos metros y había visto todo. Veinte minutos después, llegó Tenzin y, antes de sentarse, también saludó al perro por su nombre: Kyi Kyi, que se pronuncia «Kai», como «hay», pero con «K».

Me costó trabajo creer que ambos pudieran sentarse a leer y contestar correos electrónicos como si no hubiera pasado nada extraordinario. Las cosas sólo empeoraron cuando llegó el traductor del Dalai Lama con un manuscrito completo recién terminado bajo el brazo. Lobsang era alto, delgado y de apariencia joven; la tranquilidad parecía emanar de cada uno de sus poros. Yo creía que me tenía estimación especial, pero él también se inclinó para acariciar al recién llegado antes de cruzar la oficina para saludarme.

—¿Y cómo se encuentra hoy nuestra pequeña Leona de las Nieves? —preguntó mientras me hacía cosquillas debajo de la barbilla, y antes de que le mordiera los dedos con mis dientes, cuyo apretón equivale al de las pinzas metálicas.

—No me había dado cuenta de que conoció a nuestro invitado especial —dijo Chogyal mirándome con su sonrisa de siempre, como si yo debiera estar tan contenta como él.

—Aunque no creo que sea necesariamente un invitado especial para ella —señaló Tenzin, quien luego me miró directo a los ojos y añadió—, con suerte, tal vez puedas encontrar un lugar en tu corazón para Kyi Kyi.

El enojo hizo oscurecer mis ojos. Entonces liberé la mano de Lobsang, bajé al escritorio, luego hasta el piso, y salí sigilosamente de la oficina con las orejas apretadas hacia atrás. Pero ninguno de los asistentes del Dalai Lama pareció notarlo.

A la hora de la comida vi a Chogyal sacar al perro a pasear. Éste trotó obedientemente a su lado y ambos le dieron la vuelta completa al templo. Se detuvieron varias veces porque al salir del complejo y regresar, se encontraron a muchos tibetanos que le hicieron cumplidos al perro.

A la hora de costumbre, Chogyal nos alimentó a ambos en la cocina, pero me fue difícil no comparar la inmensa cantidad de alimento que sirvieron en el plato de Kyi Kyi con mi modesta porción de costumbre. También fue imposible no notar que Chogyal se quedó a observar cómo devoraba el perro su comida, luego le hizo una gran fiesta por el asunto, y finalmente le dio palmaditas de ánimo cuando terminó; en tanto que a mí no me prestó la menor atención.

Más tarde, cuando nos encontramos a Su Santidad en el corredor, él también se agachó para saludar al perro.

—¿Entonces éste es Kyi Kyi? —preguntó para confirmar y le dio unas palmaditas con mucha más calidez de la que me habría gustado—. ¡Qué lindas manchitas! ¡Eres un jovencito muy guapo!

Todos armaban tal alharaca, ¡que parecía que jamás habían visto un Lhasa Apso en sus vidas! Y a pesar de toda la plática, nadie respondía a mis preguntas; es decir, ¿qué hacía el perro ahí? ¿Y cuánto tiempo se quedaría?

Yo deseaba con toda el alma que el Dalai Lama no planeara adoptarlo porque en nuestra relación no había lugar para tres; pero a la mañana siguiente que me atreví a salir, Kyi Kyi seguía ahí en su canasta.

Y también al día siguiente.



Por todo lo anterior, le di le bienvenida con gusto a otro visitante con mucho más poder que llegó esa misma semana y se convirtió en una distracción mayor.

Cuando la Range Rover negra subió pesadamente por la colina hacia Jokhang, todo McLeod Ganj se dio cuenta de que había llegado alguien especial. La gente de la comunidad y los turistas contemplaron el costoso, grande y sumamente pulido vehículo. Se veía tan fuera de lugar en el pueblo, que bien pudo haber llegado de otro planeta y materializarse. ¿Quién se encontraba detrás de aquellos vidrios polarizados? ¿Qué tenía que hacer uno para que lo transportaran con una discreción tan extravagante?

Naturalmente, la única pregunta que no necesitaba respuesta era a quién había venido a ver el visitante. La Range Rover por fin atravesó con lentitud las puertas para llegar al hogar de Rinpoche, la Bodhigata, la Leona de las Nieves de Jokhang, La criatura Más Hermosa Jamás Vista... y su acompañante humano.

Lo reconocí desde el momento que entró a la habitación de Su Santidad. Después de todo, era uno de los gurús del desarrollo personal más famosos y con una de las carreras más largas del mundo. Su rostro aparecía al frente de millones de libros y DVDs. Había viajado por las capitales de todos los continentes para dirigirse a enormes multitudes en los centros de convenciones más grandes de cada ciudad. Además tenía seguidores entre las celebridades de Hollywood, se había reunido con varios presidentes de Estados Unidos y aparecía con regularidad en los más importantes programas televisivos de entrevistas.

Por desgracia, mi profundo sentido de la discreción me impide decirte de quién se trataba, querido lector; en serio, particularmente por las incendiarias revelaciones que él estaba a punto de hacer y que, por supuesto, no pensaba compartir con un público más amplio. En cuanto atravesó la puerta, noté lo imponente de su presencia, era como si el simple hecho de que estuviera ahí te obligara a mirarlo.

Claro, el Dalai Lama también tiene una presencia muy poderosa, pero su naturaleza es muy distinta. En el caso de Su Santidad, no se trata tanto de una presencia personal como de un encuentro con la Bondad. Desde el momento en que uno se acerca a él, se integra a un estado de ser en que todos los pensamientos y preocupaciones normales se desvanecen y se tornan irrelevantes, y uno toma conciencia o *recuerda* de manera muy curiosa, que su propia naturaleza esencial es una

naturaleza de amor ilimitado, y si las cosas realmente son así, entonces todo está bien.

Nuestro huésped —sólo llamémosle Jack—, entró a la habitación, le entregó una bufanda blanca de seda a Su Santidad como indica la tradición y pronto se sentó junto a él en el sillón individual de respaldo alto reservado para visitantes. Realizó más o menos las mismas acciones que todos los demás, sin embargo lo hizo de tal forma, que todo parecía más intenso. Era como si le infundiera significado a cada palabra y a cada gesto. La conversación empezó con los cumplidos de siempre y luego Jack le dio a Su Santidad una copia de su libro más reciente. Cuando le habló al Dalai Lama acerca de la gira mundial que había hecho un año antes, me pareció fascinante. Y luego, al platicar de una película donde participó recientemente, no me fue difícil imaginar su carisma en la pantalla.

Sin embargo, diez minutos después la conversación devino en silencio. Su Santidad permaneció en su sillón, estaba relajado y atento, y tenía una gran sonrisa en el rostro. Al parecer, a pesar de toda la confianza que tenía Jack en sí mismo, le costaba trabajo explicar por qué había venido. Finalmente empezó a hablar de nuevo, y cuando lo hizo, sucedió algo extraordinario.

—Su Santidad, como seguramente ya sabe, he trabajado como asesor de vida durante más de veinte años. Les he ayudado a millones de personas de todo el mundo a encontrar su pasión, llevar a cabo sus sueños y tener éxito y abundancia en sus vidas. —Las palabras surgían de su boca con mucha naturalidad, pero a medida que habló más, algo empezó a cambiar; fue algo que me costó trabajo identificar.

»Le he ayudado a la gente a encontrar satisfacción en todos los aspectos de su vida, no sólo el material —continuó explicando Jack—. También les motivé a desarrollar sus habilidades y talentos únicos para tener relaciones exitosas.

Con cada oración que decía, parecía que iba perdiendo el estilo, se estaba encogiendo en su silla; era algo casi físico.

—Establecí la empresa de desarrollo personal más grande de Estados Unidos; tal vez del mundo —dijo, casi como si estuviera admitiendo que fracasó—. Y en ese proceso me he convertido en un hombre muy exitoso y adinerado.

Esta última oración fue la que tuvo el mayor impacto. Al articular el logro de todo lo que se había propuesto realizar, también parecía estar confesando lo poco que le había servido. El hombre se inclinó al frente con los hombros encorvados y los codos sobre las rodillas; era como si estuviera quebrado. Cuando miró a Su Santidad lo hizo con una expresión de súplica.

—Pero las cosas no están funcionando para mí.

Su Santidad le observaba con simpatía.

—En nuestra última gira mundial hice un cuarto de millón de dólares por noche. Retacamos los centros de convenciones más grandes de Estados Unidos, pero jamás me sentí tan vacío como entonces. De pronto me pareció que motivar a la gente para ser millonaria, exitosa y tener relaciones personales geniales, no tenía ningún sentido.

Tal vez ése fue mi sueño alguna vez, pero ya no.

»Volví a casa y les dije a todos que necesitaba un descanso. Dejé de ir a trabajar, me dejé crecer la barba y pasé muchísimo tiempo en casa leyendo y cuidando el jardín; era lo único que hacía. A Bree, mi esposa, no le agradó. Ella todavía quería pasar los fines de semana con celebridades, ir a fiestas y aparecer en las páginas de sociales de los periódicos. Al principio pensó que yo estaba teniendo una crisis de la edad madura, pero luego las cosas se tornaron aún más agrias. Nuestra relación empeoró cada vez más hasta que ella me dijo que quería el divorcio, eso fue hace tres meses. En este momento estoy tan confundido que no sé qué hacer. ¿Y sabe qué es lo peor de todo? Realmente me siento mal de sentirme tan mal. Toda la gente cree que vivo en un sueño, que mi vida es increíblemente satisfactoria y que soy muy feliz. Motivé a la gente a pensar eso porque estaba convencido de que así era, pero me equivoqué. No es verdad. Nunca lo fue».

La imponente autoridad se evaporó, el carisma se disolvió, y lo único que quedó fue aquel hombre triste y abatido. Era imposible no sentir pena por Jack. La diferencia entre la personalidad que proyectaba y el hombre que acababa de revelarse, no podía ser más grande. Visto desde afuera, daba la impresión de que su riqueza, su fama y su estatus de gurú le proveían lo necesario para lidiar con los problemas de la vida mucho mejor que cualquier otra persona, pero en aquel momento, parecía todo lo contrario.

Su Santidad se inclinó hacia el frente.

—Lamento que lo que vives sea tan doloroso, pero hay otra manera de verlo. Esto que estás atravesando ahora te va a resultar muy útil; de hecho, quizá después consideres que fue lo mejor que podía pasarte. Sentirse insatisfecho con el mundo material es... ¿cómo dice la gente? Vital para el desarrollo espiritual.

La idea de que su infelicidad del presente pudiera ser útil, tomó a Jack por sorpresa. Y la respuesta del Dalai Lama también le preocupó.

—No querrá decir que la riqueza tiene algo de malo, ¿verdad?

—Ah, no —contestó Su Santidad—, la riqueza es una forma de poder, una energía que puede ser muy benéfica cuando se utiliza para propósitos buenos, pero como ya lo notaste, no es la verdadera causa de la felicidad. Algunas de las personas más felices que conozco tienen muy poco dinero.

—¿Y qué hay acerca de cultivar nuestras habilidades particulares? ¿Me está diciendo que eso tampoco nos puede brindar felicidad?

El Dalai Lama sonrió.

—Todos tenemos ciertas predisposiciones y fortalezas particulares. Cultivar estas habilidades puede ser también muy útil, sin embargo, de la misma manera que sucede con el dinero, lo que importa no son las habilidades en sí mismas sino la forma en que las empleamos.

—¿Y qué pasa con el romance y el amor? —Para ese momento Jack ya estaba

rascando en el fondo del barril donde guardaba su antiguo credo, y su escepticismo comenzaba a notarse.

—¿Tú has tenido una relación afortunada con tu esposa por mucho tiempo?

—Dieciocho años.

—Y entonces —Su Santidad volteó las palmas hacia arriba—: cambio, impermanencia. Ésta es la naturaleza de todas las cosas, especialmente de las relaciones. En realidad no son una causa verdadera de felicidad.

—¿A qué se refiere con «causa verdadera»?

—A una causa en la que uno puede confiar o que siempre funciona. Cuando se aplica calor al agua, el calor es una causa verdadera del vapor, porque sin importar quién lo aplique o en qué parte del mundo lo haga, el resultado siempre será vapor. Es muy fácil notar que ni el dinero ni el estatus ni las relaciones, son causa verdadera de felicidad.

Aunque la evidente verdad de lo que acababa de decir el Dalai Lama se confirmaba con la experiencia personal de Jack, la simpleza y claridad con que la enunció, al parecer, sorprendió a nuestro invitado.

—Y pensar que pasé todos estos años predicando la Palabra del Desarrollo Personal estando así de equivocado.

—No debes ser tan duro contigo mismo —dijo Su Santidad—. Es bueno que le ayudes a la gente a tener una vida más positiva para su propio beneficio y el de otros. Es realmente algo muy positivo. El peligro del desarrollo personal es que puede conducirnos a una celebración de lo personal, a abstraernos y apasionarnos con nosotros mismos; y nada de esto es causa de felicidad sino todo lo contrario.

Jack se tomó un momento para asimilar las palabras antes de preguntar:

—Entonces, estas causas verdaderas de felicidad, ¿son principios que funcionan de manera general o tenemos que descubrir cuáles son las nuestras en particular?

Jack no pudo seguir hablando porque el Dalai Lama comenzó a reír.

—¡Ah, no! —exclamó—, volverse monje, por ejemplo, ¡tampoco es una causa verdadera de felicidad! —entonces, con una actitud más seria, agregó—: Todos tenemos que encontrar nuestros métodos personales para cultivar la felicidad; en primer lugar, el deseo de brindar felicidad a otros, el cual los budistas definen como amor; y en segundo lugar, el deseo de ayudar a otros a librarse de la insatisfacción o el sufrimiento, que es como definimos la compasión. Verás, el primer cambio consiste en quitarse *uno mismo* de los pensamientos propios para colocar a *los otros* ahí. Eso es... ¿cómo se dice? Ah, sí, es una paradoja. Porque, entre más podamos enfocar nuestros pensamientos en el bienestar de otros, más felices seremos. El primer beneficiado es uno mismo. Es a lo que yo llamo «ser sabiamente egoísta».

—Es una filosofía interesante —murmuró Jack—. Sabiamente egoísta.

—Lo que debemos hacer es poner a prueba estos principios en relación a nuestra experiencia personal para ver si son ciertos —explicó Su Santidad—. Por ejemplo,

piensa en esas ocasiones en que experimentaste una sensación de alegría profunda en tu vida. Tal vez descubras que pensaste en una persona. Ahora haz una comparación: recuerda los momentos de enorme tristeza y molestia. ¿En quién piensas ahora?

El visitante se quedó pensando en las preguntas mientras el Dalai Lama continuó explicando.

—La investigación científica resulta muy útil. Se han realizado resonancias magnéticas a personas que meditan mientras se enfocan en distintos temas. Normalmente esperamos que estas personas experimenten la mayor felicidad cuando sus mentes estén relajadas y en calma, pero la corteza prefrontal del cerebro, es decir, la parte que está vinculada con las emociones positivas, se ilumina cuando la gente medita sobre la felicidad de otros. Es por esto que entre más «otrocéntricos» seamos, más felices estaremos.

Jack asintió.

—Entonces, el desarrollo personal sólo nos permite llegar hasta cierto punto, y por eso es necesario que también exista el «desarrollo de los otros».

El Dalai Lama juntó sus manos sonriendo.

—Exactamente.

Jack se quedó callado un momento antes de agregar:

—Ahora entiendo por qué dijo que esta experiencia puede resultar útil.

—Hay una historia, una metáfora que tal vez te sirva —dijo Su Santidad—. Un hombre llega a casa y encuentra que en su jardín del frente alguien dejó un enorme montículo de abono de ovejas. El hombre no ordenó el abono y no lo quiere, sin embargo, ahora está ahí y su única opción es decidir qué hará con éste. Puede meterlo a sus bolsillos y andar por ahí todo el día quejándose con la gente de lo que sucedió, pero si hace esto, los demás comenzarán a evitarlo después de algún tiempo. El abono se vuelve mucho *más útil* si el hombre lo esparce en su jardín.

»Todos nos enfrentamos a esta misma elección cuando lidiamos con los problemas. Son algo que no pedimos y no queremos, pero lo más importante es la manera en que lidiamos con ellos. Si somos sabios, los problemas más grandes pueden conducirnos a las reflexiones más profundas».



Ese mismo día, más tarde, me encontraba en mi lugar de costumbre en la oficina de los asistentes ejecutivos. Recordé la llegada de Jack esa mañana y lo asombroso que me pareció, pues inundó el lugar con su energía en cuanto atravesó la puerta. Pero luego pensé en lo distinto que se veía cuando le contó al Dalai Lama sus verdaderos sentimientos. La diferencia entre la apariencia y la realidad no podía ser más marcada. También reflexioné sobre el consejo que le dio Su Santidad para lidiar con los

problemas de la vida; uno nunca los pide, pero la forma en que lidiamos con ellos define nuestra felicidad o infelicidad en el futuro.

En la tarde, apareció el chofer del Dalai Lama en la oficina. No nos había visitado en más de una semana, así que de inmediato notó al Lhasa Apso que se encontraba acurrucado en su canasta.

—¿Y quién es este amiguito? —le preguntó a Chogyal, que se encontraba limpiando su escritorio para terminar la jornada y retirarse.

—Es alguien a quien estamos cuidando mientras le encontramos un hogar.

—¿Otro refugiado tibetano? —dijo ocurrente el chofer mientras se inclinaba para acariciar al perro.

—Algo parecido —contestó Chogyal—. Les pertenecía a los vecinos de mi primo en Dharamsala. Sólo lo tuvieron algunas semanas, pero mi primo no dejaba de escucharle ladrando desde el patio. Luego, hace una semana, lo escuchó dentro de la casa de los vecinos en la noche. Fue a tocar la puerta, nadie contestó pero los ladridos cesaron. A la noche siguiente sucedió lo mismo, entonces empezó a preguntarse qué sucedía. Al parecer, los vecinos no estaban cuidando bien al perro.

El chofer negó con la cabeza.

—Dos días después, mi primo le mencionó algo sobre el perro al vecino que vivía al otro lado de la calle, y éste le dijo que los dueños se habían mudado la semana anterior; sacaron sus cosas, absolutamente todo, y se fueron.

—¿Entonces abandonaron al perrito? —preguntó el chofer.

Chogyal asintió.

—Mi primo dio la vuelta de inmediato, cruzó la calle y se metió a la casa de los vecinos. Encontró a Kyi Kyi atado con una pesada cadena en la cocina. Estaba casi muerto, era una pena verlo, no tenía alimento ni agua. Mi primo se llevó al perro a su casa en ese momento y logró que bebiera algo de agua, y después que aceptara un poco de comida. Pero él no podía quedárselo porque es soltero y casi nunca está en casa; y como el cachorrito no tenía adónde más ir, vino con nosotros —explicó Chogyal encogiendo los hombros.

Por fin supe cuáles eran los antecedentes de Kyi Kyi. Y no puedo fingir, querido lector, que la historia no me conmovió. Recordé lo celosa que me puse cuando llegó, el resentimiento que me provocó que Chogyal lo colmara de afecto y lo alimentara. Pero también pensé en el maltrato que sufrió el perrito y lo mal que lucía su pelaje. Si hubiera sabido lo que le había pasado, también habría sentido pena por él.

—Parece que abrieron un refugio animal —señaló el chofer de Su Santidad—. ¿Y qué tal se porta Mousie-Tung con el nuevo huérfano?

En ese momento se me crisparon los bigotes por la molestia. El chofer de Su Santidad siempre me pareció algo burdo. ¿Por qué insistía en llamarme con ese nombre tan espantoso?

—Bueno, creo que todavía está decidiendo cómo tratarlo —dijo Chogyal al

mismo tiempo que volteó a verme y dio su generosa opinión como siempre.

—¿Decidiendo? —el chofer caminó hasta el archivero, extendió el brazo y me acarició—. En ese caso podemos decir que es una gata muy sabia. La mayoría de la gente sólo juzga a los otros por la apariencia.

—Y como ya sabemos, las apariencias pueden ser muy engañosas —dijo Chogyal mientras cerraba su portafolio.



A la mañana siguiente, cuando fui a la oficina de los asistentes y vi a Kyi Kyi en su canasta, en lugar de ignorarlo por completo, me acerqué y lo olfateé con precaución. Él me correspondió antes de levantar la cabecita y contemplarme detenidamente. Gracias a ese momento de comunicación alcanzamos cierto tipo de entendimiento.

Sin embargo, no me metí a su canasta ni dejé que me lamiera la cara porque... yo no soy ese tipo de gata y éste no es ese tipo de libro, pero puedo decir que dejé de envidiar a Kyi Kyi. Ahora Chogyal podía pasearlo, alimentarlo y susurrarle tonterías cursis cuanto quisiera; eso ya no me molestaría. Sabía que detrás de la apariencia del cachorro había otra realidad. Así fue como descubrí que incluso las primeras impresiones más fuertes pueden ocultar una verdad muy distinta.

También me di cuenta de que no estar celosa me hacía sentir mucho más feliz. La envidia y el resentimiento eran emociones exigentes y me perturbaban. Por mi propio bien, decidí que no tenía caso desgastarse con sentimientos tristes e irracionales.



Menos de seis meses después le llegó a Su Santidad una carta en un papel con un impresionante grabado en relieve. Era del Instituto para el Desarrollo del Otro, recientemente fundado por Jack. Después de su visita a Jokhang le entregó la administración de su empresa de Desarrollo Personal a un colega y fundó un instituto asociado que se enfocaba en el Desarrollo del Otro. La idea era motivar a toda la gente que fuera posible para que brindara su tiempo, dinero y habilidad para trabajar en redes sociales por causas nobles. El primer instinto de Jack fue determinar cuáles serían esas causas, pero atendiendo al espíritu del Desarrollo del Otro, decidió permitir que fueran los otros quienes eligieran las organizaciones a las que deseaban apoyar.

En tan sólo unos meses, más de 10,000 personas ya se habían inscrito como benefactores, y llevaban recaudados más de tres millones de dólares para apoyar a una

amplia variedad de asociaciones de caridad en todo el mundo. Según Jack, la enorme cantidad de ayuda le resultó emocionante; fue algo conmovedor que le permitió reafirmar su objetivo en la vida. Jamás se había sentido tan feliz y satisfecho.

¿Podría Su Santidad considerar asistir a la conferencia inaugural del instituto, la cual tendría lugar un año después? ¿Acaso podría hablar un poco sobre las causas verdaderas de la felicidad?

Cuando Tenzin le leyó a Chogyal la carta de Jack, escuché una emoción poco común en su voz.

—A pesar de que he trabajado aquí por más de veinte años —comentó—, todavía me sorprende. Cuando la gente permite que el bienestar *de otros* se convierta en su motivación, los resultados son sencillamente...

—¿Inconmensurables? —sugirió Chogyal.

—Sí, precisamente.

CAPÍTULO CINCO



¿Es fácil vivir siendo la acompañante anónima de una celebridad mundial? Algunas personas creen que los acompañantes desconocidos de algunos individuos muy famosos siempre se sienten soslayados e infravalorados, como las gallinas de malos genes junto a los gallos triunfadores. Cuando el gallo capta toda la atención con su brillante plumaje y sus magníficos arpegios al amanecer, ¿no es comprensible que también la gallina desee tener algunos momentos individuales en el escenario?

En el caso de esta gallina en particular, no es así.

Dentro de mi pequeño universo en Jokhang, ya soy lo más conocida posible. En el Café Franc, ¡incluso me veneran como Rinpoche! Su Santidad no sólo aparece con frecuencia en televisión, también tiene que ir por la vida dejándose fotografiar y permitiendo que le incrusten micrófonos en el rostro mañana, tarde y noche. Debe contestar las incansables preguntas de periodistas que le piden explique lo elemental del budismo; es decir, ¡es como si a un profesor de física aplicada le pidieran todo el tiempo que recitara las tablas de multiplicar! El hecho de que el Dalai Lama logre hacer esto con calidez genuina y sentido del humor, revela algo que no solamente tiene que ver con sus cualidades personales sino también con el valor de la práctica del budismo, en particular, ¡con la perfección de la paciencia!

Estoy siendo así de categórica sobre mi deseo de no dejarme *engatusar* por la fama —disculpa la broma—, porque ya estuve alguna vez en la mira de bastante atención mediática. Es posible que esto te sorprenda, querido lector, seguramente te preguntarás por qué nunca has visto a la gata del Dalai Lama en las páginas de *Vanity Fair* fotografiada por el gran Patrick Demarchelier, o, ¿por qué no te ha tocado contemplarla acicalándose los bigotes y flexionando sus largas patas grises con estudiada preocupación en las imágenes que presenta la revista *¡Hola!*, en una invitación para conocer los deleites de su suntuosa alcoba himalaya? Me duele admitir que la atención que recibí de los medios no fue del tipo que aparece en las revistas de portadas plastificadas. ¿Fotografías? Sí. ¿En las páginas de las celebridades? No, ¡para nada!

Todo comenzó una mañana primaveral en que Su Santidad se levantó una hora antes de lo normal de su meditación y se preparó para salir. No era raro que cambiara su rutina porque con frecuencia tiene que viajar o presidir ceremonias. Esa mañana,

sin embargo, a pesar de que sus dos asistentes ejecutivos habían llegado temprano, no vi a su chofer por ningún lado. Comprendí que Su Santidad no podía ir muy lejos. Escuché el sonido de los cantos al otro lado del patio, y también entendí que no asistiría a la ceremonia matutina que se lleva a cabo todos los días en el templo. Cuando el jefe de protocolo empezó a revisar los puntos de seguridad, el estacionamiento y otros arreglos previos, supe que, en realidad, tendríamos invitados. ¿Quiénes serían?

De pronto empezaron a llegar vehículos de donde bajaron periodistas y equipos de televisión de varios medios de comunicación internacionales. Se les dio la bienvenida y fueron conducidos por un camino que iba de la parte trasera del templo a la zona forestal más cercana. Después llegó el automóvil del visitante de Su Santidad, quien bajó las escaleras en ese momento seguido por Tenzin y Chogyal; Kyi Kyi iba detrás con su collar y cadena. Como me dio curiosidad saber qué pasaría, me uní al séquito.

Entonces empecé a escuchar fragmentos de información sobre la visitante. «Campaña Liberen a Tíbet», «Orden del Imperio Británico». También se mencionó su filantropía y el hecho de que mantenía un estilo de vida sencillo y dividía su tiempo entre sus casas de Londres y Escocia.

La invitada llegó en cuanto el Dalai Lama apareció en la entrada. Era una elegante dama con cabello rubio al hombro y rasgos vivarachos. No vestía el tipo de ropa conservadora o formal que normalmente portaba la mayoría de los visitantes de Su Santidad, sino una chaqueta impermeable, pantalones de algodón con pinzas color caqui y botas cafés para senderismo.

Tú ya me conoces bastante bien para este momento, querido lector, y sabes que nunca divulgo la identidad de los visitantes de Su Santidad. Así que sólo digamos que la recién llegada era una actriz inglesa asombrosamente famosa que ha aparecido en numerosos programas de televisión y producciones teatrales, y que patrocina varias causas benéficas.

Después de la tradicional bienvenida, el Dalai Lama y su invitada caminaron hacia el bosque. Yo los seguí y, detrás de mí, a una distancia discreta, nos acompañaba el resto del séquito.

—Estoy muy agradecida de que haya apoyado nuestra causa —dijo la actriz.

—La destrucción de los bosques es un tema que debería preocuparnos a todos —le contestó el Dalai Lama—, me alegra poder ayudar.

La dama inglesa habló sobre la importancia de los bosques; dijo que eran los «pulmones verdes del planeta» y esenciales para la conversión del dióxido de carbono en oxígeno. El tamaño de los bosques se reduce dramáticamente todos los días para cederles lugar a las plantaciones de maíz y aceite de palma, explicó la actriz; y esto conduce a la erosión del suelo y la contaminación del suministro vital de agua, así como a la pérdida de biodiversidad. Muchas especies, como el orangután, se encuentran ahora en peligro de extinción porque queda muy poco espacio para que

vivan, agregó.

—Salvar los bosques no es un asunto de dinero exclusivamente —dijo—, también tienen que ver la conciencia y la educación. Tenemos que motivar a la mayor cantidad posible de gente para que actúe, o por lo menos para que dé su apoyo a la reforestación. Como usted es tan conocido y recibe tanto apoyo, su patrocinio nos ayudará a transmitir nuestro mensaje.

Su Santidad tomó la mano de la actriz y dijo:

—Podemos trabajar juntos; combinar nuestras actividades para obtener mejores resultados. Usted ha sido muy, muy generosa con el soporte que le ha brindado a este trabajo de manera personal. Y su ayuda a la campaña Liberen a Tíbet y a otras organizaciones de caridad, es ejemplar.

La actriz encogió los hombros en un gesto de modestia.

—Sólo siento que es lo que debo hacer.

Para ese momento caminábamos por un sendero en el bosque. A ambos lados, la tierra estaba cubierta con una alfombra de primula y muérdago, los grandes arbustos de rododendro crecían y mostraban sus llamativas flores rosadas y rojas.

—Si nos permitimos caer demasiado en el consumismo, corremos el riesgo de destruir todo esto —dijo la actriz señalando nuestro entorno.

Su Santidad asintió:

—Usted tiene una buena motivación: da sin esperar recibir algo a cambio.

—Oh, eso no me importa, creo que tengo suerte de poder dar —el Dalai Lama rio con discreción y ella lo miró inquisitivamente—. ¿No cree usted?

—Muy afortunada, sí —contestó el Dalai Lama—, pero, ¿tener suerte? Quizá no es así. En el budismo creemos en el principio del karma, la ley de causa y efecto. No podría haber tal efecto, tal éxito, si no hubiera una causa.

—He trabajado en esta carrera durante muchos años —aceptó ella—, y he tenido épocas bastante duras.

—A eso le llamaríamos «condiciones» difíciles de trabajo —dijo el Dalai Lama—, pero no «causas». Ciertamente, las condiciones son necesarias para que el karma germine, de la misma manera que un árbol necesita de tierra, humedad y calor para crecer. Sin embargo, si no hay una causa kármica, si no existe esa semilla inicial, no importa cuán favorables sean las condiciones: no habrá ningún efecto.

La actriz prestó mucha atención a las palabras del Dalai Lama. La conversación tomó un giro inesperado como sucede cada vez que Su Santidad puede beneficiarse con alguna reflexión en particular.

—Si el trabajo arduo es tan sólo una condición, ¿entonces cuál es la causa kármica para obtener el éxito? —preguntó ella.

Su Santidad la miró con benevolencia extrema.

—La generosidad —contestó—. El éxito que disfruta actualmente proviene de su generosidad en el pasado. Y la generosidad que practica ahora significa que tendrá aún

más éxito en el futuro.

Llevábamos algunos minutos caminando por el sendero —más lejos de donde yo jamás me habría atrevido a pasear sola—, cuando llegamos al lugar en que el bosque termina y le da paso a un rugoso panorama lunar de piedras desnudas y tierra arenosa que alguna vez fue vegetación exuberante, y ahora sólo quedan unos cuantos tocones de árboles muertos mucho tiempo atrás.

Su Santidad y la actriz se detuvieron por un momento. Había varios agujeros que fueron cavados previamente para una ceremonia en que se plantarían árboles. Junto a los agujeros había retoños de pinos y varias carretillas con tierra. Se ubicaron a los periodistas en un sitio estratégico para trabajar; las cámaras estaban enfocadas en Su Santidad y la actriz, quienes salieron del bosque y cruzaron el páramo.

Las cámaras zumbaban y el séquito nos seguía de cerca, cuando en ese momento sentí la repentina necesidad de atender el llamado de la naturaleza. Como era una gata que por lo general mantenía un estándar alto en lo referente a estos asuntos, decidí buscar un lugar que me ofreciera privacidad y un poco de tierra suelta. En el área donde se tomarían fotografías más tarde, había una pancarta con el logo de la asociación de caridad de la actriz, la cual me pareció que serviría perfectamente para cubrirme.

Me oculté detrás de la pancarta sin que nadie me viera y, en el silencio que ahí se disfrutaba, descubrí varias hileras de retoños de abetos, iguales a los de pino que estaban a punto de plantarse. Detrás de los retoños se encontraba el sueño dorado de todo gato: un montículo grande de tierra fértil para plantar.

Sólo ver aquello me hizo saltar y precipitarme por un lado con el regocijo de un cachorro. Mientras escalaba hasta la cima, esparcí tierra por aquí y por allá, regodeándome en mi descubrimiento. Estando en la parte más alta del montículo, olfateé la tierra y busqué un sitio que me ofreciera la mayor comodidad posible.

La atmósfera de calma y silencio cubierta por el follaje del bosque, resultó perfecta para el estado meditativo que alcancé ahí sentada. El aire de la mañana, tan fresco y con aroma a pino, portaba el agradable canto de las aves al amanecer. De pronto escuché una voz en la lejanía. ¿Era la actriz? Alguien anunció algo y después se escucharon algunos aplausos.

Y entonces, sucedió. De repente la pancarta desapareció llevándose consigo toda mi privacidad. Aquel momento de drama planificado fue diseñado para mostrar la escala real del proyecto de reforestación, pero en vez de eso, me puso al descubierto.

No me malinterpretes, querido lector. No es que los miembros de mi especie seamos *mojigatos*, es sólo que no nos agrada ser el centro de atención, en especial si estamos frente a medios de comunicación de todo el mundo.

Durante un momento lo único que se escuchó fueron los zumbidos y los clics de las cámaras, pero luego una ola de risas se esparció entre la gente ahí reunida. Su Santidad fue uno de los primeros en reír, después la actriz dijo que la tierra ahora sí

estaba bien fertilizada, creo.

De pronto mi única preocupación fue salir de ahí lo más rápido posible, así que bajé del montículo con mucha más prisa que con la que subí, y me precipité sobre la maleza. Sin detenerme, me dirigí apresuradamente al templo y atravesé el gran patio hasta llegar a la seguridad de mi hogar.

Para entonces ya había descubierto cómo entrar a la habitación que compartía con el Dalai Lama sin que alguien me tuviera que abrir la puerta, de modo que primero entré sigilosamente a la lavandería de la planta baja, luego salté a una repisa y caminé a lo largo de la saliente hasta llegar a una ventana que se abría hacia adentro y daba al comedor. En cuanto estuve ahí, exhausta por todo el esfuerzo de la mañana, me acurruqué en un sillón grande y me quedé dormida.



Desperté cuando percibí el delicioso aroma de un bistec a la parrilla cocinado en la forma que solamente una persona podía hacerlo; entonces levanté la cabeza y me di cuenta de que ya había gente en el comedor. El Dalai Lama volvió a sus otras tareas pero dejó a la actriz y a varios miembros del séquito del programa de reforestación en manos de Tenzin, Lobsang —el traductor—, y su asistente. Los invitados estaban sentados alrededor de la mesa y comían un sustancioso desayuno que incluía bistec y huevos; mientras tanto, la señora Trinci se desvivía por atenderlos ofreciéndoles porciones adicionales de hongos fritos, aros de cebolla y pan francés. En cuanto vio que me moví fue a la cocina y trajo un platito de porcelana blanco donde arregló con mucha delicadeza varias porciones pequeñas de bistec, y lo colocó en el suelo, a mi lado.

Mientras todos atacábamos nuestro desayuno con gran gusto, la conversación en la mesa pasó de la ceremonia para plantar árboles, a la campaña de reforestación y luego a la apretada agenda que tenía la actriz para el resto del año. Después, tras una pausa, ella comentó:

—Hace rato tuve una conversación muy interesante con Su Santidad respecto al karma, un tema sobre el que no sabemos mucho en Occidente.

Tenzin había seguido la carrera de la actriz desde que estudiaba en Oxford, por lo que disfrutó de la oportunidad de hablar con ella.

—Sí, eso siempre me ha parecido un poco extraño, la ley de causa y efecto es aceptada como base de toda la tecnología occidental. Es decir, no sucede nada sin una causa; todo ocurre como resultado de algo más. Sin embargo, en cuanto uno se atreve a ir más allá del mundo material inmediato, los occidentales siempre empiezan a hablar sobre la suerte, el destino o la intervención divina.

El grupo reflexionó en silencio sobre el comentario de Tenzin.

—Supongo —agregó él—, que la dificultad radica en que el karma no es evidente de manera inmediata. Puede pasar algún tiempo antes de que las causas surtan sus efectos y, debido a eso, da la impresión de que no hay relación entre causa y efecto.

—Así es —comentó la actriz—. Su Santidad me dijo que toda la riqueza y éxito del que alguien disfruta en el momento presente provienen de su generosidad previa, y no del trabajo arduo, de tomar riesgos o de aprovechar oportunidades que en realidad son *condiciones*, más que *causas*.

—Es verdad —dijo Tenzin asintiendo—. Para que el karma madure se necesita de ambas cosas: las causas y las condiciones.

—Todos en este pequeño grupo —dijo la actriz al mismo tiempo que señalaba a sus compañeros activistas—, sabemos que el año que hice una importante donación a la campaña de reforestación sucedió algo curioso.

Los comensales sonrieron.

—Hice la donación en mayo y luego, en diciembre, recibí exactamente la misma cantidad en un dividendo que jamás habría podido prever. Mucha gente dijo que era karma.

Entonces todos rieron de buena gana.

La actriz se dirigió a Tenzin.

—¿Sería ésa una interpretación correcta?

—Comprendo por qué la gente podría creer eso —contestó él—, pero es importante no ser tan literales. El hecho de que usted le dé algo a alguien más, no significa que haya creado la causa que provocará que reciba exactamente lo mismo en otra ocasión. El karma no funciona como una especie de contabilidad externa de crédito y débito, sino más bien como una energía, una carga que crece con el paso del tiempo. Así es como incluso los actos más pequeños de generosidad, en particular cuando lo que les sustenta son las mejores intenciones, pueden convertirse en causas de una riqueza mucho mayor en el futuro.

La actriz y sus colegas observaban a Tenzin con detenimiento.

—El asunto se pone interesante —continuó el asistente del Dalai Lama—, porque al dar no sólo creamos las causas de la riqueza futura, sino también las condiciones para que madure cualquier riqueza del karma que ya poseemos. Efectivamente, el trabajo arduo y los pactos astutos de negocios son condiciones que originan riqueza, pero la generosidad también lo es.

—Lo que dice suena lógico —comentó la actriz—, y me parece interesante que Jesús también haya dicho: *Cosecharás lo que siembres*.

—La noción del karma era muy bien aceptada en los albores de la cristiandad —explicó Tenzin—. Del Este no solamente se importaron símbolos fundamentales como el pez y el halo —agregó señalando una imagen en la pared donde aparecía Buda coronado con un halo brillante de color azul celeste—; me parece que las enseñanzas principales como el amor al prójimo, la compasión y otras similares,

también siguieron la Antigua Ruta de la Seda hace dos mil años.

En los rostros de los visitantes podía verse la concentración y la atención.

—Algo que no entiendo respecto al karma —dijo la actriz—, es dónde sucede. Si no hay un dios que decida castigar o recompensar, y tampoco existe una computadora cósmica que lleve un registro, ¿dónde se lleva a cabo?

—Esa pregunta va al centro del asunto —respondió Tenzin—. Todo sucede en el continuo de nuestras mentes. Nuestra experiencia de la realidad es mucho más subjetiva de lo que solemos darnos cuenta. No solamente somos receptores pasivos de los sucesos; más bien, todo el tiempo estamos proyectando nuestra visión personal de la realidad hacia el mundo que nos rodea. Dos personas que se encuentren en las mismas circunstancias tendrán experiencias distintas de lo que sucedió, y esto pasa porque cada una tiene un karma diferente. La ley de causa y efecto —continuó Tenzin— dice que podemos crear, paso a paso, las causas para vivir la realidad de una forma que dé como resultado mayor alegría y abundancia, y que también podemos evitar las causas de la infelicidad y de la carencia de recursos. El mismo Buda lo resumió de la mejor manera al decir: *El pensamiento se manifiesta como palabra; la palabra se manifiesta como hecho; el hecho se convierte en hábito; y el hábito se concreta hasta transformarse en carácter. Por eso debe observarse cuidadosamente al pensamiento y sus costumbres, y permitir que surja de un amor nacido en la preocupación por todos los demás seres... Así como la sombra sigue al cuerpo, nosotros nos convertimos en lo que pensamos.*



Poco después la actriz y su grupo se levantaron de la mesa y agradecieron a Tenzin y a los demás por toda su ayuda. Estaban tomando sus sacos y bufandas, cuando de pronto la actriz volteó al sillón donde me encontraba sentada con las patas elegantemente dobladas debajo de mi cuerpo.

—¡Dios Santo! ¿Éste es el gato...? Ya saben... ¿Es el gato de esta mañana?

Tenzin me miró con esa misma expresión neutral que tenía la tarde que me encontró sentada en el cojín en forma de loto en el Café Franc.

—Se parece —asintió.

—Jamás he visto a la Leona de las Nieves salir tan lejos —dijo Lobsang.

—Los gatos himalayos son bastante populares aquí —se atrevió a comentar el asistente del traductor.

La actriz sacudió la cabeza con una sonrisa irónica.

—Bueno, ciertamente fue una actuación inesperada.



Después, esa misma tarde, Tenzin puso al Dalai Lama al tanto de los sucesos del día mientras ambos disfrutaban de té verde, en esta ocasión acompañado de un *biscotti* tan delgado como oblea, que había cocinado la siempre generosa señora Trinci. Tras hablar de la mayor parte de las actividades del día, Su Santidad tocó el tema de la ceremonia para plantar árboles.

—¿Cómo les fue en el desayuno? Espero que los visitantes hayan estado contentos con los resultados.

—Todo salió muy bien, Su Santidad, y nuestra invitada me llamó hace rato para decirme lo emocionada que estaba por la conciencia que se había creado entre la gente.

—Había muchos equipos de medios de comunicación —señaló el Dalai Lama—. ¡Jamás había visto tantas cámaras de televisión en Jokhang!

—Los medios cubrieron muy bien el evento —agregó Tenzin—, pero el verdadero éxito es un video en YouTube que al instante se volvió viral. Al parecer, ya tiene más de diez millones de visitas.

—¿Para ver una ceremonia en que se plantan árboles? —preguntó el Dalai Lama arqueando las cejas.

—Ahí es donde comienza, pero la verdadera estrella del espectáculo —Tenzin volteó a verme— es nuestra pequeña Rinpoche.

El Dalai Lama estalló en carcajadas, y luego, tratando de contenerse, dijo:

—Tal vez no deberíamos reírnos, no estoy seguro de quién resultó más sorprendido, si nuestra Rinpoche o los periodistas.

Su Santidad se acercó adonde estaba sentada, me tomó entre sus brazos y me acarició lentamente.

—Esta mañana, cuando despertamos, nadie imaginaba que estabas a punto de volverte... ¿cómo se dice...? Ah, una sensación internacional. Sin embargo, en una sola mañana tal vez lograste crear mayor conciencia sobre el problema de los bosques que la que algunas personas han creado en toda una vida.

Empecé a ronronear.

—Es un karma muy interesante.

CAPÍTULO SEIS



Bolas de pelo. No hay muchas cosas más desagradables que las bolas de pelo, ¿estás de acuerdo, querido lector?

Pero, vamos, vamos, ¡no hay necesidad de hacerse el inocente conmigo! El hecho de que seas humano no te hace inmune a obsesionarte contigo mismo. ¿No te sucede que de vez en cuando tienes una preocupación excesiva por la forma en que te ven los demás seres? ¿No te has obsesionado con tu ropa, tu calzado, los ornamentos y tu arreglo personal? ¿Todas esas cosas que tienen que ver más con la imagen que deseas proyectarle al mundo, que con un asunto de simple practicidad?

Cuando hablas de ti e intercalas un sutil comentario sobre la costosa marca de los artículos que adquiriste recientemente, la atención romántica que has estado recibiendo o la extraordinaria postura de yoga que lograste hacer, ¿no crees que lo haces con el objetivo de invocar una impresión particular que quieres diseñar de ti mismo?

Y por favor dime, ¿quién ocupa la mayor parte de tus pensamientos desde el momento en que te levantas por la mañana hasta que te acuestas a dormir? ¿Exactamente quién es la causa de tu mayor ansiedad y estrés? ¿Puedes pensar en alguien que quizá no se encuentre muy lejos del espacio que ocupas actualmente, y que en algún momento haya quedado atrapado en una espiral descendente de obsesión personal? ¿Alguien que a pesar de todas las lamidas frenéticas, de rascarse y acicalarse; a pesar de todos los esfuerzos por sentirse bien respecto a sí mismo, sólo haya logrado ingerir cantidades tan enormes de residuos personales que se haya enfermado a sí mismo... de una manera tal vez demasiado literal?

Si el mero acto de leer estos párrafos ha hecho que se te forme un desagradable bulto en la garganta, entonces estoy segura de que entiendes muy bien lo irritantes que son las bolas de pelo. De lo contrario, es obvio que eres una persona mejor acoplada que las demás, y en ese caso te ofrezco una disculpa por poner en duda tu carácter. Estoy segura de que no es necesario que leas este capítulo, así que, ¿puedo sugerirte que vayas inmediatamente al siguiente?

Como fui separada de mi madre y de mi familia siendo muy pequeña, hay ciertos aspectos del comportamiento gatuno que nunca aprendí. Por eso mi primera experiencia con las bolas de pelo fue inesperada y muy desagradable. Uno de los

inconvenientes de ser una gata con una belleza tan suntuosa como la que ocasionalmente adorna las cajas de los *praliné* (garapiñados) más costosos de Bélgica, es que el arreglo personal puede convertirse en una actividad compulsiva. Es muy sencillo quedar atrapada en el ciclo de lamidas y acicalamiento sin darse cuenta de cuáles pueden ser las consecuencias.

La mañana que, estando sobre el archivero, me enfoqué con vigor precisamente en esta actividad, Tenzin me miró con agudeza en varias ocasiones y Chogyal incluso se acercó y trató de distraerme sin ningún éxito. La comezón que sentí al principio se volvió más y más intensa y se esparció, ¡hasta que ya no pude dejar de lamerme!

Luego me di cuenta. De pronto supe que debía bajar al suelo, crucé la oficina, pasé justo frente a la canasta de Kyi Kyi, y apenas llegué al corredor, sentí que el estómago me daba vueltas. Fue como si todo en mi interior quisiera salirse. Me agaché sobre la alfombra y mi cuerpo comenzó a retorcerse por los jadeos; el ritmo de los violentos espasmos aumentó rápidamente hasta que... Bueno, tal vez sea mejor que no te cuente los detalles.

Chogyal se puso de pie de un brinco, tomó el periódico de ese día y usó la sección de mujeres para limpiar la alfombra donde deposité copiosas cantidades de mi propio pelambre. Me escabullí hasta la cocina para beber algo que me refrescara, y para cuando regresé ya no había señales del horror que sufrí en el apacible santuario del corredor.

Volví a mi lugar en el archivero y me quedé profundamente dormida. No hay nada como un buen rato de sueño para dejar los sucesos desagradables en el pasado.



Excepto que en esa ocasión me despertó una fragancia penetrante y confusa. ¿Acaso no era el inconfundible aroma de Kouros que por lo general se percibía varios metros antes de donde se encontraba Franc? ¡Pero no estaba en el Café! Unos instantes después se confirmaron mis sospechas gracias al reconocible acento de San Francisco de Franc.

Ni Chogyal ni Tenzin estaban en la oficina, pero ahí en la puerta, pude ver las redondas orejas de la silueta de Marcel, el perro de Franc. Poco después llegó Chogyal, despertó a Kyi Kyi, enganchó a su collar una cadena que traía consigo y lo llevó hasta donde Marcel contenía a su propio perro, el cual agitaba la cola frenéticamente por la emoción.

Franc y Chogyal hablaron en el corredor mientras los perros se olfateaban los traseros, el uno al otro. Como Franc estaba totalmente absorto en la plática, no se dio cuenta de que yo lo observaba desde mi plataforma y veía todo lo que estaba sucediendo. Aunque algunas semanas antes la inesperada llegada de Tenzin al Café

Franc me había desconcertado, ahora todo empezaba a tener sentido.

Franc se comportó muy bien. Su vestimenta era formal: saco oscuro y zapatos bien boleados; y fue tan amable como cuando llegaban al café los clientes VIP más destacados. Chogyal, por su parte, se comportó como siempre, sin pretensiones, y le contó a Franc la historia de cómo había llegado Kyi Kyi a vivir en Jokhang.

Luego, Chogyal y Franc sacaron a pasear a los perros al patio y yo me dirigí a una ventana con una vista mejor para continuar observando lo que sucedía. Ya sin sus respectivas cadenas, Marcel y Kyi Kyi se persiguieron entre sí, jugaron y riñeron. Al parecer, realmente podrían convertirse en amigos.

Cuando volvieron, Chogyal y Franc hablaron sobre los hábitos alimentarios y de sueño de Kyi Kyi. Luego escuché a Chogyal decir:

—Todos nosotros, incluso Su Santidad, estaríamos muy agradecidos si lo pensara...

—No hay necesidad de pensarlo —le aseguró Franc—, los perros se van a llevar bien. Será un honor.

El asistente del Dalai Lama miró a Kyi Kyi con una sonrisa.

—Lleva muy poco tiempo aquí pero lo vamos a extrañar.

—Lo puedo traer de visita —ofreció Franc.

En ese momento salió Su Santidad de su oficina.

Franc hizo una reverencia con demasiada formalidad y el Dalai Lama, riendo con discreción, se llevó las manos a la frente.

—Éste es Franc, Su Santidad, amablemente accedió a cuidar de Kyi Kyi.

—Muy bien. —El Dalai Lama se inclinó para tomar la mano de Franc entre las suyas—. Qué compasión tan maravillosa. —Luego vio todas las cintas de bendiciones que tenía el restaurantero en la muñeca—. ¿Tantas bendiciones ha recibido?

Como era su costumbre, Franc recitó la lista de sus iniciaciones recibidas de varios lamas de alto rango en los últimos diez años. Su Santidad escuchó con paciencia antes de preguntar:

—¿Y quién es su maestro?

—Todos los lamas que me han dado iniciaciones —contestó Franc como si estuviera repitiendo una ley de la fe.

—Es muy útil —recomendó Su Santidad—, tener un maestro y asistir a clases regularmente. Las iniciaciones y los libros son útiles, pero es más útil practicar bajo la guía de un maestro calificado. Si usted quisiera aprender piano, ¿no buscaría al mejor maestro de piano y estudiaría con él o ella todo el tiempo posible? Con el Dharma sucede lo mismo. Así es.

El consejo del Dalai Lama fue revelador para Franc, a quien le tomó un momento asimilarlo. Después de un rato, preguntó:

—¿Me recomendaría usted a alguien?

—¿Para usted? —Su Santidad parecía cautivado por el Om de oro que colgaba de

la oreja izquierda de Franc, pero también pensaba en la respuesta; finalmente, dijo:

—Puede hablar con Geshe Wangpo, maestro de aquí, del Monasterio de Namgyal. Creo que sería el adecuado para usted.



Poco después el restaurantero dejó Jokhang llevándose a Kyi Kyi. Me daba curiosidad cómo les narraría a los clientes que comían a la sombra de las coloridas sombrillas del Café Franc, lo que había sucedido ese día. Y también me preguntaba si podría conservar mi agraciada y privilegiada posición en el café entre las ediciones más recientes de *Vogue* y *Vanity Fair*; si ahora que Franc había aceptado hacerse cargo de un ser que seguramente llegaría a ser conocido como el Perro del Dalai Lama, ¿podría yo continuar siendo objeto de la misma veneración que antes?

Asimismo, me preguntaba por qué, en los siguientes días, en momentos aleatorios, Chogyal y Tenzin se miraban, murmuraban «Geshe Wangpo», y se atacaban de risa.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que recibiera respuestas a todas mis preguntas. La primera fue la que tenía que ver con Geshe Wangpo. Pues bien, una semana después me encontraba descansando en la repisa de mi ventana predilecta, cuando una vez más me despertó el conocido aroma de la loción para después de afeitarse de Franc. Aunque venía de lejos, se enrollaba en el aire como si fuera un listón; provenía del patio situado debajo de donde yo yacía en la posición de una lagartija con la panza al sol. Abrí los ojos y vi a Franc caminando de las puertas de Jokhang hacia el templo. La curiosidad comenzó a apoderarse de mí, por lo que de inmediato me dirigí abajo y aparecí en los escalones del templo cuando Franc se acercaba. Realicé un profundo y lujoso saludo al sol como si hubiera pasado toda la mañana paseando por ahí. A Franc pareció reconfortarlo verme en el templo en aquella importante visita. En cuanto estuvo cerca se inclinó para acariciarme.

Poco después salió Geshe Wangpo del templo. Era un hombre de cincuenta años, bajito y fornido, y emanaba una autoridad que superaba por mucho su estatura. Era como si su presencia física no transmitiera realmente su extraordinario e iracundo poder. En cuanto lo vi, comprendí por qué a Chogyal y Tenzin les había hecho tanta gracia que el Dalai Lama le recomendara a Franc buscar a Geshe Wangpo para que fuera su maestro: era difícil pensar en un lama más rudo que él.

No obstante, el maestro sonrió cuando Franc se presentó.

—Me pregunto si consideraría usted aceptarme como alumno —dijo Franc. En ese momento, la nube de Kouros, el Om de oro y la entallada ropa negra parecían estar más fuera de lugar que de costumbre.

—Puede venir a mis clases los martes por la noche —le dijo Geshe Wangpo—. Es importante asegurarse de cómo es una persona antes de aceptar tomar clases con ella.

—Pero el mismísimo Dalai Lama me lo recomendó —replicó Franc.

—Incluso así, tal vez a usted no le guste mi forma de enseñar. Todos tenemos estilos y temperamentos diferentes. —Casi parecía que Geshe Wangpo estaba tratando de disuadirlo—. Lo más recomendable es tomarse un tiempo antes de decidir, porque en cuanto se acepta a alguien como consejero —dijo Geshe Wangpo meneando el dedo índice de modo amenazador—, se debe estar dispuesto a seguir sus indicaciones.

Pero la advertencia del monje no desalentó a Franc.

—Si Su Santidad me sugirió a usted —dijo con un tono reverencial—, eso basta para mí.

—Está bien, está bien —dijo el lama asintiendo mientras observaba la muñeca de su nuevo estudiante—. Veo que ya tiene muchas iniciaciones, seguramente sus compromisos lo mantienen muy ocupado.

—¿Compromisos?

—Sí, los compromisos que hizo cuando recibió sus iniciaciones.

—¿Hice compromisos?

Geshe Wangpo frunció el ceño.

—¿Para qué obtener iniciaciones para una práctica que no se quiere llevar a cabo?

—Yo no sabía que... —Por primera vez en la vida, Franc se veía realmente asustado.

—¿Qué empoderamientos le fueron otorgados?

Franc comenzó a recitar su ya conocida cantaleta de fechas, lamas e iniciaciones esotéricas, sólo que en esta ocasión lo hizo en un tono muy diferente. Era como si en lugar de presumir una sarta de triunfos, fuera admitiendo con cada uno su ignorancia y descuido.

Cuando por fin terminó, Geshe Wangpo lo miró con seriedad antes de estallar en carcajadas.

—¿Qué pasa? —preguntó Franc, demasiado consciente de que él era objeto de la risa del lama.

—¡Vaya, ustedes los occidentales! —pudo decir Geshe Wangpo después de un rato— ¡Son muy graciosos!

—No comprendo —dijo Franc encorvándose cada vez más.

—El Dharma es un viaje interior —le dijo el monje al mismo tiempo que se tocaba el pecho a la altura del corazón—. No se trata de decir que uno es budista, de vestir ropa que lo demuestre, y ni siquiera de creer que se sea. ¿Qué es «budista»? Es sólo una palabra, una etiqueta, pero, ¿qué valor tiene la etiqueta si el producto en el interior no es auténtico? Es como un Rolex falso —explicó con una mirada traviesa.

Franc se contoneó incómodamente.

Geshe Wangpo volvió a menear el dedo de un lado a otro.

—Aquí, en el Monasterio de Namgyal, no queremos Rolex falsos —advirtió—,

sólo nos interesan las piezas legítimas.

—¿Qué debo hacer con mis cintas de bendiciones —preguntó Franc muy triste.

—Usted lo decidirá —le dijo Geshe Wangpo—. Sólo usted sabrá qué es lo correcto, nadie más puede aconsejarle al respecto. —Entonces, al ver el semblante pensativo de su nuevo estudiante, el monje lo tomó del brazo y le dijo—: Vamos, demos una vuelta por el templo, necesito estirar las piernas.

Los dos hombres se alejaron y empezaron a caminar en círculos describiendo la dirección de las manecillas del reloj; yo los seguí de cerca. Geshe Wangpo le preguntó a Franc de dónde era, y éste empezó a contarle que fue criado en California. Le habló de su pasión por los viajes, la travesía que le había llevado hasta Dharamsala y la totalmente inesperada decisión de abrir el Café Franc.

—Siempre me he sentido atraído por el budismo —le dijo al lama—. Pensé que lo que tenía que hacer era tomar iniciaciones y recibir empoderamientos de los altos lamas. Sabía también que debía meditar, pero tengo una vida muy ocupada. No me había dado cuenta de que necesitaba un maestro ni que debía tomar clases regularmente.

Geshe Wangpo se estiró un poco y estrujó la mano de Franc por un momento después de escuchar su confesión.

—Entonces hagamos que esto sea un borrón y cuenta nueva —sugirió—. ¿Conoce las Cuatro Nobles Verdades?

Franc titubeó.

—He escuchado sobre ellas.

—Son las primeras enseñanzas que impartió Buda después de alcanzar la iluminación. Son excelentes para empezar a comprender el budismo. Verá, Buda es como un doctor a quien uno visita cuando se siente mal. Lo primero que hace el doctor es identificar los síntomas, luego hace un diagnóstico. Después aclara si es posible lidiar con el problema, es decir, hace una prognosis. Por último, prescribe un tratamiento. Al contemplar nuestra experiencia de vida, Buda dio esos mismos cinco pasos.

Franc escuchó al lama con atención.

—¿Qué síntomas encontró Buda?

—En general —dijo Geshe Wangpo—, un alto nivel de insatisfacción o *dukkha*, como se dice en sánscrito. Dukkha abarca todo, desde la incomodidad trivial hasta sufrimientos físicos y emocionales más profundos. Buda entendió que buena parte de nuestra experiencia de la vida ordinaria es difícil y estresante; que es difícil ser nosotros.

Franc asintió, estaba de acuerdo.

—Son muchas las causas de la insatisfacción. El hecho de nacer significa que tendremos que enfrentar a la muerte, y muy probablemente dificultades con las enfermedades que se presenten en la vejez. La naturaleza temporal de las cosas

también puede ser otra causa de la infelicidad. Podemos lograr que las cosas sean de la forma que queremos, pero luego —el lama chasqueó los dedos—, todo cambia.

Geshe Wangpo continuó explicándole a su estudiante.

—No obstante, la razón subyacente de nuestra insatisfacción, la raíz, es que confundimos la manera en que existen las cosas. Vemos a los objetos y las personas como algo independiente y ajeno a nosotros. Creemos que tienen características y cualidades que nos atraen o nos repelen. Pensamos que todo sucede afuera y que nosotros sólo reaccionamos a ello, como si todo viniera del exterior.

Maestro y alumno caminaron un poco más en silencio antes de que Franc preguntara:

—¿Por qué es un error ver las cosas de esa manera?

—Porque cuando nos fijamos muy bien, no podemos encontrar la esencia en ninguna persona u objeto, y eso me incluye. No podemos encontrar ninguna cualidad que exista separada de nuestra mente.

—Lo que quiere decir es que no hay nada allá afuera y todo lo estamos inventando nosotros —dijo Franc con más premura que de costumbre.

—No, pero ése es el malentendido más común. Esta sutil verdad se llama «origen dependiente» y puede exigir demasiado estudio y meditación para entenderse. Sin embargo, cuando se empieza a comprender, se vuelve el concepto más poderoso y con mayor capacidad para cambiar nuestra vida. Tal como lo han confirmado los físicos cuánticos, lo que Buda enseñó es que *la forma* en que las cosas existen, *la manera* en que son, depende en parte de nuestra propia mente. Esto significa que la Tercera Noble Verdad, la prognosis, es positiva.

—¿Porque podemos trabajar en nuestra mente? —se atrevió a preguntar Franc.

—¡Sí, sí! —asintió Geshe Wangpo vigorosamente—. Si toda esta insatisfacción, todo este dukkha, viniera de algún lugar, sería imposible hacer algo al respecto. Pero como se origina en la mente, bueno, pues aún tenemos esperanza. Por eso, la Cuarta Noble Verdad es el tratamiento: lo que podemos hacer respecto a nuestros problemas mentales. —El monje volvió a mirar a Franc con una sonrisa desafiante, pero el restaurantero estaba demasiado absorto en lo que decía el lama, como para sentirse ofendido.

—Entonces, ¿cuál es el tratamiento? —quiso saber.

—Todas las enseñanzas de Buda —contestó Geshe Wangpo—. Se dice que impartió ochenta y cuatro mil.

—¿El Dharma?

—Sí. ¿Usted sabe lo que significa Dharma?

Franc se encogió de hombros.

—¿Es la filosofía de Buda?

Geshe Wangpo inclinó la cabeza.

—Hablando de manera general, se podría decir que sí. En el budismo también

tenemos otra interpretación. Creemos que Dharma significa «cese», es decir, ponerle un alto a la insatisfacción; el final del dukkha. Éste es el propósito de las enseñanzas de Buda.

El lama hizo una pausa cuando llegaron a un lugar más allá del templo donde había un árbol grande que ofrecía cobijo en medio del sendero. Alrededor de ellos, las hojas cubrían el suelo.

—¿Sabe? En una ocasión alguien le hizo a Buda una pregunta misteriosa sobre el universo. Es muy interesante la manera en que contestó. —Geshe Wangpo se inclinó para tomar un puñado de hojas—. Les preguntó a sus estudiantes, «¿Hay más hojas en mi mano o en el suelo del bosque que nos rodea?» Los estudiantes contestaron, «En el suelo del bosque». Entonces Buda dijo, «Las hojas que están en mi mano representan el conocimiento que conduce al fin del sufrimiento». Con esta metáfora —Geshe Wangpo abrió la mano y dejó que las hojas cayeran—, Buda fue muy claro respecto al propósito de sus enseñanzas.

—Si hay ochenta y cuatro mil enseñanzas, ¿por dónde empieza uno? —preguntó Franc cuando reanudaron el paseo en círculos.

—El Lam Rim, o sendero gradual a la iluminación, es un buen lugar para empezar —le dijo el lama—. Nos enseña a estar más conscientes de nuestro comportamiento mental para reemplazar los patrones negativos de pensamiento con patrones positivos.

—Eso suena a psicoterapia.

—¡Exactamente! Lama Yeshe, uno de los primeros lamas que llevó el budismo tibetano a Occidente, solía decir eso: *Sé tu propio terapeuta*. De hecho escribió un libro con ese título.

Ambos continuaron caminando en silencio por un rato antes de que Franc preguntara:

—¿Es verdad que algunos lamas son clarividentes?

Geshe Wangpo lo miró con severidad.

—¿Por qué lo pregunta?

—Sólo tengo curiosidad... Quisiera saber en cuáles patrones negativos del pensamiento tendría que trabajar.

—Bueno, no se necesita ser clarividente para saber eso —dijo el lama con firmeza.

—¿No?

—Todos tienen el mismo problema básico pero expresado de distintas maneras. Nuestra principal dificultad es que todos somos especialistas en el «Yo».

Franc no comprendió.

—Pero no comprendo.

—Exactamente, me refiero a pensar en «Yo. Sólo en mí. En mí mismo».

—Ah, sí, entiendo.

—Nunca dejamos de pensar en nosotros mismos; ni siquiera pensamos que esto

nos hace infelices y nos estresa. Si nos enfocamos demasiado en nosotros, nos enfermamos porque mantenemos una plática interna constante que dura toda la mañana, la tarde y la noche. Es un monólogo. Paradójicamente, entre más podamos pensar en hacer felices a otros, más felices seremos.

Franco trataba de asimilar las palabras del lama, pero lucía abatido.

—La gente como yo no tiene mucha esperanza, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Tengo un restaurante muy concurrido, paso toda la semana ahí y trabajo todo el día; sencillamente, no tengo tiempo para pensar en hacer felices a otros.

—¡Pero yo diría que tiene una gran ventaja! —replicó Geshe Wangpo—. La felicidad de otros no es una idea abstracta, no tiene que ir a las montañas para meditar en ello. Uno empieza en casa y en el trabajo, con la gente y los otros seres que forman parte de su vida. Si usted tiene clientes, piense que cada uno de ellos es una oportunidad para practicar el amor benevolente. Verá, puede servirles café, o puede servirles café y una sonrisa. Me refiero a algo que les haga más felices por el momento que comparten con usted. Y si tiene empleados, bueno, pues piense que usted es una persona muy importante en sus vidas porque tiene la capacidad de hacerlos felices o infelices.

—No me había dado cuenta de que dirigir un negocio y ganar dinero podría formar parte de ser budista —dijo Franco—

—¡Por supuesto! Todo es parte del Dharma, su negocio, su familia... todo. Cuando uno comienza en la práctica del Dharma, ésta es como un chorrito de agua en lo alto de una montaña. El agua fluye por la tierra y el goteo afecta sólo a una pequeña área verde de tres o cinco centímetros. Sin embargo, entre uno practica el Dharma más y más, el flujo se torna más fuerte y se une a otras corrientes. En ocasiones puede vacilar —como sucede en la cascada—, o desaparecer debajo de la superficie, pero siempre se mantiene vivo y se fortalece cada vez más. Tarde o temprano se transforma en un río muy grande, amplio y poderoso, y se vuelve el centro de todo en la vida. Piense en su práctica del Dharma de esa manera, como algo que crece todos los días. Brinde más y más felicidad a otros y obtenga más felicidad para usted mismo.



Varios días después, estando sentada en el archivero de la oficina de los asistentes ejecutivos, sentí de pronto un cosquilleo familiar, unas ganas irremediables de lamer. Comencé a acicalarme, aunque al hacerlo recordé el horror de la experiencia de la bola de pelo y las palabras de Geshe Wangpo: *Si nos enfocamos demasiado en nosotros, nos enfermamos*. También recordé el consejo del lama sobre enfocarse más en otros.

Después de un rato meforcé a detenerme y bajé del archivero de un salto.

Tenzin tenía los lentes puestos y se encontraba absorto leyendo un importante correo electrónico del Dalai Lama para el primer ministro británico. Chogyal estaba terminando el itinerario para la próxima visita de Su Santidad al Sureste de Asia. Con un sutil ronroneo caminé hasta este último y empujé su mano para alejarla del teclado. Los asistentes ejecutivos se miraron. Chogyal titubeó y yo lamí con agradecimiento el dorso de su mano.

—¿Qué es esto, mi pequeña Leona de las Nieves? —preguntó sorprendido ante mi demostración de afecto.

—Es de lo más raro —señaló Tenzin antes de agregar—, se estaba lamiendo otra vez, ¿la viste? Tal vez está mudando de piel.

—No, no me di cuenta —Chogyal se estiró para abrir el cajón de su escritorio—, pero tal vez pueda ayudarla.

De su cajón sacó una bolsa con un peine y un cepillo, luego me levantó del escritorio, me llevó al corredor y ahí empezó a peinar mi grueso pelambre para remover los mechones grandes.

Yo ronroneé llena de alegría. Lo seguí haciendo los diez minutos siguientes que me cepilló la espalda, los costados y, finalmente, mi blanca, exuberante y esponjada pancita. Chogyal retiró todos los nudos hasta que mi pelaje quedó deslumbrante y sedoso. Rara vez había sentido tanta dicha. Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, pensé que si ésa era la recompensa que podía obtener por desear hacer felices a otros seres, ¡lo intentaría más seguido!



Después de que Franc adoptó a Kyi Kyi y tuvo su primera reunión con Geshe Wangpo, pasé varias semanas prestándole especial atención al *status quo* del Café Franc. Marcel y Kyi Kyi se confirmaron como espectáculo doble: dos perros que salían a pasear juntos y compartían una canasta debajo del mostrador donde estaba la caja registradora. El pelaje liso y la apariencia esquelética de Kyi Kyi habían desaparecido tiempo atrás; ahora, el brillo de sus ojos lo hacía lucir sano y travieso.

Por otra parte, me alivió descubrir que no hubo cambios perceptibles en el comportamiento de la gente del café para conmigo. Continué siendo Rinpoche y la Gata del Dalai Lama. Además, seguí ocupando la mejor repisa del lugar y alimentada con los bocados más apetitosos del *plat du jour*.

Lo que sí fue difícil soslayar fue el cambio en la personalidad de Franc. La primera vez que lo vi después de que caminamos en círculos en el templo, me di cuenta de que se había quitado el Om de oro de la oreja. Observé su muñeca y noté que también había retirado las cintas de bendiciones. Era evidente que tomó en serio

las referencias de Geshe Wangpo a los Rolex falsos, y entendió que aunque era mucho más difícil tener la versión original de algo, siempre era preferible.

Franc llegaba todas las mañanas a trabajar una hora más tarde que antes porque tenía una sesión de meditación temprano. También empezó a usar una gorra de beisbol que se dejaba puesta todo el día. Al principio no supe por qué lo hacía, pero en una ocasión se la quitó momentáneamente para rascarse la cabeza y noté una capa de pelusita. Conforme su cabello crecía más, la caricatura de lo que solía ser, fue desapareciendo. Ahora hacía muy pocas referencias al budismo y al Dharma. Rara vez presumía que yo era la Gata del Dalai Lama y nunca mencionó de dónde había salido Kyi Kyi, el nuevo integrante de la familia del Café Franc.

El karma funciona de una manera muy curiosa, y el hecho de que la metamorfosis de Franc sucediera en el momento más oportuno, lo comprueba.

Un día por la tarde llegaron al café un hombre y una mujer que daban la impresión de ser muy francos, y revisaron el menú del almuerzo. Vestían prendas en discretas gamas de gris y su apariencia era bastante modesta; parecían sólo una pareja más de intelectuales occidentales que viajaban a India. Quizás él era académico de Estudios de Budismo Pali en alguna universidad estadounidense; tal vez ella daba clases de yoga Ashtanga o era chef vegetariana en un centro de salud alternativa. Por la forma en que masticaron sus alimentos —con toda atención—, me pareció que estaban tratando de vivir la experiencia del Café con mucha seriedad.

Hora y media después de que les hubieran retirado los platos del postre, cuando las tazas de café estuvieron casi vacías, el hombre llamó a Franc con un gesto sorprendentemente autoritario de su dedo índice, sin embargo, ésa no fue la primera vez que se comunicaron. El comensal ya había interrogado bastante a Franc antes de elegir el plato fuerte, situación que el dueño manejó con una gracia recién adquirida.

—Me pareció que lo más correcto sería presentarme formalmente —le dijo el hombre en un educado acento de Nueva Inglaterra—, soy Charles Hayder de *Hayder's Food Guides*.

Decir que Franc se sorprendió, sería minimizar las cosas, ¡estaba asombrado! Las guías gastronómicas de Hayder eran de las más respetadas en el planeta. Se publicaban en todos lados y podían hacer triunfar o perecer a cualquier establecimiento de alimentos.

Franc tartamudeó algo, al parecer dijo que era un honor conocerle.

—Un amigo en Nueva Delhi me contó sobre el Café Franc. Pensamos que sería bueno visitarlo —dijo Hayder al mismo tiempo que asentía y señalaba a su sonriente esposa—. Debo decir que la comida de hoy fue sobresaliente, ¡cada uno de los platillos! Me atrevería a decir que es el mejor lugar de la región. Vamos a recomendarlo en el artículo que escribiremos sobre India en *The New York Times*.

Franc estaba tan abrumado que, por primera vez en su vida, se quedó sin palabras.

—Sólo nos sentimos decepcionados por algo —agregó Hayder con más discreción

—. Me habían dicho que el capitán de meseros era el más abominable aspirante a budista. ¿Me habrán informado mal?

Franc se quedó callado y miró su muñeca desnuda.

—No, no le informaron mal —dijo—, lo era.

—Ah, ¿entonces el Café Franc tuvo algunos cambios?

—En realidad es algo más profundo que eso —explicó Franc.

—¡Bueno, eso se nota! —exclamó Hayder a viva voz—, es algo que permea a toda la experiencia —el crítico culinario se permitió sonreír con un dejo de ironía—. Aunque esto va en contra de mis costumbres, voy a tener que escribir una reseña totalmente favorable.



Querido lector, sería tonto imaginar que una sola enseñanza de un distinguido lama podría dar como resultado la cura permanente de la celebración personal que algunos gatos y humanos realizan todos los días. De todos los engaños, la obsesión con uno mismo tal vez sea el que más astucia tiene para disfrazarse, porque a veces incluso parece que se esfuma por completo. Sin embargo, siempre vuelve a revelarse más adelante en una dimensión monstruosa y con una forma transmutada.

Yo todavía no había tosido mi última bola de pelo. Tampoco Franc.

Pero ya se había producido un cambio. Ambos estábamos en busca de nuevas direcciones, y tal como yo lo descubriría más adelante, en los siguientes meses hubo todo tipo de revoluciones intrigantes en el Café Franc.

CAPÍTULO SIETE



Querido lector, ¿eres un animal de hábitos? Entre las tazas para café de tu cocina, ¿hay alguna que prefieras en particular a pesar de que todas sirven para lo mismo? ¿Has desarrollado rituales personales que te brinden la tranquilizante noción de que la vida es como debe de ser? ¿Quizás esto se manifiesta en tu forma de leer el periódico, al disfrutar de una copa de vino por las noches o en la manera que te aseas?

Si tu respuesta a alguna de estas preguntas es sí, entonces es muy probable que hayas sido gato en una vida anterior. Y a mí, en lo personal, ¡no se me ocurre un honor más grande que ése!

Los gatos son las criaturas más acostumbradas a los hábitos. Entre las cosas que nos producen satisfacción cotidiana se encuentran los camastros para tomar el sol, las horas de comida, los agujeros para ocultarse y los postes para rascar. Y precisamente porque muchos humanos aceptan nuestra rutina, es que consideramos compartir nuestros hogares con ellos, y en algunos casos incluso los conservamos como miembros de nuestro personal.

Por supuesto, también hay algunas interrupciones que disfrutamos, porque cuán aburrida sería la vida sin, por ejemplo, probar de vez en cuando una nueva exquisitez. Como el día que la señora Trinci llegó triunfante a Jokhang con una charola de lasaña de berenjena rostizada para que todos la probáramos. O el entretenimiento matutino que ofreció un día un caballero asiático en el Café Franc, cuando quebró su pan tostado en trocitos, les aplicó mantequilla y mermelada de manera individual, y luego se los comió con palillos.

Este tipo de incidentes son una diversión agradable, pero que otros sucesos importantes amenacen nuestro cómodo patrón de vida... eso... es una cosa completamente distinta. Me refiero a los cambios trascendentales —tema favorito del Dalai Lama—, porque el cambio es lo único constante en la vida. Lo dijo el mismo Buda.

Hablando en representación de la mayoría de los gatos y los humanos, tal vez sea preciso decir que el cambio es algo que preferiríamos que les sucediera a otros en lugar de a nosotros. Pero, ¡vaya!, parece que no hay manera de escapar de éste. Ahí se encuentra uno, asumiendo que la vida que conoce, con todos sus rituales y hábitos, será así para siempre. Pero luego, de la nada, como un babeante pit bull sin cadena, o

como algún arquetipo demoniaco similar, aparece algo frente a ti en la calle y todo se vuelve un caos.

Mi descubrimiento de esta verdad comenzó sin grandes sucesos un día en que después de mi meditación matutina con Su Santidad, me dirigí a la oficina de los asistentes. Al principio nadie habló. De hecho, ese día en particular empezó como cualquier otro, con el típico repicar de los teléfonos, las reuniones y la llegada del chofer para llevar al Dalai Lama al aeropuerto. Yo sabía que estaría fuera dos semanas para visitar siete países de Europa, pero como llevaba más de ocho meses viviendo en Jokhang, y Su Santidad viajó con mucha frecuencia al extranjero en ese tiempo, estaba acostumbrada a la idea de que a veces tenía que ausentarse. Y cada vez que él se iba, su personal se aseguraba de que yo estuviera bien cuidada.

Sí, casi siempre.

En esta ocasión las cosas fueron muy diferentes. El primer día de su viaje, a media mañana llegaron a la oficina dos hombres vestidos con overoles salpicados de pintura. Chogyal los condujo hasta la habitación que yo compartía con Su Santidad, y de inmediato se dieron a la tarea de cubrir el piso con grandes hojas de plástico y colocar escaleras por todos lados.

Luego destruyeron el lugar en forma espantosa. Quitaron las fotografías y los thanks de las paredes, retiraron el cortinaje de las ventanas y cubrieron los muebles con sábanas. En unos cuantos minutos mi exclusivo santuario se transformó en un caos irreconocible.

Chogyal me levantó y pensé que lo hacía para reconfortarme; esperaba que se disculpara por el desastre y me dijera que los pintores acabarían muy pronto, que mi hogar volvería a pertenecerme dentro de poco. Pero la situación sólo empeoró.

El asistente del Dalai Lama me llevó consigo de vuelta a la oficina y me colocó dentro de una espantosa caja que apareció de pronto en su escritorio. Estaba fabricada con madera rugosa y era tan pequeña que apenas cupe en el interior. Antes de que pudiera protestar siquiera, él ya estaba cerrando la reja de metal para llevarme al piso de abajo.

No sé qué fue lo que sentí con más intensidad: el coraje o el terror.

Bueno, el coraje predominó al principio porque ¡eso era un secuestro! ¡Cómo se atrevía a tomarse tantas libertades! ¿Habría olvidado quién era yo?! ¡Y lo hizo en cuanto el Dalai Lama dio la vuelta para irse! De toda la gente, ¡tenía que ser Chogyal!, ¡el que siempre me trataba con cariño! ¡Bajo la malévola influencia de quién había caído? Si Su Santidad se hubiera enterado de lo que estaba pasando, estoy segura de que lo habría impedido de inmediato.

El asistente caminó por una zona del Monasterio de Namgyal que yo ya conocía, pero después siguió por un camino que nunca había recorrido. Mientras caminaba iba cantando mantras en voz muy baja, con esa manera suya tan despreocupada, como si no sucediera nada fuera de lo común. De vez en cuando se detuvo para conversar con

alguien, y en varias ocasiones levantó la jaula para que otros pudieran verme como si fuera un animal de zoológico. Miré furiosa a través de una grieta entre dos piezas de madera pero sólo alcancé a ver fragmentos de túnicas rojas y pies en sandalias. Si hubiera podido rebelarme y atacar con un fuerte rasguño, lo habría hecho.

Chogyal siguió caminando y, de pronto, me percaté de que eso ya había sucedido antes. No fue a mí —bueno, al menos no en esta vida en particular—, pero hubo un tiempo en que los más refinados individuos de las mejores razas eran arrebatados de sus hogares y lanzados a futuros desalentadores. Si acaso eres estudiante de historia europea, querido lector, tal vez ya lo adivinaste: me refiero a la revolución francesa.

¿Habrá sido muy distinto a lo que ahora me estaba sucediendo? ¿El amable Chogyal se habría convertido en un siniestro Robespierre tibetano? La forma en que me mostró a quienes nos encontramos en el camino, ¿no fue justo lo que les sucedió a los desafortunados aristócratas cuando fueron llevados en carretas por las calles de París para encontrarse con su lúgubre destino en la guillotina (ese espantoso ritual del que había oído hablar apenas una semana antes mientras Tenzin masticaba su sándwich a la hora del almuerzo)?

De repente sentí miedo, un miedo que crecía con cada paso que Chogyal daba en territorio desconocido. Tal vez no habría una guillotina al final de ese viaje, pero por primera vez me pregunté, ¿y qué tal si aquello no era un error? ¿Qué tal si alguien había diseñado un plan sin el consentimiento del Dalai Lama? Tal vez Su Santidad había hecho algún comentario indirecto, y sus asistentes al interpretarlo llegaron a la conclusión de que ya no deseaba tenerme cerca. ¿Y qué tal si había sido degradada de mi puesto como Gata de Su Santidad al de ordinaria Gata doméstica de McLeod Ganj?

Ahora nos encontrábamos en una zona muy descuidada. A través de las grietas en la madera vi aceras sucias y jardines estériles; percibí olores agrios y gritos de niños. Chogyal dio la vuelta en una calle y continuó por un sendero de lodo hasta llegar a un feo edificio de concreto. Poco después sólo pude dilucidar que nos encontrábamos en un corredor abierto con puertas en ambos lados. Algunas de éstas permanecían abiertas y dejaban entrever habitaciones donde familias completas estaban sentadas en el suelo alrededor de platos con comida.

Mi secuestrador sacó una llave de entre los pliegues de su túnica y abrió una puerta. Luego entró al lugar y dejó la jaula en el suelo.

—Hogar, dulce hogar —dijo lleno de alegría al mismo tiempo que abría la reja metálica. Luego me levantó y dejó mi pequeño y tembloroso cuerpo en lo que, evidentemente, era su propio edredón—. Tendrás que quedarte conmigo hasta que acaben los pintores, GSS —me explicó mientras me acariciaba de una manera que aparentaba que, en vez de haberme hecho pasar la más tortuosa experiencia de mi vida, sólo me había sacado a pasear veinte minutos—. No deberá ser más de una semana.

¡Una semana completa!

—Están volviendo a pintar todo: paredes, techos, ventanas y puertas. Cuando terminen, el lugar se verá como nuevo; mientras tanto, puedes tener unas vacaciones conmigo. Lasya, mi sobrina, se hará cargo de ti.

De pronto apareció una niña de aproximadamente diez años. Tenía ojos penetrantes y dedos sucios. Se arrodilló en el suelo y empezó a gritarme con voz agudísima, como si yo fuera estúpida y sorda.

Me escabullí, subí a la cama con las orejas apretadas y la cola flácida, y luego gateé hasta meterme debajo del edredón. Por lo menos el aroma de Chogyal que tenía la ropa de cama, me resultaba conocido.

Me refugié en la oscuridad.



Ahí permanecí los siguientes tres días. Dormí la mayor cantidad posible de horas y sólo salí para atender los llamados más urgentes de la naturaleza antes de regresar, acurrucarme y convertirme en una miserable y esponjada pelota.

Chogyal pasaba casi todo el día en el trabajo y Lasya se cansó muy pronto de tratar de jugar con una gata que no le respondía. Sus visitas se hicieron menos frecuentes y más breves. Poco a poco los sonidos de las familias al salir por la mañana y los aromas de los guisos que las mujeres cocinaban, se hicieron más familiares. Después de tres días de estar medio despierta en una oscuridad incompleta, comprendí algo: estaba aburrida.

Por eso el cuarto día, cuando llegó Lasya en la tarde, salí cuidadosamente de debajo del edredón y salté al piso por vez primera. Ahí descubrimos un juego nuevo casi por accidente. Mientras me frotaba en su pie derecho, su dedo gordo entró a mi oreja izquierda y los otros se quedaron afuera. La pequeña los meneó e improvisó un delicioso masaje. De pronto me descubrí ronroneando agradecida. Ni el Dalai Lama ni la gente de su equipo tenían la costumbre de ponerme el dedo gordo del pie en la oreja, pero tal como lo acababa de descubrir, la sensación era increíblemente placentera. Después de la oreja izquierda siguió la derecha mientras yo miraba el sonriente rostro de Lasya. Comprendí entonces que mi felicidad no dependía de encontrarme en un lugar en particular.

Caminé hasta la puerta y luego por el corredor, Lasya me iba cuidando. Avancé con cautela hacia la parte trasera del edificio. En la habitación inmediata había una mujer y tres niños sentados en el suelo. La mujer revolvía el contenido de una cazuela que se calentaba en una hornilla individual, y al mismo tiempo cantaba una especie de rima infantil. Como llevaba tres días escuchándolos mientras preparaban sus alimentos, me daba curiosidad conocerlos en persona. Y al contrario de lo que me

habían dicho los escandalosos demonios de mi imaginación, se veían más pequeños y comunes de lo que esperaba.

En cuanto aparecí interrumpieron sus actividades y voltearon a verme. Fue evidente que la noticia de mi llegada ya se había propagado por todo el corredor. ¿Estarían por alguna razón extasiados ante la presencia de la Gata del Dalai Lama? ¡Estoy segura de que sí!

Finalmente uno de los niños, como de ocho años de edad, se movió. Sacó un pedazo de carne tierna de la cazuela y le sopló para enfriarlo un poco antes de acercarse y ofrecérmelo. Lo olfateé vacilante. No era el filete miñón del Café París pero tenía hambre. Olía apetecible pero de una forma extraña; tomé la carne de la mano del niño y la mastiqué pensativamente. Debo admitir que tenía un sabor agradable y fuerte.

Lasya y yo seguimos caminando. Me dirigí al patio trasero —una desolada franja de tierra llana— y luego avancé hasta llegar a una pared de unos noventa centímetros de altura. Cuando salté a la parte superior me sorprendió ver un área abierta que daba a un campo de futbol soccer a lo lejos. Ahí, dos equipos de adolescentes se enfrentaban en la tierra seca para apoderarse de un balón fabricado con bolsas de plástico arrugadas y amarradas fuertemente con cordel. *Por fin* comprendí de dónde provenían aquellos gritos y la emoción que había escuchado estando escondida bajo el edredón.

Lasya se sentó a mi lado para ver el partido y dejó que sus piernas colgaran al otro lado del muro. Parecía conocer a los jugadores; ocasionalmente gritó para darles ánimo. Sentada a su lado, observé el desarrollo del juego: era mi primer partido de soccer, y al compararlo con el sedentario paso de la vida en Jokhang, resultaba fascinante.

No me di cuenta de que había empezado a atardecer sino hasta que miré arriba y vi velas y lámparas que se encendían en todas las casas a nuestro alrededor. La brisa nocturna transportaba el aroma de platos y más platos de comida cuyo sonido al chocar acompañaba a la risa, las discusiones, el agua de los grifos y el sonido de la televisión. Cuán diferente era todo aquello de los panoramas y los sonidos que se percibían desde mi lugar favorito en la ventana de la habitación de Su Santidad, pero no podía negar que aquel lugar, cuya vida entera se desenvolvía en el exterior, poseía una energía vibrante.

El sol se ocultó detrás del horizonte y el cielo oscureció aún más. Lasya regresó a su hogar con su familia, pero yo me quedé sentada en el muro con las patas bien acomodadas debajo del cuerpo.

Fue entonces que noté que algo se movía a un lado del edificio. Era una sombra que se deslizaba con facilidad por el costado de un tambor metálico como de cuarenta galones. ¡Era un gato! Y no solamente un gato común; era un gato particularmente grande y musculoso con oscuras franjas bien definidas. No tuve duda: era el mismo

gato atigrado que vi semanas antes al otro lado del patio del templo, junto a la luz verde del puesto del mercado. ¿Cuánto tiempo llevaría sentado en el contenedor observándome? No lo sabía, pero sus acciones me confirmaron su interés en mí.

El gato caminó a lo largo del patio desierto de un lado al otro y me ignoró por completo, como si no existiera. ¿No habría podido ser *más* obvio?

De repente me sentí trastornada. Cualquiera que me hubiera visto habría creído que sólo era una gata que meditaba plácidamente sentada sobre un muro, pero mis pensamientos y mis emociones en realidad eran un torbellino en ese momento. La autoridad con que el gato atigrado caminó por el patio me dejó claro que esos eran sus dominios. Por otra parte, el hecho de que hubiera llegado hasta Jokhang, era prueba de que se trataba de un gato con cierto nivel de importancia. Aunque las difusas franjas atigradas denotaban su origen humilde, había podido extender su territorio casi hasta el templo, y eso era muy impresionante.

¡Y ahora estaba montando un espectáculo para mí!

No me quedó duda de que regresaría. Esa noche no porque sería demasiado obvio, por supuesto. Pero... ¿al día siguiente tal vez?

Un poco más tarde, cuando Chogyal llegó del trabajo y entró por el corredor, Lasya lo tomó de la mano y lo llevó a ver dónde estaba yo sentada.

—¡Qué gusto verte afuera, GSS! —dijo. Luego me levantó en sus brazos y me hizo cosquillas debajo de la barbilla—. Volviste a la normalidad.

En ese momento estaba lidiando con varios sentimientos al mismo tiempo, pero la normalidad no estaba incluida.



Al día siguiente, en la tarde, me moría de ganas de que Lasya llegara. Había pasado toda la mañana acicalándome para que mi grueso y blanco pelaje luciera deslumbrante. Además de lavarme muy bien las orejas y abrillantar mis bigotes, también toqué el violonchelo con particular ahínco: en un espíritu más *allegro vivo* que *adagio*. Quienes estén familiarizados con el famoso concierto de Dvorak, me entenderán mejor.

Salí de la habitación en cuanto Lasya abrió la puerta y regresé al muro del patio de tal forma que pareciera que estaba ahí por casualidad, casi por accidente. Una vez más, había un partido de soccer llevándose a cabo en el campo. Desde las habitaciones que estaban atrás provenían los sonidos de la vida familiar que ya me resultaban tan conocidos. Lasya pasó algunos minutos sentada junto a mí leyendo un libro de texto, pero luego regresó corriendo a su casa.

Lo vi por el rabillo de mi ojo, su sombra apareció sobre el contenedor de cuarenta galones. Me levanté, estiré las patas del frente y luego la espalda con movimientos que

denotaban elegante indiferencia. Después de eso salté del muro e hice como si fuera a entrar al edificio.

Tal como esperaba, mis movimientos resultaron demasiado abrumadores para mi admirador, quien bajó del contenedor en silencio absoluto y caminó hasta que nos encontramos. Nos detuvimos a una distancia aceptable, y por primera vez pude ver esos deslumbrantes ojos color ámbar.

—¿No nos hemos visto antes? —preguntó con la frase sacada del lugar más común de la historia.

—No lo creo —traté de articular la frase exclusivamente con la cantidad adecuada de motivación en mi voz para no parecer una gata fácil.

—Estoy seguro de que te he visto antes.

Yo sabía perfectamente dónde me había visto pero no tenía la menor intención de decirle lo mucho que me había cautivado.

Al menos, no por el momento.

—Hay muy pocos gatos himalayos por aquí —contesté como confirmación de mi impecable, aunque no documentada raza—. ¿Éste es tu territorio?

—Sí, de aquí hasta Jokhang —contestó—, y toda la calle principal hasta los puestos del mercado.

Los puestos del mercado estaban a una cuadra de mi destino preferido.

—¿Incluso el Café Franc? —pregunté.

—¿Estás loca? El tipo de ahí *odia* a los gatos.

—Ahí tienen la mejor cocina del Himalaya, según la *Guía de comida Hayder* —dije con desdén.

Él parpadeó. *¿Acaso nunca había conocido a un gato de la parte alta de la ciudad?*, me pregunté.

—¿Cómo lograste acercarte a...?

—Ya conoces el dicho, ¿no? «Lo que cuenta es *a quién* conoces».

Él asintió.

—Pues el dicho se equivoca —dije con una sonrisa enigmática—, debería ser: «Lo que cuenta es *quién te conoce*».

Se quedó contemplándome un rato en silencio, y entonces pude ver la curiosidad en su mirada.

—¿Tienes algún consejo para un gato atigrado de la parte equivocada de la ciudad? —me preguntó con cautela.

¡Ay, qué tierno!

—«Ponte el sombrero dorado, si eso ha de conmovérlo» —empecé a decir, citando el epígrafe del libro que Tenzin consideraba la mejor novela estadounidense: *El gran Gatsby*—. «Si eres capaz de saltar muy alto, hazlo también por ella, / hasta que exclame, ‘¡Enamorado saltarín, enamorado del sombrero de oro, tendrás que ser mío!’»

Él frunció la nariz pensativamente.

—¿De dónde viene eso?

—De un libro que conozco.

Comenzó a alejarse.

—¿Te vas? —le pregunté mientras contemplaba maravillada otra vez su muscular figura.

—Voy a conseguir un sombrero —contestó.



La mañana siguiente no hubo señales de él, pero estaba segura de que lo vería otra vez por la tarde. Jamás había sentido un delirio romántico así, ni ese aturdimiento: mezcla explosiva de anhelo, aprensión y un magnetismo animal inexplicable. Estaba tan preocupada esa mañana, que apenas si noté que Chogyal volvió a casa a la hora de la comida en vez de en la noche. Presté muy poca atención cuando sacó de debajo de su cama la caja para transportarme, y no fue sino hasta que me levantó en ella, que me di cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Los pintores terminaron bastante pronto —me explicó como si estuviera encantada por lo que pasaba—. Como sabía lo triste que te sentías por encontrarte aquí, imaginé que querrías volver lo antes posible a casa.

Y sin mayor preámbulo fui llevada de vuelta a Jokhang.

La redecoración resultó un gran éxito, de eso no quedaba duda. Gracias a la pintura nueva, las habitaciones que ya conocía, ahora brillaban. Las instalaciones fijas estaban tan pulidas que resplandecían, y todo se encontraba como antes pero restaurado y más limpio. La única modificación real fue hecha pensando en mí: con lana de color arena, se tapizaron dos cojines rectangulares que fueron colocados en la repisa de la ventana para mi comodidad.

Tenzin armó gran alharaca por mi regreso; el aroma de sus manos recién lavadas con jabón desinfectante fue un cáustico recordatorio de que había vuelto a casa. Y para mi deleite, me sirvieron mi marca preferida de alimento. Esa tarde, cuando el personal de Su Santidad volvió a casa y todos me dejaron en paz, debí sentirme feliz por haber dejado atrás el trauma ocasionado por mi estancia en el densamente poblado suburbio de McLeod Ganj.

Pero no pude.

¡Deseaba tanto volver! ¡Deseaba tanto a aquel gato! ¿Cuáles eran las probabilidades de que nos volviéramos a encontrar si yo permanecía en mi torre de marfil en Jokhang? ¿Pensaría que mi repentina ausencia significaba que no estaba interesada en él? Un gato atigrado con una presencia leonina tan magnífica como la suya, seguramente tenía muchas seguidoras. ¿Qué tal si se daba por vencido conmigo antes de que tuviéramos una oportunidad?

Mientras pensaba en el tiempo que pasé en casa de Chogyal —el cual adquirió después la cualidad de un sueño que apenas se recuerda—, también tuve que admitir que había sido una tonta por pasar tres días completos escondida debajo del edredón. ¡Me perdí de una gran ocasión! ¡Qué desperdicio! Sólo podía imaginar lo que habría sucedido si hubiera salido desde el primer día en lugar de esperar al cuarto; en las experiencias que habría tenido y en cómo habría sido mi relación con el gato de mis sueños. Pero en vez de eso, mi ridícula autocompasión me hizo perder una gran oportunidad.



El Dalai Lama volvió a casa al día siguiente. Bastó con que entrara a la habitación para que todo volviera a estar bien. La relación entre la angustia y la recriminación, y el trauma en general, de pronto se tornaron irrelevantes cuando él llegó. Antes de que pudiera abrir la boca siquiera, su presencia y dichosa tranquilidad disolvieron los pensamientos negativos de todo tipo y produjeron una duradera sensación de profundo bienestar.

El Dalai Lama se veía muy satisfecho cuando visitó las habitaciones redecoradas acompañado de Tenzin y Chogyal.

—¡Muy bien! ¡Excelente! —repitió en varias ocasiones mientras señalaba los nuevos picaportes de latón y los elementos de seguridad que habían sido mejorados.

En cuanto sus asistentes se retiraron, se acercó y me acarició. Me miró a los ojos y susurró algunos mantras que me inundaron de una felicidad que ya conocía.

—Sé que tuviste varios días difíciles —dijo después de un rato—. Tu amiga, la señora Trinci, vendrá a prepararte el almuerzo. Estoy seguro de que tiene algo delicioso para ti.



Incluso si nunca hubiera escuchado acerca del invitado de Su Santidad de aquel día, me habría dado cuenta de que era alguien muy especial, porque a pesar de su fragilidad, el pequeño anciano vestido con túnica de monje transmitía mucha fuerza y aplomo. Al parecer, sus planes de viaje resultaron afectados por una huelga sindical en Francia; por eso, cuando el Dalai Lama lo condujo a un cómodo sillón, conversaron sobre las dificultades de viajar.

Pero Thich Nhat Hanh (que se pronuncia Tick Nyut Han), ese gran maestro zen, educador, amado gurú y autor de muchos libros asombrosos, sólo se encogió de

hombros al mencionar lo que implican los viajes.

—¿Quién sabe cuáles son las oportunidades que pueden surgir gracias a los retrasos? Estoy seguro de que conoce la historia zen del granjero y el caballo.

Su Santidad le indicó que continuara.

—La historia transcurre en una época antigua en Japón, cuando un caballo no era sólo un caballo sino también un indicador de riqueza.

El Dalai Lama asintió; Thich Nhat Hanh tenía ahora toda mi atención también.

—El granjero compró su primer caballo y todos los aldeanos lo visitaron para felicitarlo. «¡Debes estar feliz de ser el dueño de un caballo tan magnífico!», le dijeron todos.

»Pero el granjero, quien sabía algo acerca de la importancia de ser ecuánime, sólo sonrió y dijo: «Ya veremos».

»Tiempo después el caballo escapó del potrero y huyó al campo. Los aldeanos compadecieron al granjero. «¡Qué tragedia tan terrible! ¡Qué pérdida! ¿Será posible recuperarse de algo así?» Y una vez más, el granjero sólo sonrió y dijo, «Ya veremos».

»Poco menos de una semana después, el granjero despertó y descubrió que el caballo había regresado acompañado de otros dos caballos salvajes. Con gran facilidad los condujo al potrero y cerró la reja. Los aldeanos no podían creer lo que había sucedido. «¡Qué buena suerte! ¡Debemos celebrar! ¿Quién habría pensado que era posible que sucediera algo así?» Y naturalmente, el granjero sólo sonrió y dijo, «Ya veremos».

»Su hijo empezó a domesticar a los caballos. Era un trabajo difícil, y en algún momento uno de los caballos lo aventó y el joven se rompió la pierna. Eso fue poco antes de la cosecha, así que sin la ayuda de su hijo, al granjero le costó mucho trabajo llevar a cabo la recolección. «Qué arduo es tu trabajo», le dijeron los aldeanos. «Quedarte sin la ayuda de tu hijo en un momento como éste... es tal vez lo peor que te pudo suceder». Dijo el granjero, «Ya veremos».

»Unos días después, el Ejército Imperial envió soldados a todas las aldeas para reclutar a los jóvenes que estuvieran en forma y tuvieran buena condición. El emperador había decidido ir a la guerra y empezó a reunir sus tropas, pero como el hijo del granjero se había roto la pierna, no tuvo que ir a pelear. —Thich Naht Hanh sonrió—. Y así continúa la historia».

Su Santidad lo miró con una sonrisa de agradecimiento.

—Es un ejemplo hermoso —dijo.

—Así es —comentó el visitante—. Asimilar el cambio es mejor que reaccionar constantemente como si estuviéramos atrapados en una especie de melodrama egocéntrico; subiendo y bajando como en la montaña rusa.

—Efectivamente —agregó el Dalai Lama—, se nos olvida que sólo es cuestión de tiempo antes de que las cosas cambien y tengamos que modificar nuestra perspectiva una vez más.

Aunque me resulta difícil admitirlo, mientras escuchaba la conversación de estos dos grandes líderes espirituales, descubrí que me costaba trabajo no reaccionar a los cambios que se habían presentado recientemente en mi vida. Cuánto me había enojado con el pobre Chogyal, y lo único que él quería era cuidarme. Cuando me llevó a su casa, ¡incluso llegué a pensar que era un asesino revolucionario! Y luego mi reacción subsecuente: quedarme tirada en la cama tres días. ¡Qué patética! Para colmo, ahora sabía la oportunidad que perdí por ocultarme en el edredón de Chogyal.

Melodrama egocéntrico. Si tuviera que observarme con una honestidad brutal pero compasiva, ¿llegaría a la conclusión de que este término describe con precisión la forma en que he vivido la mayor parte de mi vida?

—Con mucha frecuencia —dijo Su Santidad—, la gente que conozco, como líderes de negocios, artistas y otros, me dicen que en retrospectiva, lo que pensaron alguna vez que había sido lo peor que les había sucedido en su existencia, resultó ser lo mejor.

—Nos vemos forzados a construir un nuevo sendero —dijo Thich Nhat Hanh—, un camino que, si lo permitimos, nos puede llevar a tener mayor congruencia y satisfacción en la vida.

—Sí, así es —dijo Su Santidad.

—Incluso cuando las circunstancias empeoran irremediablemente —agregó el visitante—, siempre podemos encontrar nuevas oportunidades.

El Dalai Lama se quedó pensando un poco antes de continuar.

—El momento más oscuro de mi vida fue cuando tuve que abandonar Tíbet. Si China no hubiera invadido nuestro país, yo todavía estaría en Lhasa, pero debido a la intromisión ahora estoy aquí rodeado de muchos otros monjes y monjas. En los últimos cincuenta años, el Dharma se ha diseminado por todo el mundo y creo que se ha convertido en una contribución importante.

—Estoy seguro de que así es —dijo Thich Nhat Hanh—. Tal vez estamos reunidos aquí ahora gracias a ese suceso de hace cincuenta años.

Y gracias a eso también soy GSS, pensé.

Y tú, querido lector, tienes este libro en tus manos.



Esa noche, con el estómago lleno del delicioso hígado de pollo en cuadritos de la señora Trinci, me senté en mi acolchonada repisa y miré la luz verde que brillaba al otro lado de la plaza. La delicada brisa transportaba el sutil aroma del bosque de pinos, la exuberancia del rododendro y los hipnóticos cantos de los monjes en oración.

De pronto me quedé contemplando la piedra vacía donde vi por vez primera al

gato atigrado. Mi gato atigrado, al que tanto anhelaba... *Un minuto*, pensé.

Me dio gusto interrumpirme antes de continuar porque en ese momento me percaté de que sentirse bien con uno mismo probablemente entraba en la categoría del melodrama egocéntrico.

¡Ay, este entrenamiento budista de la mente! ¿Habrá algo sobre lo que sí podamos engañarnos? ¿Aunque sea un poquitito?

De pronto recordé a Thich Nhat Hanh: su elegancia, su fuerza, su sencillez.

En medio de la oscuridad, seguí contemplando la brillante luz verde al otro lado de la plaza y pensé:

Ya veremos.

CAPÍTULO OCHO



Querido lector, si eres un observador astuto de la condición felina, tal vez ya te hiciste una idea profundamente personal acerca de mí. Pero claro, ésta no es una noción que yo haya tratado de producir en ti de manera consciente. Sin embargo, nos guste o no, el escritor siempre se traiciona subliminalmente, no sólo en las palabras que plasma en el papel, sino también con indicios sutiles que va dejando en el camino. Es una especie de sendero psicológico, si podemos llamarle así, que se va trazando con migajitas de pan. O para ser más precisos, un caminito de salmón en trozos idealmente aderezado con eneldo o rociados con una salsa *dijonnaise* ligera de sabor penetrante.

Además, claro, no estás leyendo este libro en un ambiente que se preste al análisis forense. Sólo por eso voy a ser muy franca y te voy a decir la verdad sin rodeos a pesar de que no me es nada sencillo hacer esta confesión. Soy una gata que disfruta mucho de la comida. Y cuando digo «disfruta», quiero decir, lamentablemente, que no soy una *gourmet*.

No, estimado lector, soy una glotona.

Lo sé, lo sé... es difícil creerlo, ¿verdad? Si vieran mi atractiva apariencia —digna de aparecer en una caja de chocolates—, y la sofisticación de mis bellos ojos azules, no podrían imaginarlo siquiera, pero este esplendoroso pelaje oculta un estómago que, al menos en el pasado, llegó a ser demasiado grande para estar sano y me utilizó como si fuera su esclava.

En verdad no estoy orgullosa de haber sido esclavizada por la comida. ¿Acaso hay alguna cultura en la Tierra que admire las panzas hambrientas? ¿A los sibaritas? ¿A los hedonistas sin freno? Pero antes de que te apresures a juzgar, permíteme preguntarte algo: ¿alguna vez trataste de imaginar cómo sería pasar un día en la vida de un gato?

A diferencia de lo que he visto en los rostros de los clientes del Café Franc por la mañana, los gatos no gozamos de esa emoción que se acumula antes de la primera taza de café del día. Y tampoco sabemos del deleite de ese primer sorbo de *sauvignon blanc* por la tarde. Los gatos no tenemos acceso a las sustancias que se consumen cotidianamente para mejorar el ánimo. Aparte de la humilde menta gatuna, nosotros no contamos con un refugio farmacéutico cuando sufrimos de aburrimiento, depresión, crisis existenciales o un simple dolor de cabeza común.

Lo único que tenemos es la comida.

La pregunta es, ¿en qué momento el goce del sustento personal deja de ser un placer sano y se convierte en una obsesión que amenaza la vida?

En mi propio caso, recuerdo con mucha claridad el día que a mí me sucedió.

Su Santidad llevaba más de seis semanas en casa sin viajar, y todo ese tiempo su agenda estuvo llena de compromisos con visitantes VIP, varios de los cuales fueron invitados a comer. La señora Trinci se había convertido en una presencia constante y funcional en la cocina de Jokhang, y todos los días se esforzaba en cada uno de sus logros por alcanzar nuevos niveles de perfección.

Por supuesto, durante ese proceso jamás olvidó las necesidades de La Criatura Más Hermosa Jamás Vista. Además, la señora no sólo me proveyó un suministro constante de exquisiteces: con el tiempo, también acumulé una creciente lista de nuevos nombres. Al mismo tiempo que me oprimía contra su generoso busto y besaba mi cuello, me arrullaba llamándome *Dolce mio*, mi dulce gatita. Y otras veces usaba la palabra *Tesorino*, o tesoro, justo cuando dejaba frente a mí un plato del que desbordaban cuadritos de hígado de pollo. Para la señora Trinci el alimento era una manifestación física del amor, y siempre fue muy generosa con ambas cosas.

En aquel entonces establecí una especie de rutina. El desayuno lo tomábamos en nuestra habitación privada y era preparado especialmente para el Dalai Lama. Luego, como a media mañana, iba al Café Franc, donde Jigme y Ngawang Dragpa ya estaban preparando el menú que debía estar listo al mediodía para la comida. Por supuesto, los primeros bocados del *menu du jour*, los más delicados, estaban reservados para Rinpoche. Siempre comía mis alimentos con gran deleite antes de tomar una siesta de aproximadamente una hora en la repisa para hacer la digestión. Para cuando aparecía en Jokhang, entre las tres y la cuatro de la tarde, la señora Trinci ya estaba acabando su labor en la cocina. Al llegar ahí, daba un salto a la banca de la cocina, y bastaba con un maullido para que la señora me diera de comer al mismo tiempo que me confirmaba lo refinada que era mi apariencia, mi encanto, inteligencia, crianza y otras de mis innumerables cualidades que notaba en ese momento en particular.

Todo eso habría sido suficiente —sí, algunos dirían más que suficiente—, para satisfacer aun el paladar felino más conocedor. Pero retomando esa duda a la que filósofos y asesores financieros le dedican tanta energía, te preguntaré: ¿cuánto es suficiente?

Esto me lleva al día que empecé a caer por la resbalosa pendiente que conduce de ser gourmet a glotón.

En esa ocasión iba subiendo la colina a Jokhang, regresaba del Café Franc, donde acababa de gozar una porción muy generosa de pato rostizado *à l'orange*. Estoy casi segura que debido a esto me costó más trabajo subir la colina que de costumbre, y por primera vez tuve que detenerme en la acera, afuera del Bazar Cut Prize.

Casualmente la señora Patel, dueña del establecimiento, estaba sentada en un

banco junto a la puerta y me reconoció de inmediato. Sabía que yo era la Gata de Su Santidad. Presa de la emoción, le ordenó a su hija que me trajera un platito con leche de la parte trasera de la tienda y me pidió que no siguiera mi camino hasta que hubiera bebido suficiente para reunir fuerza. Como no deseaba ser grosera con la señora, complací sus deseos.

Mientras bebía la leche, la señora Patel envió a su hija a la tienda de abarrotes de al lado para que comprara una pequeña lata de atún que luego vació en un plato y colocó cerca de mí. No tengo la costumbre de aceptar comida de gente a la que no conozco, pero a la señora Patel ya la había visto en varias ocasiones anteriormente. Era una robusta matriarca que pasaba mucho tiempo platicando con los paseantes; me parecía que era una mujer amable y de corazón generoso. Por eso cuando me ofreció el plato, el delicioso y salado aroma tan característico del atún, hizo que mis fosas nasales se expandieran con deleite.

Sólo unos bocaditos, para demostrarle a la señora que deseo comer el atún, pensé.

A la tarde siguiente, cuando iba subiendo la colina, antes de llegar al Bazar Cut Price, la señora Patel ya tenía leche y atún esperándome; la indulgencia de un solo día, se fue convirtiendo en un hábito traicionero.

Pero me esperaba algo peor.

Unos días después, la benévola señora Patel me interceptó cuando me dirigía al Café Franc. Estaba comiendo pan *naan* relleno de pollo, del cual tomó algunos trozos que me dio enseguida. Fue una botana de media mañana que en poco tiempo se volvió parte de la rutina.

—Los gatos saben lo que es bueno para ellos. —Esta frase la he escuchado en varias ocasiones—. Un gato sólo come cuando tiene hambre. —Otra frase que he oído por ahí. Pero tristemente, querido lector, ¡eso no es cierto! Aunque no me di cuenta en ese momento, acababa de tomar un peligroso camino a la desgracia.



En Jokhang, mientras tanto, el flujo de visitantes empezó a incrementarse. Los cambios de último minuto en las agendas y muchas llamadas de larga distancia desde todos los rincones de la Tierra, hicieron que aumentara el número de invitados que, en cuanto llegaban al Aeropuerto Indira Gandhi, eran llevados a McLeod Ganj. Como siempre, la señora Trinci fue muy diligente y siguió su costumbre de preparar platillos de las regiones de donde venían nuestros huéspedes. Podía ser *krasnye blini* para los rusos o dulce de leche para los argentinos, pero la señora siempre llegaba al extremo para sorprender y deleitar a los invitados de Su Santidad.

¿Quién podría olvidar el sorbete de frambuesa que planeó para el súper famoso médico indio, orador y escritor que nos visitó de California? Ningún miembro del

personal de Su Santidad pudo y, por supuesto, tampoco la señora Trinci.

Aquel visitante fue el tercer invitado de alto perfil que estuvo en Jokhang esa semana, llegó después de dos experiencias imprevistas que pusieron realmente a prueba la limitada paciencia de la señora Trinci; en la primera, la señora se enfrentó a un problema nocturno de refrigeración en la cocina principal, fue un suceso inexplicable en un momento muy inoportuno. La mitad de los alimentos que estaban en el refrigerador en cuestión, se echaron a perder, lo cual obligó al personal a realizar visitas frenéticas de último minuto al mercado, las tiendas de abarrotes y los proveedores gourmet para sustituir lo que se había perdido. No exagero al decir que la señora Trinci estuvo a punto de tener un colapso poco después del mediodía.

Dos días más tarde, en cuanto la italiana puso a cocinar el plato principal en las hornillas, se acabó el gas. Los tanques que proveían a la cocina quedaron vacíos y no había manera de conseguir otros. En ese preciso momento se envió gente a la cocina del Monasterio de Namgyal para que reuniera todas las hornillas eléctricas disponibles, y eso provocó una interrupción que, según la señora Trinci, era imperdonable.

¿Podría suceder un tercer desastre consecutivo? La señora hizo todo lo posible para asegurarse de que no. Esta ocasión verificó que hubiese suficiente gas y que el refrigerador del personal que se encontraba en el piso de arriba —el cual fue utilizado como reemplazo del que se averió mientras llegaba el nuevo—, estuviera en perfectas condiciones; también revisó, por lo menos dos veces, los alimentos que ahí se guardaron. Todos los ingredientes y utensilios de la cocina fueron sometidos a una rigurosa inspección como no se había visto nunca antes. No habría nada que pudiera arruinar esta comida.

Y nada lo hizo.

Bueno, al menos no al principio. Mucho más temprano de lo programado, la señora Trinci trajo el pastel de calabacín con chocolate y las bolitas de nuez algarroba que había preparado durante la noche como postre. Ansiosa, retraída y con la supersticiosa creencia de que las cosas malas siempre pasan en rachas de tres, llegó poco después de que Su Santidad saliera a una cita a media mañana en el templo. No estaba dispuesta a dejar nada al azar.

En poco tiempo, la ensalada *niçoise* de espárragos ya estaba servida, el arroz *basmati* se había colocado con todo cuidado en la hornilla específica para cocinarlo y los vegetales estaban en la parrilla. Era hora de empezar a preparar los chícharos con coco.

Pero cuando la señora Trinci abrió las bolsas que estaban guardadas en el refrigerador de arriba, descubrió que los chícharos estaban echados a perder; por alguna razón, no los revisaron bien al pasarlos del refrigerador de la cocina al del personal. Algunos de la parte superior de las bolsas estaban en buen estado pero los de abajo ya estaban blandos y babosos, sencillamente no servirían para la comida.

La expresión de la señora Trinci se tornó más lúgubre que las nubes de monzón que surcan el cielo del Valle de Kangra y luego comenzó a dar órdenes vociferando a los tres desafortunados monjes que habían sido asignados ese día para trabajar en la cocina. A dos los envió al mercado a comprar más chícharos, y al tercero lo mandó al Monasterio de Namgyal para que trajera personal de apoyo. La señora se encontraba estresada y no dejaba de hacer chocar sus brazaletes de oro entre sí cada vez que agitaba los brazos. Tomó el asunto de los chícharos como un mal presagio de que lo peor estaba aún por llegar.

Y justamente así fue.

Los dos asistentes aún no volvían del mercado con los chícharos y el reloj seguía corriendo. El tercer asistente no pudo encontrar en Namgyal a nadie para que trabajara en la cocina. La señora Trinci gruñó y le dijo que preguntara en el piso de arriba. Y así fue como Chogyal, el asistente ejecutivo del Dalai Lama, de pronto se encontró en el peculiar papel de *sous chef* mientras se completaba nuevamente el personal de la cocinera.

Su primera tarea consistió en traer las bayas del refrigerador del personal que estaba en el piso de arriba para iniciar la preparación de un sorbete ayurvédico de frambuesa.

—No hay frambuesas —le dijo Chogyal a la señora cuando regresó a la cocina unos minutos después.

—Eso no es posible, yo misma revisé el refrigerador anoche. Es la bolsa roja que está en el congelador. —La señora hizo tintinear sonoramente sus brazaletes mientras gesticulaba con las manos y le indicaba a Chogyal que volviera al piso de arriba. —Es la bolsa roja. ¡*SACCHETTO ROSSO!*

Pero sus indicaciones no sirvieron de nada.

—Definitivamente no están ahí —confirmó Chogyal a su regreso—, no hay ninguna bolsa roja.

—*Merda!* —La señora Trinci azotó un cajón del gabinete que acababa de abrir, y eso hizo repicar los cubiertos; luego se dirigió arriba hecha un energúmeno—. ¡Cuide las verduras que están en la parrilla!

Todos en la cocina se vieron forzados a escuchar los pesados pasos en la escalera, el *staccato* de sus tacones al recorrer la cocina del personal y el grito de desesperación cuando confirmó la terrible verdad por sí misma.

—¿Pero qué sucedió? —preguntó cuando regresó. Tenía el rostro amoratado y echaba chispas por los ojos. Toda la frustración por los acontecimientos de la semana anterior se había acumulado y estaba a punto de estallar en ese preciso momento. El sabotaje era tan abrumador que la señora desfallecía llena de incredulidad.

—Estaban ahí anoche, yo lo verifiqué, y ahora, *nulla, niente*, ¡nada! ¿Dónde están las frambuesas?

—Lo lamento —dijo Chogyal sacudiendo la cabeza en negación—, no tengo idea.

Pero la relajada manera en que se encogió de hombros el asistente, no aplacó a la cocinera italiana.

—Usted trabaja arriba, *tiene* que saber lo que pasó.

—La cocina del personal...

—Dejé instrucciones muy precisas: nadie debía tocar las frambuesas. No podemos reemplazarlas, las ordené especialmente para esta ocasión, las trajeron de Delhi... ¡Así no, *stúpido!* —La señora Trinci empujó a Chogyal para alejarlo de la parrilla porque estaba volteando los calabacines con demasiada lentitud para su gusto y le arrebató las pinzas—. ¡No tengo todo el día para hacer esto!

La señora sujetó cada uno de los calabacines, los volteó y los golpeó ligeramente contra la parrilla.

—¿Y ahora qué hago? ¿Mando a los monjes de Namgyal a buscar frambuesas?— preguntó la señora. Pero Chogyal fue sabio y se mantuvo en silencio—. ¿Marco por teléfono a todos los restaurantes de la ciudad? —insistió. Su furia se acumulaba más y más—. ¿Le pido a nuestro invitado VIP que compre algunas cuando pase por Delhi?

Cuando terminó de voltear los calabacines, la señora Trinci dio la vuelta, empuñó las pinzas con un gesto amenazante frente al rostro de Chogyal, y dijo:

—¡Le estoy preguntando! ¿Qué debo hacer?

Chogyal sabía que cualquier respuesta sería incorrecta. Como se encontraba acorralado y obligado a complacerla, optó por lo más obvio.

—Deje de preocuparse por el sorbete de frambuesa.

—¡¿Que deje de preocuparme?! —Fue como si Chogyal hubiera arrojado un barril de gasolina de alto octanaje a un incendio incontrolable—. *Incredibile!* Cada vez que trato de preparar algo realmente especial, algo que esté por encima de la mediocridad, ustedes me sabotean.

Como la señora estaba de espaldas a la puerta, no se dio cuenta lo que provocó la repentina preocupación del asistente. Una preocupación mucho mayor que la que causó la desaparición de las frambuesas.

—Señora Trinci... —trató de interrumpirla.

Pero ella estaba ocupada desbordando su ira en un caudal de proporciones wagnerianas.

—En primer lugar, estas instalaciones en las que no se puede confiar: el refrigerador. Luego, el suministro de gas. ¿Cómo voy a cocinar sin estufa? Y ahora, *porca miseria*. ¡Demonios! ¡La gente se roba mis ingredientes!

—Señora Trinci, ¡por favor! —le suplicó Chogyal con una media sonrisa acompañada de su ansioso ceño fruncido—. ¡Ésas son palabras muy duras!

—¡A mí no me venga con que son «palabras muy duras»! —La cabalgata de las valquirias no fue nada comparada con la furia desatada por la señora Trinci—. ¿Qué tipo de idiota usaría la única bolsa de frambuesas en todo Jokhang el día previo a una comida VIP? —A la señora le aparecieron manchitas blancas en las comisuras de la

boca—. ¿Qué tipo de tonto, qué *imbecile* haría algo así?!

La señora solamente estaba descargando su furia con el pobre de Chogyal y no esperaba que le respondiera; sin embargo, en medio del torbellino de su ira, alguien más lo hizo.

—Fui yo —dijo una voz con suavidad detrás de ella.

La señora Trinci giró lentamente y se encontró con el Dalai Lama, quien la miraba con una compasión inmensa.

—Lo siento, no sabía que no debíamos comerlas —dijo en tono de disculpa—. Tendremos que seguir adelante sin ellas. Por favor venga a verme después de la comida.

Parada en medio de la cocina, la señora se puso lívida en un instante, tenía la boca abierta como pez y la movía, pero era incapaz de emitir sonido alguno.

El Dalai Lama juntó sus palmas a la altura del corazón e hizo una ligera reverencia. Y mientras la señora Trinci seguía convulsionándose en la cocina, Su Santidad miró a Tenzin, quien se encontraba a su lado.

—Este sorbete, ¿qué es exactamente? —le preguntó cuando abandonaron la cocina.

—Es un postre —dijo Tenzin.

—¿Y se prepara con frambuesas?

—Se puede hacer de distintos sabores —explicó Tenzin. Caminaron un poco más, y luego añadió—: De hecho, la señora Trinci estaba planeando ofrecer el sorbete para refrescar el paladar entre los distintos platillos.

—Para refrescar el paladar... —¿alcancé a ver un dejo de diversión en los ojos del Dalai Lama mientras reflexionaba sobre el concepto de la señora Trinci?— La mente del enojo es algo muy peculiar, ¿no crees, Tenzin?



Más tarde, la señora Trinci se presentó en la habitación del Dalai Lama, la vi llegar desde la comodidad de mi acolchonada repisa interior. Lucía consternada y arrepentida, y rompió en llanto en cuanto entró.

Su Santidad comenzó por asegurarle que el invitado halagó mucho la comida, en especial las bolitas de nuez algarroba, las cuales le habían recordado una receta familiar. Sin embargo, la señora sabía que el Dalai Lama no le pidió que subiera para hablar de la exquisitez que había preparado. Con lágrimas desbordándose de sus ojos color ámbar, y con el rímel corrido, confesó que tenía muy mal humor, que dijo cosas imperdonables y se había desquitado con Chogyal y con todas las personas que estuvieron presentes. Su Santidad tomó su mano por un largo rato mientras ella estuvo ahí parada sollozando, y luego le dijo:

—¿Sabe, querida?, no es necesario llorar.

La señora acercó un pañuelo perfumado a su rostro; estaba azorada por lo que el Dalai Lama acababa de decirle.

—Está bien, está muy bien aceptar que se tiene un problema con el enojo — agregó Su Santidad.

—He pasado toda mi vida estresada —dijo ella.

—A veces sabemos que tenemos que cambiar nuestro comportamiento, pero se requiere de una especie de conmoción para que *comprendamos* que debemos modificar las cosas desde este preciso momento.

—Sì —contestó en italiano la señora Trinci, luego tragó otra oleada de lágrimas—. ¿Pero cómo?

—Empiece por pensar en las ventajas de practicar la paciencia y las desventajas de no practicarla —le dijo el Dalai Lama—. Cuando uno está enojado, es el primero en sufrir. Ninguna persona iracunda puede tener una mente feliz y sosegada.

Con los ojos enrojecidos, la señora Trinci lo observó detenidamente.

—También necesitamos pensar en el impacto en otros. Cuando decimos cosas hirientes que en realidad no sentimos, podemos ocasionar heridas profundas que no sanan. Piense en todos los distanciamientos entre amigos y familiares, esas divisiones que conducen a rupturas totales de las relaciones. Y todo por un solo ataque de ira.

—¡Lo sé! —vociferó la señora Trinci.

—Después debemos preguntarnos de dónde viene el enojo. Si la verdadera causa es el refrigerador, el gas o la falta de frambuesas, ¿entonces por qué los demás no están enojados por ello? Verá, la ira no viene de afuera sino de nuestra mente. Pero eso es algo muy positivo porque, aunque no podemos controlar todo lo que nos rodea en el mundo, sí podemos aprender a controlar nuestra propia mente.

—Pero yo siempre he estado enojada—confesó la señora.

—¿Está enojada en este momento? —le preguntó Su Santidad.

—No.

—¿Y qué le dice eso respecto a la naturaleza de una mente iracunda?

La señora Trinci miró un buen rato por la ventana, al techo del templo, donde el sol del ocaso ya bañaba con luz dorada la rueda del dharma chakra y la estatua del venado.

—Supongo que el enojo viene y se va.

—Así es, no es algo permanente ni es parte de usted. Por eso no puede decir «siempre he estado enojada». Su ira surge, permanece y luego pasa; así les sucede a todos. Es posible que usted la viva más que otros y cada vez que sucumbe ante ella, alimente ese hábito y aumentan las probabilidades de sentirla otra vez. En lugar de eso, ¿no sería mejor disminuir su poder?

—Por supuesto, pero no puedo controlarme. Yo no me propongo enojarme, sólo sucede.

—Dígame, ¿hay algunos lugares o situaciones en que tienda usted a enojarse más que en otros?

La respuesta de la señora Trinci fue inmediata.

—En la cocina —dijo señalando el piso de abajo.

—Muy bien —agregó el Dalai Lama al mismo tiempo que juntaba sus palmas y sonreía—. A partir de ahora la cocina de Jokhang ya no será un lugar ordinario para usted. Ahora será una Casa del Tesoro. Piense que la cocina es un lugar donde podrá encontrar muchas oportunidades valiosas que no se encuentran disponibles en ningún otro sitio.

La señora Trinci sacudió la cabeza.

—*Non capisco*. No entiendo.

—Bien. Está de acuerdo en que el enojo que siente, en parte proviene de su interior, ¿verdad?

—Sí.

—Y que sería benéfico para usted y para todos los demás si pudiera deshacerse de él gradualmente, ¿no es cierto?

—Sí.

—Para que esto suceda, necesita oportunidades para practicar con la fuerza opuesta, que es la paciencia. Estas oportunidades no se las van a proveer sus amigos, sin embargo, aquí en Jokhang encontrará bastantes.

—Sí, sí! —dijo, sonriendo arrepentida.

—Por esto es que puede llamarle Casa del Tesoro. Este lugar le ofrece *muchas* oportunidades de cultivar la paciencia y vencer la ira. Existe incluso una palabra para esta forma de pensar. —Su Santidad frunció el ceño mientras se concentraba—. Ah sí, le llamamos reeducar. Sí, así.

—Pero, ¿y qué tal si... fracaso? —dijo vacilante la señora.

—Pues lo sigue intentando. Cuando se trata de vencer un hábito de toda la vida, no puede haber resultados instantáneos, pero si logra ver la ventaja de lograrlo, no hay duda de que lo logrará paso a paso.

Su Santidad miró el ansioso rostro de la señora antes de agregar:

—Es muy útil que su mente esté sosegada, y la meditación es muy buena para eso.

—Pero yo no soy budista.

El Dalai Lama sonrió discretamente.

—La meditación no les pertenece a los budistas, hay gente de todas las demás tradiciones que la practica, incluso hay gente sin religión que también goza de sus beneficios. Usted es católica, y yo sé que la orden benedictina tiene algunas enseñanzas muy útiles sobre la meditación. Tal vez podría intentar eso, ¿no cree?

La señora Trinci se puso de pie cuando terminó su audiencia.

—Algún día —Su Santidad tomó su mano y la miró profundamente a los ojos—, tal vez llegue a ver el día de hoy como un momento de cambio.

La señora ya no quiso seguir hablando porque sabía que lloraría, sólo asintió y continuó enjugándose las lágrimas con su pañuelo.

—En el Dharma le llamamos *entendimiento* a ese momento en que llegamos a comprender algo de manera tan profunda que nuestro comportamiento cambia. Quizá usted llegó hoy a ese entendimiento, ¿no cree?

—Sì, sì!, Su Santidad —dijo la señora con los labios fruncidos por la emoción—. Así es.

—Recuerde las palabras de Buda: *En la guerra un hombre puede vencer mil veces a mil hombres, pero el hombre que se vence a sí mismo, es el mejor guerrero de todos.*



Mi *entendimiento* personal se dio sólo unas semanas después.

Debí prestarle atención a la primera advertencia, es decir, a un comentario que escuché que Tenzin le hizo a Chogyal un día cuando entré a nuestra oficina.

—GSS está embarneciendo —dijo. Era típico de Tenzin hacer observaciones tan políticas e indirectas que yo nunca entendía lo que realmente quería decir, y por eso no me sentí ofendida en absoluto.

Pero la siguiente semana, cuando volví a la cocina de Jokhang para recibir la comida, cortesía de la señora Trinci, no me fue necesario ningún entrenamiento diplomático para entender los comentarios.

Desde la crisis del sorbete de frambuesas, en la cocina se había vivido una serenidad poco común durante todas las visitas de la señora. No solamente prevalecía la calma: la señora incluso había llevado a su lugar de trabajo un reproductor de CD desde el cual emanaba el celestial coro Sanctus del *Réquiem* de Fauré todas las tardes mientras ella estaba ahí.

Entré a la cocina y la saludé con mi amistoso ronroneo; no salté a la banca por la simple razón de que sabía que no lograría llegar hasta arriba, sólo me quedé viéndola.

Muy atenta como siempre, la señora Trinci me levantó.

—Ay, pobrecita pequeña, *dolce mio*, ¡ya no puedes saltar! —exclamó, al mismo tiempo que me besaba—. Es porque estás muy gorda.

¿Estoy *qué*?

—Has estado comiendo demasiado.

¡No puede estar hablando en serio! ¿Acaso es ésa la manera de hablarle a La Criatura Más Hermosa Jamás Vista? ¿A *Tesorino*? ¿A *Cara Mia*?

—Te has convertido en una verdadera cerdita rechoncha.

No podía creer lo que estaba escuchando, la mera idea era repugnante.

¿Una cerdita rechoncha? ¡¿Yo?!

La habría mordido con fuerza en ese punto suave entre los dedos índice y pulgar,

de no ser por la succulenta maravilla que colocó frente a mí: unas deliciosas piernas de cordero cubiertas con salsa espesa de carne. En cuanto empecé a lengüetear la picante salsa, quedé instantáneamente absorta en su bien sazónada espesura; para entonces, los extraños y crueles comentarios de la señora Trinci desaparecieron por completo de mi mente.

Pero todavía fue necesaria una humillación mayor para enfrentar mi creciente problema. Al regresar con Su Santidad de una visita matutina al templo, me dispuse a subir por las escaleras hasta nuestra habitación privada. Como mis patas traseras eran bastante inseguras, siempre tenía que realizar el ascenso con cierta rapidez. Sin embargo, durante las semanas anteriores, alcanzar la velocidad adecuada se fue convirtiendo en un desafío cada vez mayor.

Esa mañana, el desafío fue demasiado grande.

Cuando di los primeros pasos sentí que mi energía de costumbre me estaba fallando. Subí hasta los escalones dos y tres, pero en lugar de acelerar, en ese momento percibí un peso que me detenía. Sencillamente, el impulso acostumbrado, no estaba ahí.

En el momento crucial, casi a punto de llegar al medio del vuelo, en vez de aterrizar en el rellano tras un salto seguro aunque poco digno, de pronto me encontré en el aire y con mis patas agitándose vigorosa y desesperadamente para hacer contacto. Y además, de costado. Entonces mi cuerpo cayó pesadamente, la mitad en un escalón y la otra mitad en el de abajo; luego, sacudiéndome y dando tumbos, retorcida y con el trasero hacia la parte inferior de la escalera, emprendí un aterrador e ignominioso descenso hasta llegar a los pies de Su Santidad.

Instantes después, el Dalai Lama ya me llevaba en brazos hasta nuestra habitación y pidió que llamaran al veterinario para que nos visitara. Colocaron una toalla para cubrir el escritorio de Su Santidad, y ahí fui sometida a un examen completo. Al doctor Guy Wilkinson no le tomó mucho tiempo llegar a la conclusión de que, aunque no había sufrido daño físico por la caída, y en todos los otros aspectos gozaba de una salud envidiable, había un punto en particular que amenazaba seriamente mi bienestar: pesaba demasiado.

¿Qué tanto me estaban dando de comer al día?, preguntó el doctor.

Era una pregunta a la que ningún miembro del personal de Su Santidad podía responder, y a mí no me interesaba contestarla directamente. La caída ya me había humillado bastante y no tenía deseos de continuar avergonzándome con la revelación del alcance total de mi irrefrenable apetito.

Pero la verdad siempre sale a la luz.

Tenzin hizo algunas llamadas muy bien dirigidas, y para antes de que terminara la jornada, le reportó al Dalai Lama que además de las dos comidas que me proveían en Jokhang, hacía tres más en otros lugares.

Entonces se acordó que yo adoptaría un nuevo régimen alimenticio. A partir de

ese momento, a la señora Trinci y a la gente del Café Franc se les indicó que tenían que darme sólo la mitad de las porciones acostumbradas; además, ya no recibiría alimentos de la señora Patel. En tan sólo unas horas, mi régimen cotidiano fue sometido a un cambio drástico y permanente.

¿Cómo me sentía al respecto? Si me hubieran preguntado sobre mis hábitos alimenticios, habría admitido que necesitaban mejorar. Habría aceptado de buena gana que sí, tal vez cinco comidas al día era una cantidad excesiva para una gata pequeña... pero no del todo. Siempre supe que debía limitarme, pero hasta mi humillante caída mantuve esa información como un asunto meramente intelectual. En cuanto me deslicé pesadamente por los escalones, todo lo que sabía se convirtió en el *entendimiento* de que tenía que modificar la forma de comportarme.

Después de la caída, la vida no volvió a ser la misma jamás.

Esa noche, en la oscuridad y calidez de la cama, sentí que Su Santidad estiraba su mano. Bastó con que me acariciara para hacerme ronronear con alegría.

—Fue un día difícil, pequeña Leona de las Nieves —susurró—, pero las cosas mejorarán a partir de aquí. En cuanto vemos por nosotros mismos que hay un problema, el cambio se facilita.

Y efectivamente, así fue. Después de la conmoción inicial de las porciones más pequeñas y de la ausencia de los alimentos del Bazar Cut Prize, sólo se necesitó que pasaran algunos días para que empezara a sentirme menos aletargada. En tan sólo unas semanas, mis inseguros pasos adquirieron una nueva vitalidad; en poco tiempo volví a saltar a la banca de la cocina, y nunca me caí otra vez en las escaleras que llevaban a nuestra habitación en Jokhang.



Un viernes por la mañana, llegó un mensajero a Jokhang con una caja rectangular de poliestireno para la señora Trinci. La caja fue llevada directamente a la cocina, donde ella estaba preparando una comida para el primer ministro de la India mientras escuchaba a Andrea Bocelli. Sorprendida por la inesperada entrega, llamó al *sous chef* que había sido asignado ese día.

—¿Me podrías traer un cuchillo para abrir esto, por favor, Tesoro?

Ése era el término que usaba ahora, aunque en algunas ocasiones lo hacía entre dientes. Si bien continuaba siendo tan efusiva como siempre, ahora el enojo de la señora surgía más como *flashes* intermitentes de irritación que como erupciones volcánicas incontrolables.

Y, curiosamente, daba la impresión de que ahora siempre recibía recompensas por controlarse. Poco antes, acababa de recibir noticias de Serena, su hija, quien estudió para chef en Italia antes de trabajar varios años en distintos restaurantes con estrellas

Michelin en Europa. La señora Trinci se sintió sumamente feliz cuando supo que Serena decidió que ya había trabajado demasiado tiempo en Europa, y en unas cuantas semanas regresaría a su hogar en McLeod Ganj.

Con el cuchillo en la mano, la señora Trinci cortó la cinta canela y la cubierta protectora de la misteriosa entrega, y abrió el paquete. Encontró un contenedor de plástico congelado con un líquido de color rojo brillante y un sobre con su nombre.

—Querida señora Trinci —decía la notita—. Le agradezco mucho la maravillosa comida ayurvédica que disfruté recientemente con Su Santidad. Me dio mucha pena enterarme de que no pudo preparar el sorbete de frambuesa que había planeado, por lo que espero que disfrute del que ahora le envío, el cual fue preparado con una de mis recetas ayurvédicas predilectas. Espero que este presente les brinde, a usted y a sus invitados, salud y mucha felicidad.

—*Mamma mia!* —la señora Trinci se quedó contemplando la nota—. ¡Qué increíble! ¡Cuánta generosidad!

Momentos después, la señora ya estaba abriendo el recipiente y probando el contenido.

—¡Exquisito! —dijo con los ojos cerrados mientras saboreaba meditativamente la mezcla—. Es mucho mejor del que yo podría haber preparado.

La señora levantó el recipiente para ver cuánto sorbete había.

—Y servirá perfectamente para refrescar el paladar en la comida de hoy.



Más tarde escuché a Tenzin y a Chogyal hablando sobre la comida que se había llevado a cabo ese día. Sin duda, el gran acuerdo político de esa ocasión se concretó, en buena medida, gracias a los maravillosos alimentos. El primer ministro no podía creer que la cocinera de Su Santidad no fuera hindú, y le pidió que subiera para felicitarla. Al parecer, quedó extasiado con el sorbete de frambuesa.

—¿No te parece interesante cómo resultan las cosas? —le comentó Tenzin a Chogyal—. La señora Trinci se encuentra mucho más sosegada y satisfecha ahora.

—¡Sí, claro! —contestó Chogyal con mucha efusividad.

—Y de todas las ocasiones en que pudo servir ese sorbete de frambuesa, hacerlo hoy fue una obra maestra —agregó Tenzin.

—Efectivamente.

CAPÍTULO NUEVE



—¿Que está haciendo qué? —La voz de Tenzin al hablar por teléfono, se escuchaba tensa, y levanté la cabeza desde donde tomaba una siesta en el archivero situado detrás del lugar del asistente. Era muy poco común que Tenzin, el diplomático consumado, reaccionara de esa manera.

Al otro lado del escritorio, también vi la sorpresa en el rostro de Chogyal.

—Sí, por supuesto. —Tenzin se estiró para tomar la fotografía enmarcada en plata que se encontraba sobre el escritorio. En ella aparecía una joven con un vestido negro tocando el violín al frente de una orquesta completa. Era Susan, su esposa, renombrada violinista cuando se conocieron hace años en la Universidad de Oxford. Eso fue antes de que Tenzin aceptara el trabajo de su vida como asesor en asuntos diplomáticos de Su Santidad. Y también mucho antes de la llegada de Peter y Lauren, sus hijos. Lauren tenía catorce años, una edad diseñada para poner a prueba la paciencia de los padres, según le confesó Tenzin a Chogyal en una ocasión. Supuse que la llamada telefónica estaba relacionada con la chica.

—Lo discutiremos después —dijo Tenzin y colgó.

Como suele suceder, Tenzin atravesaba por un mal momento. Además de sus apremiantes responsabilidades de siempre, planeaba que la reubicación de los archivos de Su Santidad se llevara a cabo la semana siguiente.

Más de sesenta años de importantes documentos se encontraban acumulados en la oficina contigua, y aunque ya mucho del material había sido revisado y respaldado en medios electrónicos, todavía quedaban muchos acuerdos diplomáticos importantes, registros financieros, licencias y otros documentos que debían guardarse. Tenzin había arreglado que, de ahora en adelante, la mayor parte de estos papeles se conservara en una habitación muy segura del Monasterio de Namgyal, y planeó meticulosamente que los archivos fueran transferidos en tres días consecutivos durante los cuales, en una situación poco común, Su Santidad no tendría visitantes. La mudanza, por lo tanto, no causaría interrupciones.

En la mayor parte de las organizaciones, las tareas de este tipo entran en la categoría de «tedio administrativo», pero en Jokhang siempre hay un aspecto inesperado en la forma que se llevan a cabo, incluso la tarea más rutinaria. Es como si detrás de cualquier actividad simple y aburrida, siempre hubiera algo más.

La reubicación de los archivos de Su Santidad era precisamente una actividad de este tipo. Tenzin había diseñado su plan mientras bebía té, en una de sus reuniones vespertinas con el Dalai Lama. Su Santidad estuvo de acuerdo, y para sorpresa del asistente, dijo que él personalmente elegiría a los monjes que ayudarían con la mudanza de los documentos.

A la mañana siguiente, Su Santidad regresó de la primera sesión del día en el templo, con dos jóvenes monjes fuertes y saludables. Los monjes recibirían instrucciones de Tenzin. También lo acompañaban Tashi y Sashi, dos hermanos novicios muy despiertos a pesar de que parecían preadolescentes, quienes se postraban con fervor cada vez que Su Santidad miraba en la dirección que ellos se encontraban.

—Ya tenemos voluntarios para la reubicación —dijo el Dalai Lama señalando a los dos monjes—. Y también tenemos dos ayudantes que cuidarán a GSS.

Tenzin no mostró sorpresa al escuchar este último detalle, pues ¿qué plan integral de reubicación de archivos no incluye la cuidadosa manipulación del habitante felino del lugar? Porque debemos tomar en cuenta que el tránsito de los archivos a través de la oficina de los asistentes ejecutivos, interrumpiría mi inactividad de costumbre. Para empezar, mi plataforma de observación tendría que ser quitada del camino, por eso se decidió que durante las tres mañanas del cambio se me llevaría a la habitación de al lado para visitantes. Se trataba de una amplia e iluminada cámara donde había sillones y mesas de centro, así como una selección de periódicos y un escritorio esquinero con computadora. Era el lugar donde la gente normalmente esperaba el inicio de su audiencia con Su Santidad.

El Dalai Lama les explicó personalmente a Tashi y Sashi las tareas que iban realizar. Se suponía que me llevarían con cuidado a la habitación para visitantes y me colocarían en otra repisa interior de una ventana, donde ya se había preparado una frazada de lana para mi comodidad. Los dos cuencos con agua y croquetas tendrían que mantenerse limpios y llenos. Si yo quería ir al piso de abajo, alguien debería acompañarme para asegurarse de que nadie me pisara. Mientras durmiera, los novicios tendrían que meditar cerca de mí y recitar el mantra *Om Mani Padme Hum*.

—Y sobre todo —dijo su Santidad con firmeza—, deben tratarla como tratarían a su lama favorito.

—¡Pero *usted* es nuestro lama favorito! —exclamó intempestivamente Sashi, el más joven de los novicios, llevando las palmas de sus manos al corazón.

—En ese caso —dijo Su Santidad con una sonrisa—, trátela como si fuera el Dalai Lama.



Y eso fue justamente lo que hicieron. Me brindaron el mismo trato reverencial que

sólo recibía en el Café Franc. Al final de aquella primera mañana, cuando regresé a la oficina de los asistentes, encontré que mi archivero se encontraba pegado a la pared de al lado. Al igual que a los demás gatos, no hay nada que me guste más que contemplar una escena conocida pero con un ligero cambio en la orientación, por lo que salté de inmediato a la cima del archivero para ver el lugar desde una perspectiva nueva.

Para ese momento ya había olvidado el momento en que Tenzin alzó la voz mientras hablaba por teléfono la semana anterior, pero en la tarde, cuando acabó de conversar con su esposa, era evidente que algo le incomodaba.

Chogyal lo miró con una amistosa expresión inquisitiva.

—Se trata de Lauren —confirmó—. La semana pasada Susan entró a su cuarto y la encontró sentada en su cama, como tratando de escabullirse y escondiendo algo en la espalda. Fingió que todo estaba en orden pero Susan sabía que no era cierto. Lauren ha estado un poco extraña últimamente, se cansa con facilidad y se marea, no es la misma de siempre. Una mañana, Susan estaba aspirando su cuarto y encontró unas piedras debajo de la cama, eran de distintos tamaños. Susan no sabía qué eran, pero se preguntó si sería lo que Lauren trató de ocultarle. ¿Pero por qué ocultar unas piedras? Cuando Susan le preguntó al respecto, Lauren rompió en llanto. Como estaba muy avergonzada, le tomó un rato confesar que... ha estado comiendo piedras.

Chogyal estaba azorado.

—¿Piedras de... qué?

—Es que sintió una extraña e inexplicable compulsión de salir al jardín, buscar una piedra y masticarla.

—¡Pobre chica!

—Susan la llevó al médico y, al parecer, lo que tiene es un poco raro pero les sucede a algunas personas. A veces las adolescentes desarrollan la necesidad de masticar gis, jabón y otras cosas porque tienen deficiencias nutricionales. En su caso era falta de hierro.

—¡Ah! —dijo Chogyal, quien no perdía detalle—. ¿Es vegetariana?

Tenzin asintió.

—Sí, como su madre.

—¿Y no le pueden dar un suplemento de hierro?

—Sí, esa sería una medida a corto plazo, pero el médico dice que el hierro debe provenir de su dieta normal, por eso nos sugirió que comiera carne magra, idealmente res. El problema es que no acepta comer carne.

—¿Por sus principios?

—Lo que nos dijo fue: «¡No quiero ser responsable de la muerte de animales! ¿Por qué no puedo solamente tomar un suplemento?» Susan y yo estamos muy preocupados.

—Es difícil convencer a una adolescente.

—Los niños de esa edad no les hacen caso a sus padres. —Tenzin no dejaba de sacudir la cabeza—. Me pregunto si habrá otra solución.



Dos días después descubrí cuál era la solución. Fue el tercer y último día de la mudanza del archivo. Tomaba yo una siesta en la habitación para visitantes mientras los dos monjes novicios cantaban mantras en voz baja a mi lado; entonces llegó Tenzin arrastrando a Lauren, quien cargaba su mochila. Salió de la escuela y, como su madre tuvo que salir, la llevaron a Jokhang para que hiciera su tarea ahí. Era una situación que se presentaba varias veces al año; por lo general Lauren se quedaba en la oficina de Tenzin y Chogyal, pero debido al desastre de la mudanza, su padre la sentó en el escritorio en esquinero de la sala para visitantes.

Bueno, al menos eso fue lo que nos dijeron.

Lauren sacó sus libros y empezó a hacer su tarea de inglés. Media hora después, mientras ella sonreía absorta en un ejercicio de comprensión, se abrió la puerta de la habitación de Su Santidad y lo vimos entrar adonde nos encontrábamos.

—¡Lauren! ¡Qué bueno verte! —dijo el Dalai Lama con las palmas sobre el pecho e inclinándose.

Lauren ya se había puesto de pie e inclinado antes de abrazarlo con timidez. Su Santidad la conocía desde que nació; la calidez entre ellos era genuina.

—¿Cómo estás, querida?

La mayoría siempre contesta esa pregunta con una respuesta prefabricada y amable, pero tal vez como era el Dalai Lama quien lo preguntaba, o quizá por la forma en que la hizo sentir en ese momento en particular, en lugar de responder como de costumbre, la chica dijo:

—Tengo una deficiencia de hierro, Su Santidad.

—¡Oh! Lo lamento mucho. —El Dalai Lama la tomó de la mano, se sentó en uno de los sofás y le indicó que se sentara junto a él—. ¿Lo dijo el doctor?

La chica asintió.

—¿Y es tratable?

—Ése es el problema —respondió ella con los ojos llenos de lágrimas—. El doctor dice que tengo que comer carne.

—Ah, sí, es que eres vegetariana —dijo él y acarició su mano para reconfortarla—. Lo ideal es ser vegetariano todo el tiempo.

—Lo sé —asintió ella con tristeza.

—Lo mejor es si uno, con compasión, puede abstenerse por completo de comer la carne de otros seres vivos. Y por lo tanto, todo el que pueda comportarse así, debe hacerlo. Sin embargo, si por razones médicas no puedes ser vegetariana *todo* el tiempo,

entonces tal vez debas aceptarlo.

—¿No ser vegetariana todo el tiempo?

El Dalai Lama asintió.

—Los doctores también me han dicho a mí que debo comer carne a veces por motivos de nutrición.

—No sabía eso —dijo ella mirándolo con detenimiento.

—Así es, por eso decidí que si no puedo ser vegetariano todo el tiempo, seguiré una dieta vegetariana el mayor tiempo posible pero también con moderación. Ser vegetariano o no, no es una cuestión de extremos. Siempre hay un punto de equilibrio. A veces se puede comer carne por razones nutricionales; no es necesario ser inflexible. Uno de mis más profundos deseos es que toda la gente tratara de buscar el equilibrio.

Al parecer, Lauren ni siquiera había pensado en esa posibilidad.

—¿Pero qué pasa si uno no quiere que *ningún* animal sea asesinado sólo para comer? —preguntó la chica.

—Lauren, ¡tu corazón es muy dulce!, pero eso no es posible.

—Es posible para los vegetarianos.

—No —dijo Su Santidad sacudiendo la cabeza—, ni siquiera para ellos es posible. Lauren frunció el ceño.

—Incluso para la dieta vegetariana tienen que morir seres vivos. Cuando se limpia la tierra para hacer espacio para las cosechas, se destruye el hábitat natural de algunas especies y muchos seres pequeños mueren. Luego se plantan las verduras y las frutas, y se rocían con pesticidas que eliminan a miles de insectos. Como verás, es muy difícil evitar hacerle daño a otros seres, sobre todo en lo referente a la producción de alimentos.

Lauren siempre había pensado que ser vegetariana significaba necesariamente estar ayudando a que ningún ser vivo fuera dañado, por lo que le costó trabajo asimilar lo que acababa de revelar el Dalai Lama. Acababan de sacudir su mundo.

—El doctor dice que debo comer carne magra, como res. Pero desde un punto de vista más compasivo, si se tiene que comer carne de un animal, ¿no sería menos malo comer la de un pez?

Su Santidad asintió.

—Entiendo lo que dices, pero hay quien argumentaría que es menos malo comer una vaca porque de una sola sale carne suficiente para más de mil comidas, y un pez sólo sirve para alimentar a una persona. A veces, incluso, se requiere de muchos camarones, de muchos seres vivos para una sola comida.

Lauren se quedó viendo al Dalai Lama y, después de un largo rato, dijo:

—No sabía que el asunto era tan complicado.

—Es un tema bastante amplio —dijo Su Santidad—. Pronto descubrirás que algunas personas siempre te dicen que sólo hay una manera de hacer las cosas, que

sólo se puede de *esta* forma, la cual, por cierto, es la que ellos creen correcta. También te dirán que todos los demás deberían cambiar su forma de pensar para apegarse a la suya, pero en realidad es cuestión de gusto personal. Lo importante es que te asegures de que a tus decisiones las guían la compasión y la sabiduría.

Lauren asintió con seriedad.

—Antes de comer cualquier alimento, ya sea vegetariano o animal, siempre debemos recordar a los seres que murieron para que nosotros podamos comer. Sus vidas eran tan importantes para ellos como la tuya lo es para ti. Piensa en ellos con gratitud, ora para que su sacrificio les permita renacer en un nivel superior y para que tú estés sana y puedas alcanzar la iluminación pronto, muy pronto, y así, los llesves a ese mismo estado.

—Sí, Su Santidad —dijo Lauren recargándose en él.

Por un instante el salón se llenó de un brillo cálido. En la esquina, cerca de donde yo descansaba, los dos monjes novicios que escucharon toda la conversación, continuaron susurrando sus mantras.

Su Santidad se levantó del sofá y cruzó la habitación, pero de pronto se detuvo y dijo:

—Es muy útil que, en la medida de lo posible, pienses en los otros seres de la misma forma que piensas en mí. Todo ser vivo se esfuerza por alcanzar la felicidad, todo ser quiere evitar las distintas formas de sufrimiento. Los otros no son solamente objetos o cosas que podemos usar para beneficiarnos. ¿Sabes? En una ocasión, Mahatma Gandhi dijo: *La grandeza de una nación y su progreso moral se puede juzgar por la forma en que trata a sus animales*. Interesante, ¿no crees?



Unas horas después, esa misma tarde, me encontraba con el Dalai en mi lugar de costumbre sobre la repisa de la ventana. De pronto se escucharon unos tímidos golpes en la puerta y aparecieron los jóvenes novicios.

—¿Deseaba vernos, Su Santidad? —preguntó con un poco de nerviosismo Tashi, el mayor.

—Sí, sí. —El Dalai Lama abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó dos *malas* de sándalo (sartas con cuentas para orar)—. Aquí tienen un pequeño obsequio para agradecerles haber cuidado de GSS —dijo.

Los jóvenes aceptaron los malas e hicieron una reverencia para mostrar su solemne agradecimiento. Luego Su Santidad dijo algunas palabras sobre la importancia de la atención consciente en la meditación y les sonrió con benevolencia.

La breve audiencia llegó a su fin pero los dos novicios se quedaron donde estaban mirándose con nerviosismo. Entonces el Dalai Lama les dijo:

—Pueden retirarse.

Pero en lugar de salir, Tashi le preguntó con voz aguda:

—¿Puedo hacerle una pregunta Su Santidad?

—Naturalmente —respondió él con un brillo en la mirada.

—Hoy escuchamos lo que dijo sobre los seres conscientes. Acerca de que no son objetos y no debemos utilizarlos.

—Así es, sí.

—Tenemos que confesarle algo. Hicimos algo terrible.

—Sí, Su Santidad —interpuso Sashi—, pero fue antes de que nos convirtiéramos en novicios.

—Nuestra familia en Delhi era muy pobre —comenzó a explicar Tashi—, y en una ocasión, encontramos cuatro gatitos en un callejón. Los vendimos por sesenta rupias...

—... y por dos dólares estadounidenses —añadió Sashi.

—No les preguntamos nada a los compradores —dijo Tashi.

—Tal vez sólo nos los compraron para hacer abrigo de piel —se atrevió a decir Sashi.

Yo levanté inmediatamente la cabeza. ¿Era posible lo que estaba escuchando? ¿Esos dos novicios eran en verdad los mismos pequeños demonios sin escrúpulos que me arrebataron con tanta crueldad del calor y la seguridad de mi hogar? ¿Los mismos que nos alejaron brutalmente a mis hermanos y a mí de nuestra madre antes de que ella nos pudiera destetar bien? ¿Los que nos trataron como si sólo fuéramos mercancía? ¿Cómo podría olvidar que me humillaron, me arrojaron a un charco de lodo y que, como no podían venderme rápidamente, con todo cinismo planearon destruirme?

Junto con la conmoción que sufrí, el resentimiento comenzó a crecer en mi interior.

Pero entonces comprendí todo: si esos chiquillos no me hubieran vendido, tal vez habría terminado muerta o condenada a la difícil vida de los barrios bajos en Delhi. En cambio, no: ahí estaba yo ahora, convertida en la Leona de las Nieves de Jokhang.

—Sí, Su Santidad —continuó Tashi—. El último gatito era muy pequeño, estaba sucio y no podía caminar bien.

—Lo íbamos a tirar a la basura —añadió Sashi.

—Incluso yo lo había envuelto en papel periódico —confesó Tashi—. Me dio la impresión de que ya estaba muerto.

—Luego —continuó Sashi—, llegó un funcionario rico y nos dio dos dólares, así nada más. —La emoción del momento continuaba viva en la memoria del chico.

Y en la mía también.

—Comprendimos que hicimos algo muy malo. —Ambos se veían arrepentidos—. Fue terrible usar a esos gatitos para nuestro beneficio.

—Ya veo —asintió el Dalai Lama.

—El gato más chiquito, en especial —dijo Tashi—, estaba muy débil y... Sashi sacudió la cabeza.

—Nos pagaron todo ese dinero pero, probablemente, el gatito se murió.

Los hermanos miraron con preocupación a Su Santidad. Esperaban una iracunda reprimenda por su egoísmo.

Pero se quedaron esperando algo que no llegó.

En lugar de reprenderlos, el Dalai Lama les dijo con mucha seriedad:

—No hay lugar para la culpa en el Dharma. La culpa es inútil. No tiene caso sentirse mal por algo que está en el pasado y no podemos cambiar. Sin embargo, ¿arrepentimiento? Sí, eso sí es útil. ¿Ustedes están sinceramente arrepentidos de lo que hicieron?

—Sí, Su Santidad —contestaron a coro.

—¿Se pueden comprometer a no volver a dañar a un ser vivo de esa manera otra vez?

—¡Sí, Su Santidad!

—Cuando estén meditando y lleguen al punto de la compasión hacia otros, piensen en esos gatitos y en las otras incontables criaturas débiles y vulnerables que necesitan de su amor y protección.

El rostro de Su Santidad se iluminó.

—Y en cuanto a ese pobre gatito débil que pensaron que pudo haber muerto... bien, pues creo que pronto descubrirán que creció y se convirtió en un ser muy hermoso —dijo el Dalai Lama señalando la repisa donde me encontraba sentada.

Los chicos voltearon a verme y Tashi exclamó:

—¿La Gata de Su Santidad?

—Una persona de mi equipo fue quien les pagó esos dos dólares. Acabábamos de regresar de Estados Unidos y no teníamos rupias.

Los novicios se acercaron y me acariciaron la cabeza y el lomo.

—Todos somos muy afortunados de vivir ahora en un hogar tan bueno como el Monasterio de Namgyal —dijo Su Santidad.

—Sí —asintió Sashi—. Pero es un karma muy extraño el que nos ha hecho pasar los últimos tres días cuidando a la misma gatita que alguna vez vendimos.

Aunque tal vez no era un karma tan extraño. Se cree que el Dalai Lama es clarividente. Yo adiviné que la razón por la que escogió a esos dos novicios para llevar a cabo la tarea, fue precisamente para darles la oportunidad de remediar el daño.

—Sí, el karma nos conduce a todo tipo de situaciones inesperadas —dijo Su Santidad—. Ésta es otra razón por la que debemos comportarnos con amor y compasión hacia todos los seres vivos. Nunca sabemos en qué circunstancias nos volveremos a encontrar con ellos, y a veces el reencuentro sucede en esta misma vida.

CAPÍTULO DIEZ



Querido lector, ¿alguna vez te has sentido paralizado por la indecisión? ¿Te has encontrado en una situación en que, por un lado, si haces esto, aquello o lo otro, puede haber cierto resultado, pero si actúas de manera distinta, podría ocurrir algo mejor, sin embargo, las probabilidades de que eso pase son menores, de modo que, quizá, lo mejor sea que te apegues a la primera decisión?

Seguramente creías que los gatos nunca nos vemos atrapados en ese tipo de complejidad cognitiva. Tal vez pensabas que la carga existencial era una posesión exclusiva del *Homo Sapiens*.

Sin embargo, resulta que eso está muy alejado de la verdad. El *Felis Catus*, o gato doméstico, tal vez no tenga que forjarse una carrera, atender un proyecto comercial ni estar sometido al agitado carrusel de actividades que hacen que los humanos sean seres tan ocupados. No obstante, hay un aspecto en el que somos asombrosamente similares.

Me refiero, por supuesto, a los asuntos del corazón.

Los humanos anhelan con desesperación un mensaje de texto especial, un correo electrónico o una llamada telefónica; los gatos, por otra parte, tenemos maneras distintas de comunicarnos. Pero aunque nuestras vías de contacto son diferentes, lo fundamental para ambas especies es recibir la confirmación que buscamos con tanta impaciencia.

Me encontraba justamente en esa situación respecto a mi amigo el gato atigrado. Mi atracción fue instantánea y surgió en el momento que lo vi por vez primera debajo de la luz verde. Cuando por fin nos conocimos, durante mi estancia en la casa de Chogyal, me pareció que hubo un inconfundible *frisson* mutuo; pero ahora que había vuelto a Jokhang, ¿sabría él dónde vivía yo? ¿Debería hacer un esfuerzo, no sé, como cruzar el patio del templo una noche y explorar el oscuro inframundo que se encuentra más allá? ¿O debería permanecer enigmática e indiferente? ¿Ser una felina misteriosa y confiar en que él vendrá a buscarme?

Extrañamente, fue Lobsang, el traductor de Su Santidad, quien me dio la claridad que tanto necesitaba en esa situación. Y como suele suceder, todo surgió de la manera más inesperada. Lobsang era un monje budista tibetano alto y delgado de treinta y tantos años. Venía de Bután, y aunque estaba lejanamente emparentado con la

familia real de ese país, Lobsang recibió una intensa educación occidental en Estados Unidos y se graduó de Yale de la carrera de Filosofía del Lenguaje y Semiótica. Además de su altura y su radiante inteligencia, el traductor tenía algo que uno no podía dejar de notar en cuanto él entraba a la habitación. Era un aura de sosiego. Al hombre lo cubría la serenidad. Tenía una profunda y perdurable tranquilidad que parecía emanar de cada célula de su cuerpo y tener algún efecto en toda la gente que le rodeaba.

Además de sus responsabilidades como traductor, Lobsang era el jefe extraoficial de tecnología de la información en Jokhang. Siempre que las computadoras decidían dejar de cooperar, que las impresoras se ponían difíciles o que las cajas de recepción satelital se comportaban como pacientes pasivo-agresivos, el equipo llamaba a Lobsang para que aplicara su serena e incisiva lógica en la solución del problema.

Por eso, cuando el módem principal de Jokhang se quedó pasmado una tarde, no pasaron ni cinco minutos antes de que Tenzin llamara al traductor, quien se encontraba en otra oficina del mismo corredor, pero más adelante. Después de una revisión somera, Lobsang llegó a la conclusión de que el problema era una falla en la línea, y de inmediato se llamó a la compañía telefónica.

Y así fue como Raj Goel, representante del servicio de apoyo técnico de Dharamsala Telecom, llegó a Jokhang esa misma tarde. Raj Goel era un hombre de veintitantos años con complexión delgada, cabello que parecía mechudo para trapear, y a quien —todo parecía indicar—, le molestaba en extremo tener que proveer servicios de apoyo técnico a los clientes. ¡Vaya atrevimiento! ¡Qué cinismo!

Con el ceño fruncido y actitudes bruscas, exigió que le enseñaran dónde estaban el módem y las líneas telefónicas de Jokhang. Todo esto se encontraba en un cuartito al final del corredor. Al llegar ahí, con un estruendo que evidenció su ira, el empleado dejó caer su maletín metálico sobre un mueble de repisas. Luego lo abrió, extrajo una linterna y un destornillador, y en unos minutos ya estaba manipulando un manojo de cables. Mientras tanto, Lobsang permaneció a unos metros atento y calmado.

—Qué desastre es este lugar —gruñó Raj Goel entre dientes.

Me dio la impresión de que Lobsang no escuchó el comentario.

Una vez más gruñendo, el técnico se apoyó en las rodillas y siguió el camino de un cable específico hasta la parte trasera del módem. Ahí murmuró palabras indiscernibles sobre la integridad de los sistemas, una interferencia y otros temas para iniciados, y luego sujetó el módem con enojo, jaló varios cables de la parte de atrás y giró el artefacto entre sus manos.

Raj Goel estaba desquitando su enojo cuando, de repente, Tenzin pasó por ahí y miró a Lobsang a los ojos con una expresión irónica de diversión.

—Voy a tener que abrir esto —le dijo el técnico a Lobsang como si lo estuviera acusando de algo, y el traductor de Su Santidad asintió.

—Está bien.

El hombre buscó un destornillador más pequeño en su maletín y se dispuso a abrir el gabinete del impertinente módem.

—No hay tiempo para la religión.

¿Estaba hablando consigo mismo? En ese caso, su tono era demasiado agresivo.

—Es una sarta de tonterías y supersticiones —dijo quejándose poco después con mayor volumen.

Lobsang no se veía incómodo por los comentarios; si acaso, se alcanzaba a notar una sutil sonrisa en sus labios.

Pero Raj Goel estaba buscando pelea. Inclinado sobre el módem, batalló con un tornillo que no cedía. Entonces habló en un tono que exigía respuesta.

—¿Cuál es el objetivo de llenarle a la gente la cabeza de creencias tontas?

—Estoy de acuerdo —contestó Lobsang—, no tiene ningún sentido.

—¡Eh! —exclamó el técnico poco después, en cuanto logró sacar el obstinado tornillo—. Pero usted es religioso —en esta ocasión miró a Lobsang con dureza—, es creyente.

—Para nada lo veo de esa forma —Lobsang transmitía una serenidad inmensa. Después de un momento, continuó hablando—: una de las últimas cosas que Buda dijo a sus seguidores fue que, cualquiera que creyera una palabra de lo que les había enseñado, era un tonto, a menos que hubieran comprobado lo contrario por ellos mismos.

En la camisa de poliéster del técnico comenzaron a aparecer manchas de sudor, pero su respuesta no fue la que Lobsang esperaba.

—Ésas son ideas capciosas —dijo en tono de queja—. Yo veo a la gente que se inclina ante Buda en los templos y no deja de orar. ¿Acaso no es eso fe ciega?

—Antes de que le conteste, permítame preguntarle algo a *usted*. —Lobsang se recargó en el marco de la puerta—. Usted trabaja en Dharamsala Telecom. En la mañana reciben dos llamadas. La primera es de un cliente que dejó caer por accidente un archivero sobre su módem y la segunda es de un cliente que se enojó tanto con su esposa por comprar vía Internet, que destrozó el módem con un martillo. Los módem, en ambos casos, están destruidos y tienen que ser reparados o reemplazados. ¿Usted trata a los dos clientes de la misma manera?

—¡Claro que no! —contestó Raj Goel con el ceño fruncido—. ¿Pero qué tiene que ver eso con inclinarse ante Budas y sobarlos?

—Bastante. —La natural elegancia de Lobsang contrastaba muchísimo con la actitud bravucona de Raj Goel—. Le voy a explicar por qué. Pero esos dos clientes...

—En el primer caso fue un accidente —interpuso el técnico levantando la voz—, el segundo fue un acto deliberado de vandalismo.

—Me está diciendo que la intención es más importante que la acción en sí misma.

—Sí, claro.

—Entonces, cuando una persona se inclina ante Buda, ¿lo que realmente importa

es la intención y no la reverencia?

En ese momento el representante de servicio de apoyo técnico empezó a darse cuenta de que sus propias fanfarronadas lo habían dejado acorralado. Pero, claro, no estaba dispuesto a retractarse.

—La intención es obvia —argumentó.

Lobsang se encogió de hombros.

—No sé, usted dígame.

—La intención es suplicarle perdón a Buda, con esperanza de obtener la salvación.

Lobsang rio a carcajadas, pero su actitud era tan amable que, por primera vez, la indignación de Raj Goel empezó a diluirse. Después de un rato, el traductor dijo:

—Creo que usted está pensando en otra cosa. Los seres iluminados no pueden librarlo del sufrimiento ni brindarle felicidad, si pudieran, ¿no cree que ya lo habrían hecho?

—¿Entonces para qué tomarse la molestia? —el técnico sacudió la cabeza en negación al mismo tiempo que jugueteaba con el módem.

—Como ya lo dijo usted mismo, lo que importa es la intención. La estatua de Buda representa un estado de iluminación. Los Budas no necesitan que la gente se incline ante ellos. ¿A ellos qué más les da? Cuando lo hacemos, en realidad estamos recordándonos que tenemos de manera natural el potencial para alcanzar la iluminación.

Para ese momento Raj Goel ya había abierto el módem y estaba trabajando con las conexiones que iban a los circuitos del interior.

—Si no adoran a Buda —dijo el técnico tratando de mantener su tono pedante, aunque parecía que le costaba trabajo—, ¿entonces de qué se trata el budismo?

El traductor ya había analizado al visitante lo suficiente como para responderle de modo que le fuera fácil entender.

—Es la ciencia de la mente —dijo.

—¿Ciencia?

—¿Qué pasaría si alguien invirtiera decenas de miles de horas de investigación rigurosa para averiguar las verdades sobre la naturaleza de la conciencia? Ahora imagine que otras personas duplicaran esa investigación durante cientos de años. Me parece que sería asombroso tener no solamente un entendimiento intelectual del potencial de la mente, sino también establecer la manera más rápida y directa para llevarlo a cabo, ¿no cree? Ésa es la ciencia del budismo.

Después de trabajar en el interior del módem, Raj Goel volvió a cerrar el aparato, y poco después dijo:

—A mí me interesa la física cuántica. —Se quedó callado un momento y agregó—: Ya funciona el módem pero tengo que volver a programarlo para asegurarnos; también quedó reportada la falla en la línea. En doce horas deberá estar funcionando

como si nada.

Quizá la profundamente reconfortante presencia de Lobsang le había afectado, o tal vez las explicaciones del traductor lo pararon en seco. Cualquiera que haya sido la razón, ya no hubo más quejas ni gruñidos y el técnico terminó su trabajo y guardó sus herramientas.

Cuando el técnico y el traductor iban caminando por el corredor, Lobsang se detuvo afuera de su oficina y dijo:

—Tengo algo aquí que tal vez le interese. —El traductor entró y, de una de las repisas de la pared, tomó un libro y se lo entregó al técnico.

—*The Quantum and the Lotus* (El infinito en la palma de la mano) —Raj Goel leyó el título en voz alta antes de abrirlo.

—Si gusta, se lo presto.

En la página del título había una dedicatoria de Matthieu Ricard, uno de los autores.

—Está autografiado —notó el visitante.

—Sí, Matthieu es amigo mío.

—¿Y ha venido a Jokhang?

—Yo lo conocí en Estados Unidos —dijo el traductor—, viví ahí diez años.

Por primera vez, Raj Goel miró a Lobsang con detenimiento. Aquella revelación le pareció mucho más interesante que todo lo que le había dicho el traductor anteriormente. Sí, sí: alcanzar el potencial natural, lograr la iluminación, bla, bla, bla... pero, *¿vivir diez años en Estados Unidos?!*

—Gracias —dijo el técnico mientras metía el libro a su maletín—. Se lo devolveré después.



El lunes siguiente por la tarde escuché la voz de Raj Goel en el corredor. Como es muy raro que gente grosera visite Jokhang, la curiosidad me alejó de mi siesta diurna. Fui a ver al recién llegado, quien estaba por entrar a la oficina de Lobsang.

¿Habría venido para tratar de pelear otra vez?

Al parecer no. El Raj Goel que acababa de llegar era una persona muy distinta al representante de apoyo técnico bravucón y gruñón de la semana anterior. Ya sin toda esa hostilidad, se veía más bien como un individuo solitario con su camisa deslavada y el maletín maltratado.

—¿Ya no han tenido problemas con las líneas telefónicas? —preguntó para confirmar. Yo entré a la oficina detrás de Lobsang.

—No, están funcionando a la perfección, gracias. —El traductor se colocó detrás de su escritorio.

El visitante sacó de su maletín el libro prestado.

—Este libro me dio una perspectiva interesante —dijo, aunque en realidad quiso decir: *lamento haber sido tan odioso la semana pasada*. Y como Lobsang se había titulado en semiótica —el estudio de los signos en la vida social—, entendió perfectamente.

—Qué bueno —dijo el traductor—, esperaba que le pareciera estimulante —agregó, aunque en realidad quiso decir: *disculpa aceptada, todos tenemos días malos*.

Entonces hubo un silencio. Después de que el técnico puso el libro en el escritorio de Lobsang, dio un paso atrás. No vio al traductor directamente a los ojos, sólo recorrió la oficina con la mirada, como tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Así que... vivió en Estados Unidos —dijo por fin.

—Sí.

—Diez años.

—Efectivamente.

Hubo otro largo silencio y luego el técnico preguntó:

—¿Y cómo es?

Lobsang se deslizó hacia atrás en su silla, alejándose del escritorio, y esperó a que el visitante le mirara a los ojos.

—¿Por qué le interesa saberlo?

—Porque quiero vivir ahí un tiempo, pero mi familia quiere que me case —empezó a explicar Raj Goel.

La pregunta de Lobsang parecía haber removido un bloqueo de algún tipo. En cuanto el técnico comenzó a hablar, ya no hubo manera de detenerlo.

—Tengo amigos en Nueva York que me han dicho, «ven y quédate con nosotros». Y tengo muchas ganas de hacerlo porque toda mi vida he querido visitar la Gran Manzana, ganar dólares de verdad, e incluso conocer a una estrella de cine. Pero, verás, mis padres eligieron a una chica; sus padres también quieren que nos casemos y no dejan de decir, «América siempre estará ahí». También mi jefe está presionando para que tome el entrenamiento de desarrollo gerencial, pero el préstamo que me harían para eso, me ataría a la empresa por seis años y la verdad es que me siento atrapado. La presión en el trabajo es abrumadora.

Después de aquella efusiva y repentina confesión, la atmósfera en la oficina de Lobsang se tornó muy densa. El traductor señaló un par de sillas que estaban en el rincón.

—¿Le gustaría beber una taza de té?

Poco después, el traductor y el técnico conversaban. Lobsang bebía té mientras Raj Goel le daba hasta los más mínimos detalles de las presiones que le causaban conflicto. Entonces fue evidente que éstas habían sido la verdadera causa de su desagradable comportamiento de la semana anterior. Le contó a Lobsang de la agonía que vivía al seguir a sus amigos en Facebook y YouTube porque ellos estaban viajando en Estados Unidos. También le habló de que sus padres pensaban que un puesto

gerencial de nivel medio en Dharamsala Telecom era lo máximo a lo que él podía aspirar, a pesar de que tenía sus propias ideas y proyectos empresariales. Le explicó que su instinto de desplegar sus alas permanecía en tensión constante con la lealtad que sentía deberles a sus padres porque ellos hicieron sacrificios muy grandes para brindarle una buena educación.

Las semanas previas, en particular, el técnico había sufrido de gran ansiedad e insomnio. Le contó a Lobsang que trataba de ser razonable e identificar las ventajas y las desventajas de cada camino.

Fue en ese momento que, repentinamente, mi casual interés en la conversación se tornó personal. Raj Goel estaba tratando de decidir qué era lo mejor —¡sí, eso sonaba familiar!—, por tal motivo, él y yo éramos iguales en ese sentido.

Finalmente el técnico confesó la verdadera razón de su visita de esa mañana:

—Esperaba que me pudiera aconsejar algo que me ayude a tomar una decisión.

Caminé hasta un sillón que estaba libre, salté a éste y fijé la claridad azulada de mi mirada en Lobsang; me interesaba mucho lo que estaba a punto de decir.

—No poseo ninguna sabiduría especial —afirmó el traductor con ese tono con que hablan los practicantes particularmente sabios—. No tengo cualidades ni un entendimiento específico, no sé por qué cree que puedo recomendarle algo.

—Pero vivió en Estados Unidos diez años —Raj Goel fue muy vehemente—. Además... —Lobsang esperó a que terminara— usted sabe cosas. —El técnico bajó la mirada como si le avergonzara aceptarlo, sobre todo porque se trataba de un hombre cuya capacidad mental había cuestionado apenas una semana antes.

El traductor le preguntó:

—¿Usted ama a la joven?

A Raj Goel le sorprendió tanto la pregunta, que sólo se encogió de hombros.

—Nada más la he visto una vez, y en fotografía —su respuesta perduró en el aire un rato como si fuera un hilo de humo que se elevaba—. Me han dicho que quiere tener hijos y mis padres también quieren que los tengamos.

—Los amigos que tiene en Estados Unidos, ¿cuánto tiempo permanecerán ahí?

—Tienen visas de dos años, planean viajar de costa a costa.

—Entonces, si quisiera unirlos tendrían que ir...

—Pronto.

Lobsang asintió.

—¿Qué lo detiene?

—Mis padres —respondió Raj Goel con un poco de sarcasmo, como si el traductor no hubiera entendido nada de lo que le acababa de explicar—. Ellos arreglaron el matrimonio. Mi jefe quiere que yo...

—Sí, sí, lo sé, que tome el entrenamiento gerencial —el traductor tenía un tono escéptico.

—¿Por qué lo dice de esa manera?

—¿De qué manera?

—Como si no me creyera.

—Porque la verdad es que no le creo —la sonrisa de Lobsang era tan compasiva y amable, que era imposible sentirse ofendido.

—Puedo enseñarle las formas de inscripción para el entrenamiento si quiere —le dijo el visitante—. Tenemos que entregarlas...

—Ah, no, todo eso respecto al entrenamiento, sus padres y el matrimonio sí lo creo. Lo que no creo es que sea eso lo que *verdaderamente* le haga sentirse atrapado.

Raj Goel volvió a fruncir el ceño pero en esta ocasión lo hizo porque estaba perplejo.

—Pensé que estaría de acuerdo en que son responsabilidades importantes.

—¿Cómo? ¿Sólo porque soy monje budista? —preguntó Lobsang en un tono muy serio—. ¿Porque soy una persona religiosa que quiere mantener el *status quo*? ¿Por eso me pidió un consejo?

El técnico lucía abatido.

—Usted es un joven inteligente e inquisitivo, Raj. Le acaban de dar la oportunidad de su vida: la posibilidad de convertirse en un hombre de mundo y entender mucho más no solamente acerca de Estados Unidos sino también acerca de usted. ¿*Por qué no* habría de aprovecharla?

Lobsang articuló la pregunta como un asunto fundamental, pero pasó bastante tiempo antes de que el visitante respondiera.

—¿Porque tal vez tengo miedo de lo que pueda suceder?

—El miedo —señaló Lobsang—, es el instinto que le impide a mucha gente realizar actos que muy en el fondo sabe que la liberarán. Somos como el ave cuya jaula ha sido abierta: podemos ir en busca de la realización pero el miedo nos hace buscar todo tipo de razones para no hacerlo.

Raj Goel contempló el suelo un rato antes de mirar a Lobsang a los ojos.

—Tiene razón —admitió.

—Shantideva, el gurú budista indio, dijo palabras muy sabias respecto a este tema —comentó el traductor, y luego citó al maestro—: *Cuando los cuervos encuentran una serpiente en agonía, / Actúan como si fueran águilas. / De la misma manera, si mi confianza es débil, / aún la caída más ligera me lastimará.* Éste no es el momento de ser débil ni de dejar que sus miedos lo abrumen, Raj. Me parece que si los confronta directamente, descubrirá que no son tan terribles como cree. Tal vez cuando sus padres se hagan a la idea, ya no estarán tan desilusionados. El matrimonio arreglado puede esperar. O quizá en dos años aparezca otra chica. Mientras tanto, hay muchas, muchas cosas que anhelar. Estoy seguro de que Estados Unidos le parecerá un lugar asombroso.

—Lo sé —dijo Raj Goel, pero esta vez había convicción en su voz. El técnico se inclinó, levantó su maletín, y hora que tenía un nuevo propósito en la vida, prácticamente se levantó de un salto—. ¡Tiene toda la razón! ¡Muchas gracias por su

consejo!

Luego los hombres estrecharon manos con calidez.

—Quizá hasta conozca a una estrella de cine —comentó Lobsang.

—Sí, por eso debo sentir el miedo, ¡y de todas maneras hacer el viaje! —dijo Raj Goel con fervor.



Resulta muy interesante cuando uno decide seguir un nuevo camino, y los eventos trascienden para ayudarte. Esto no siempre sucede de una forma obvia o inmediata, de hecho, a veces pasa de una manera que uno jamás habría imaginado.

Esa noche, inspirada del mismo modo que Raj Goel lo estuvo después de escuchar los consejos de Lobsang, decidí cruzar el patio del templo e ir al lugar donde se encontraba la cálida luz verde, al final del local que tenía el señor Patel en el mercado. Ya no permitiría más excusas tontas que me mantuvieran suspirando en la repisa de la ventana. El miedo al fracaso o al rechazo, no era para mí. Yo no era una tonta periquita sentada en una jaula con la puerta abierta.

Bien, la expedición no fue exitosa. Mi gato atigrado no apareció y, para colmo, mientras paseaba casualmente entre los distintos caminos, de pronto noté que estaba perdida. Por suerte, un monje de Namgyal me vio y me identificó. Luego me llevó hasta la puerta de mi casa, de modo que puedo decir que la noche no fue un fiasco completo.

Al día siguiente, al despertar de la siesta que siempre tomo después de comer, pasé por el Café Franc y, de pronto, apareció a mi lado mi admirador con rayas color caballa.

—¡No puedo creer que hayas hecho eso! —exclamó, refiriéndose a mi descarada visita al emporio de un hombre que supuestamente odiaba a los gatos.

—¡Oh! —dije encogiéndome de hombros. No sólo estaba emocionadísima de que hubiera aparecido, también me alegraba que fuera en un momento que mi impresionante *savoir faire* resultaba innegable—. Así es como se tienen que hacer estas cosas.

—¿A dónde te diriges? —quiso saber.

—A Jokhang —le contesté.

—¿Eres de la familia?

—Algo así —decidí que le revelaría la verdad acerca de mi elevado estatus cuando me pareciera oportuno—. Sucede que en veinte minutos tengo que sentarme en un regazo muy importante.

—¿Ah, sí? ¿De quién?

—Imposible decírtelo, las audiencias que tiene la gente con el Dalai Lama son

absolutamente confidenciales.

El gato atigrado tenía los ojos como platos.

—Al menos dame una pista —suplicó.

—No, me lo impide mi profesionalismo —le dije. Luego, después de caminar un poco más, añadí—: sólo puedo decirte que es una norteamericana rubia, anfitriona de un *talk-show*.

—Pero hay muchos de esos programas.

—Ya sabes, uno donde alguien siempre hace que el público se levante y baile. Ella también baila muy bien.

Pero mi gatito no adivinaba de quién se trataba.

—Está casada y es una despampanante actriz que cuida a muchos gatos callejeros.

—¿Cuál despampanante actriz cuida a muchos gatos callejeros?

Ahí descubrí que la sutileza no era una característica de mi admirador.

—Ya no hablemos de eso —le dije. Me negaba a ser indiscreta, además, no quería parecer presumida—. Dime, ¿cómo te llamas?

—Mambo —contestó—. ¿Y tú?

—Tengo muchos nombres —le dije.

—Sí, eso es común entre los gatos con pedigrí.

Sonreí y decidí no aclarar el malentendido, porque, bueno, ¿no es sólo una circunstancia desafortunada que mis impecables antecedentes familiares no estén documentados?

—Pero debes tener un nombre por el que te llamen comúnmente.

—En mi caso, son iniciales —contesté—: GSS.

—¿GSS?

—Así es —cada vez estábamos más cerca de las puertas de Jokhang.

—¿Y qué significan?

—Te lo dejo de tarea, Mambo. Eres un gato muy astuto —en ese momento vi cómo se hinchaba su musculoso pecho lleno de orgullo—, sé que podrás averiguarlo.

Di la vuelta y me dirigí a Jokhang.

—¿Dónde puedo volver a verte?

—Búscame cuando estés debajo de la luz verde que permanece encendida toda la noche.

—Ya sé cual.

—Y trae tu sombrero de oro.



Y la noche siguiente, ahí estaba él. Yo me encontraba en mi repisa pero fingí no verlo. No es recomendable ser tan fácil, además, quería probar qué tan devoto podía ser él.

Dos noches después, me llamó a maullidos y sólo entonces accedí a bajar.

—Lo averigüé —me dijo cuando todavía me encontraba a cierta distancia de la piedra donde estaba sentado. Era el mismo sitio donde lo vi por primera vez.

—¿Qué averiguaste?

—La Gata de Su Santidad. Eres tú, ¿no es verdad?

El mundo entero pareció detenerse por un momento. Contuvo el aliento en espera de que se revelara el gran misterio de mi identidad.

—Sí, Mambo —le confirmé mientras lo miraba fijamente con mis grandes ojos azules—, pero no le des mucha importancia al asunto.

Su voz se transformó en un susurro.

—No puedo creerlo. Yo, de los barrios bajos de Dharamsala, y tú, que hasta tienes tus propias iniciales. Quiero decir, ¡prácticamente perteneces a la realeza!

—Una gata puede ser... —¿Cómo decírselo sin sonar tan arrogante? ¿La Bodhigata de Su Santidad? ¿La Rinpoche del Café Franc? ¿La Criatura Más Bella Jamás Vista de la señora Trinci? ¿La Leona de las Nieves de Chogyal y Tenzin? (O, ay, por Dios, no: La Mousie-Tung del chofer de Jokhang)?— Una gata puede ser la Gata de Su Santidad —dije finalmente—, pero sigue siendo... de todas formas... una gata.

—Entiendo lo que dices.

Pero dudé que lo entendiera. Ni siquiera yo estaba segura de lo que significaba.

—Bueno... ¿y qué tienes planeado para esta noche?



Querido lector, te ahorraré los detalles de todo lo que ocurrió ésa, y las noches subsecuentes porque... no soy ese tipo de felina. Y éste no es ese tipo de libro. Y, ciertamente, ¡tú no eres ese tipo de lector!

Baste decir que no pasó un solo día en que no le agradeciera a Lobsang, con todo mi corazón, sus sabias palabras. Y a Shantideva también. Y a Dharamsala Telecom por enviar a Jokhang a ese enojón representante de servicio de apoyo técnico.



Un día, aproximadamente dos meses después de las visitas de Raj Goel, me encontraba en mi lugar de costumbre sobre el archivero de la oficina de los asistentes ejecutivos, cuando Lobsang entró.

—Te llegó algo por correo hoy —le dijo Tenzin, al mismo tiempo que revisaba los

sobres que tenía encima del escritorio. Luego sacó una brillante postal con la imagen de una celebridad. Era una chica.

—¿Raj Goel? —Lobsang vio la postal y la firma, y trató de identificar el nombre—. ¡Ah, *ése* es Raj!

—¿Es un amigo? —le preguntó Tenzin.

—¿Recuerdas al individuo de Dharamsala Telecom que vino hace un par de meses a revisar la falla que teníamos en la línea? Resulta que ahora trabaja para una de las empresas más importantes de telefonía de Estados Unidos.

Tenzin arqueó las cejas momentáneamente.

—Espero que haya mejorado sus modales, porque de otra manera no conservará su empleo por mucho tiempo.

—Estoy seguro de que los mejoró —dijo el traductor—. Lo sé porque también logró escapar de su propio miedo al fracaso —luego se rio y continuó leyendo—. La semana pasada reparó el teléfono de ella —dijo, y sostuvo en alto la postal.

—¿Y quién es ella?

—Una actriz norteamericana muy famosa que, además, es una especie de santa patrona de los gatos callejeros —Tenzin volteó a verme con una expresión que contradecía la poca importancia que fingió darle a lo que acababa de decir.

—Esta postal cierra el círculo de nuestro encuentro con Raj Goel de una manera muy agradable, ¿no crees, GSS?

CAPÍTULO ONCE



¿Tiene alguna desventaja ser la Gata del Dalai Lama?

El mero hecho de formular la pregunta puede parecer absurdo o indicar una ingratitud tan vulgar, que creo que tú, querido lector, podrías tacharme en este preciso instante de ser una despreciable gata echada a perder, una de esas felinas de pelos lacios y cara larga cuyo gélido rostro da la impresión de que nada será suficientemente bueno para ellas jamás.

Pero no juzgues demasiado pronto, lector. ¿Acaso no siempre hay dos versiones de la misma historia?

Es verdad que muy pocos gatos han gozado de las inigualables condiciones en que yo me encuentro ahora. No sólo están satisfechas mis necesidades materiales y me consienten. Por si todo lo anterior fuera poco, la gran variedad de visitantes que recibimos y las actividades que se desarrollan a mi alrededor estimulan constantemente mi universo intelectual. En el aspecto emocional, sería difícil imaginar que en otro lugar me amaran, adoraran e idolatrasen más de lo que lo hacen esas mismas personas para quienes, a cambio, tengo la devoción más profunda.

Y bueno, espiritualmente, como ya sabes, basta con que Su Santidad entre a una habitación para que todas las apariencias ordinarias y concepciones previas se disuelvan, y que en su lugar reine sólo una sensación perdurable de profundo bienestar.

Como paso buena parte del día con él, duermo al pie de su cama y descanso muchas horas en su regazo, creo que debo ser uno de los felinos más felices del planeta.

Así que, dime por favor, ¿cuál es la desventaja de todo esto?

Tal como lo explica con frecuencia el mismo Dalai Lama, el desarrollo interior es algo de lo que nos tenemos que responsabilizar de manera personal. Los otros seres no pueden hacernos prestar más atención para que gocemos al máximo del rico entramado de las experiencias cotidianas. Asimismo, los otros seres tampoco pueden forzarnos a ser más pacientes o gentiles, sin importar cuánto contribuyan la paciencia y la gentileza a nuestra felicidad. Por último, también sabemos que el mejoramiento de nuestra concentración mientras meditamos, depende sólo de nosotros mismos.

Y así es como llegamos al fondo del asunto, a la causa de mi vergonzosa pero

innegable irritación.

Todos los días estoy presente en las audiencias de Su Santidad, escucho sobre las experiencias de meditación de practicantes avanzados a pesar de que sé que no puedo meditar más de dos minutos sin distraerme. No pasa una semana completa sin que me entere de las asombrosas aventuras de la conciencia que viven los yoguis, sea dormidos o técnicamente muertos, aunque sólo sea por un rato. Sin embargo, cuando cierro los ojos todas las noches, de inmediato caigo en un estado de denso e inconsciente letargo.

Si viviera con una familia que viera televisión tanto tiempo como el que el Dalai Lama le dedica a la meditación, y cuyas mentes estuvieran tan agitadas como la mía, creo que no me sería tan doloroso cobrar conciencia de mis propias limitaciones. Si estuviera rodeada de humanos que creyeran que lo que les hace felices o infelices es la gente y los objetos que forman parte de sus vidas en vez de la actitud que ellos tienen respecto a esas mismas personas y objetos, bien, pues podrían considerarme la más sabia entre los felinos.

Pero no es el caso.

Así que no soy la más sabia.

Por el contrario. Hay ocasiones en que me siento tan fuera de lugar, que incluso me parece inútil tratar de llegar a ser una verdadera bodhigata. ¡Ay! Mi poca capacidad para meditar y mis típicos pensamientos negativos... ¡Vivir en Jokhang es como ser un pigmeo entre gigantes! Y ni hablar del hecho de que tengo toda una serie de problemas personales como esa oscura faceta glotona que me hace anhelar en exceso la comida, y con la que debo lidiar todos los días. ¡Uy!, y mis imperfecciones físicas, las cuales se hacen evidentes en cuanto camino, porque mis débiles y temblorosas patas traseras no pueden ocultarse. Además de ese doloroso antecedente que es como un grano de arena puntiagudo que lija el centro de mi autoestima: saber que mi impecable raza no está... —¡oh, pero qué dolor tan grande!— documentada, y lo más probable es que permanezca así hasta el fin de los tiempos. Es muy difícil seguir creyendo que eres diferente o especial o, me atreveré a decirlo: de sangre azul, si no cuentas con los papeles oficiales necesarios para probarlo.

Estaba pensando en todo esto precisamente una mañana que paseaba sin prisa por el camino que llevaba al Café Franc para ir a comer algo que me hiciera sentir mejor. Mientras me deslizaba por entre las mesas llenas de gente, me detuve a chocar narices húmedas con Marcel para saludarlo —el perro de Franc empezó a ser amable conmigo desde la llegada de Kyi Kyi—; complací a su dueño con un gentil ronroneo cuando se agachó a acariciarme; luego me quité rápidamente del camino porque Kusali, el jefe de meseros, iba equilibrando tres platos de comida en cada brazo en ese momento y, finalmente, subí hasta mi lugar de costumbre entre brillantes portadas de revistas de modas. Desde ahí, contemplé mi teatro privado.

Vi la típica mezcla de viajeros: exploradores, buscadores, ambientalistas y

jubilados con mocasines. Sin embargo, de inmediato captó mi atención un hombre de treinta y tantos años que estaba sentado en la mesa más cercana a mí. Leía una copia de *The Biology of Belief* (La biología de la creencia) de Bruce Lipton. El joven era atractivo y tenía un rostro fresco; sus ojos eran color avellana, tenía frente amplia y cabello oscuro y rizado. La velocidad a la que leía daba la impresión de que detrás de esas gafas de lectura, como de ratón de biblioteca, se ocultaba un intelecto feroz.

Sam Goldberg era uno de los clientes que más tiempo llevaban visitando el café. Había llegado a McLeod Ganj un mes antes y en cuanto descubrió el establecimiento lo visitó a diario. No pasó mucho tiempo antes de que Franc fuera a presentarse.

Los hombres hablaron de las trivialidades típicas, y entre ellas, escuché que Sam se estaba tomando un tiempo de descanso ahora que acababan de despedirlo de su trabajo en Los Ángeles, pero no sabía cuánto más estaría en McLeod Ganj. Leía un promedio de cuatro libros a la semana y era un bloguero habitual enfocado en temas sobre la mente, el cuerpo y el espíritu. Tenía aproximadamente más de 20,000 seguidores en Internet.

Pero fue en una conversación de la semana anterior apenas, que me enteré de la nueva e interesante oportunidad que acababa de presentarse. Mientras tomaba una siesta entre la media mañana y la hora que llegaba la gente para comer, Franc acercó una silla y se sentó frente a Sam, honor que muy rara vez brindaba a los clientes.

—¿Y qué lees hoy? —le preguntó al joven al mismo tiempo que le entregaba un café *latte* de cortesía.

—Ah, ¡gracias! Eres muy amable. —Sam vio el café y luego rápidamente a Franc, antes de volver a posar la mirada en su libro—. Es el comentario del Dalai Lama sobre el Sutra del Corazón —le dijo a Franc—. Es un clásico, también uno de mis libros predilectos; creo que lo he leído más de diez veces, al igual que *Heart of Understanding* (El corazón de la comprensión) de Thich Naht Hanh; es la obra más útil para ayudar a descifrar el significado del Sutra.

—El tema del Origen Dependiente es muy difícil —señaló Franc.

—Sí, es el más complejo —contestó Sam—. Pero para comprenderlo mejor, no se puede ir mucho más allá de *Mahamudra Instruction to Naropa in Twenty-Eight Verses* (Instrucción del Mahamudra a Naropa en veintiocho versos) de Tilopa, o *Main Road of the Triumphant Ones* (El camino principal de los triunfadores) del primer Panchen Lama. Los versos de Tilopa son increíblemente líricos y su poesía a veces puede transmitir un significado que va mucho más allá de las palabras mismas. Las enseñanzas del Panchen Lama son mucho menos imaginativas, pero su poder y claridad son exactamente lo que se necesita cuando se medita sobre un tema tan sutil.

Franc analizó esta información en silencio por un rato, y luego dijo:

—Me asombras, Sam, sobre cualquier tema del que te pregunto, puedes mencionar por lo menos seis libros y proveer crítica completa.

—¡Ay, noooooo! —de pronto aparecieron manchitas rosadas en el pálido cuello de

Sam.

—Supongo que tienes que mantenerte actualizado para escribir en tu blog.

—En realidad el blog fue un resultado, más que una causa —le dijo Sam a Franc mirándolo de reojo pero sin hacer contacto visual realmente.

—¿Siempre has sido así de estudioso?

—Bueno, estudiar siempre ayuda cuando uno está en la industria... eeees deciiiiir, la industria en la que trabajaba.

—Ah, ¿y qué industria era? —le preguntó Franc con mucha naturalidad.

—La venta de libros.

—¿O sea...?

—Solía trabajar para una cadena de librerías.

—Eso es... interesante. —En ese momento reconocí el brillo en la mirada de Franc, era el mismo que apareció cuando se enteró de que yo era la gata del Dalai Lama.

—Dirigía la sección Mente/Cuerpo/Espíritu —continuó Sam—, y necesitaba mantenerme al día con todos los títulos.

—Cuéntame —dijo Franc, al mismo tiempo que se inclinaba al frente con los codos sobre la mesa—, esta transición a los libros y los lectores electrónicos, ¿es el fin de las librerías?

Sam se acercó arrastrando un poco su silla antes de lograr ver a Franc directamente a los ojos por más de un segundo.

—Nadie tiene bola de cristal para saberlo, pero creo que a pesar de todo, algunas librerías incluso prosperarán. Las que venden cierto tipo de libros, por ejemplo, tal vez puedan organizar eventos.

—¿Como cafés literarios?

—Exactamente.

Franc se quedó contemplando a Sam un largo rato antes de decirle:

—En los últimos meses he estado pensando de qué manera podría diversificar mi negocio. A esa zona, que está separada del resto del café, no le estoy sacando provecho —explicó el dueño mientras señalaba una parte donde la luz era más sutil y la gente casi no ocupaba las mesas—. Todos los días vienen muchos turistas que quieren comprar un libro nuevo, pero no hay librerías. El problema es que yo no sé nada sobre el negocio de las librerías y tampoco conocía a nadie informado, hasta ahora, claro.

Sam asintió.

—Entonces, ¿qué te parece la idea?

—Bien, pues éste es exactamente el tipo de lugar donde me parece que una librería podría vender bien. Como dices, no hay competencia. También ayuda el hecho de que la recepción de señal de teléfonos celulares sea mala por aquí y no sea fácil descargar libros electrónicos...

—Muchos de nuestros clientes, de por sí, ya tienen un fuerte interés en los libros

sobre la mente, el cuerpo y el espíritu —explicó Franc—. Siempre que vienen a tomar café, traen ese tipo de lecturas.

—Si vienen para tener una experiencia general —interpuso Sam—, tú podrías expandirla con la venta de libros nuevos, discos compactos e incluso regalos.

—Podrían ser pequeños artículos budistas e hindús.

—Pero sólo de la mejor calidad.

—Claro.

Durante tres segundos completos, Sam le sostuvo la mirada a Franc. En los ojos del dueño del café había crecido la emoción al máximo, incluso la timidez de Sam parecía haberse desvanecido.

Entonces Franc preguntó:

—¿Tú podrías echar a andar la librería?

—¿Quieres decir...?

—Y también dirigirla, ser el gerente.

Pero el entusiasmo desapareció con rapidez del rostro de Sam.

—Bueno, es muy... amable de tu parte hacerme este ofrecimiento, pero creo que no podría —Sam frunció el ceño—, es que sólo estaré aquí unas semanas.

—Pero ya no tienes empleo, no necesitas volver —le recordó Franc con cierto grado de brutalidad—. Te estoy ofreciendo un empleo aquí.

—Pero mi visa...

Franc hizo un gesto con el que le restó importancia al asunto.

—Conozco a alguien que puede encargarse del papeleo.

—Y no, no... tengo dónde vivir.

—Aquí arriba del local hay un departamento —interpuso Franc—, puedo incluirlo en la negociación.

Pero en vez de disminuir las preocupaciones de Sam, daba la impresión de que Franc sólo las aumentaba. El joven bajó la mirada y comenzó a sonrojarse poco a poco; primero el cuello y luego, sin que pudiera impedirlo, las mejillas.

—No, no podría hacerlo —le dijo a Franc—, incluso si todo estuviera arreglado...

Franc se inclinó y lo miró fijamente.

—¿Por qué no?

Sam se quedó viendo el piso con una enorme tristeza.

—Puedes contarme —le dijo Franc en un tono más dulce.

Sam sacudió la cabeza lentamente.

Después de un rato, Franc puso a prueba otra estrategia.

—Puedes confiar en mí, soy budista.

Sam sonrió con nostalgia.

—No me voy a mover de aquí hasta que me digas qué pasa.

Franc logró combinar simpatía e insistencia en su actitud. Se sentó en la silla como si estuviera preparándose para esperar un largo rato, y Sam se ruborizó aún más.

Luego de una pausa que parecía interminable, y con los ojos todavía clavados en el suelo, Sam murmuró:

—Cuando cerraron la tienda en Century City, me despidieron.

—Sí, ya me habías dicho.

—El asunto es que... no despidieron a todos, algunas personas conservaron su empleo o fueron reubicadas —avergonzado, Sam dejó caer la cabeza.

—¿Y tú piensas que...?

—Que si hubiera sido bueno en mi trabajo, también me habrían conservado.

—Se quedaron con los mejores, ¿verdad? —el tono de Franc era punzante—. ¿O cuál fue la razón para no despedirlos también? ¿Por lo que le costaría a la empresa indemnizarlos? ¿Eran empleados que ya llevaban mucho tiempo trabajando ahí?

Sam se encogió de hombros.

—Supongo, sí, la mayoría. Pero seguro ya te diste cuenta de... lo malo que soy en el trato con la gente. Nunca se me ha hecho fácil, Franc —por fin Sam logró mirar brevemente a su interlocutor—. En la escuela, cuando los otros chicos formaban equipos deportivos, yo siempre era el último en ser elegido. En la universidad nunca pude tener novia, no soy muy sociable. Sería un desastre.

Franc observó la lastimosa imagen del joven que tenía frente a sí y de pronto dejó entrever una sonrisita pícara entre sus labios. Con un gesto, le pidió en silencio a Kusali que le trajera un café espresso.

—Sí, estoy de acuerdo —respondió después de un rato—, imagina el desastre que sería que alguien que conoce perfectamente el tema, se hiciera cargo de ordenar los libros. O que los clientes te preguntaran sobre un tema y tú les dieras por lo menos seis alternativas. ¡Sería una catástrofe!

—No me refiero a eso...

—Digamos que llega aquí alguien que quiere armar un equipo deportivo, y al primero que ve es a ti.

—Sabes que no hablaba de...

—¡Ay, que Dios nos ampare! ¡Soltera a la vista buscando con quién salir!

—Me refiero a hablar con la gente —replicó Sam casi furioso—. ¡No soy bueno para eso!

—Pero estás hablando conmigo.

—Sí, pero no eres un cliente.

—Yo jamás he forzado a nadie a pedir un capuchino y, por lo tanto, tampoco espero que tú vendas a la fuerza, si a eso te refieres —explicó Franc. Los hombres se miraron fijamente antes de que el restaurantero continuara—. La idea de la librería puede funcionar o no, pero yo estoy convencido de que eres la persona indicada para el empleo aunque tú no lo creas.



Esa conversación tuvo lugar a finales de la semana pasada y, a pesar de todos los esfuerzos de Franc, terminó sin que Sam se comprometiera. Después de la plática, el joven visitó el café todos los días, pero nadie volvió a mencionar el asunto. Yo me preguntaba por cuánto tiempo se podría contener Franc, porque estaba segura de que volvería a hacer el ofrecimiento.

Tras su conversación con el joven, Franc les pidió a varios carpinteros que midieran el espacio donde pensaba poner la librería y habló con ellos respecto a las opciones que tenía para poner repisas y exhibidores. Pero, ¿lograría convencer a Sam?

Más adelante descubriríamos que el poder de persuasión del restaurantero era irrelevante en este asunto. Después de que llegué aquella mañana y encontré a Sam absorto en los temas de biología celular y epigenética, apareció en el café el mismísimo Geshe Wangpo.

Franc había descubierto en poco tiempo que tener un maestro era una navaja de doble filo; los beneficios eran extraordinarios, pero las exigencias eran demasiadas. Y cuando tu maestro es un lama tan inflexible como Geshe Wangpo, la navaja de doble filo se vuelve todavía más afilada. Todos los martes por la noche, Franc asistía a las clases del Sendero a la Iluminación que se impartían en el templo, pero otras veces, Geshe Wangpo simplemente aparecía sin aviso y le cambiaba la vida a su estudiante.

En una ocasión, Franc tuvo serios problemas con sus meseros, y tal situación le produjo desesperación y desconcierto. De manera espontánea, Geshe Wangpo le llamó por teléfono y le ordenó que recitara el mantra de Tara Verde durante dos horas todos los días; hacia finales de la semana, las dificultades de recursos humanos del restaurantero se habían solucionado misteriosamente.

En otra ocasión, Franc acababa de colgar el teléfono después de hablar con su padre, quien le llamó desde San Francisco. El señor se encontraba enfermo en cama, y Franc pasó unos diez minutos explicándole que no podía volver a casa para visitarlo. Cuando terminó la conversación, giró y descubrió que su maestro lama estaba parado justo detrás de él. Geshe Wangpo le había ordenado con mucha claridad que le diera prioridad a visitar a su padre. ¿Qué tipo de hijo era? ¿Cómo se atrevía a decirle a un hombre frágil y anciano que estaba demasiado ocupado para verlo? ¿A quién creía que le debía su vida? ¿Qué tipo de padres quería tener en sus vidas futuras? ¿Quería que fueran tan desobligados e indiferentes como él planeaba serlo con su progenitor, o quería padres que lo amaran de verdad y se preocuparan por su bienestar? Ah, y por cierto, el lama le ordenó que se asegurara de comprarle a su padre varios regalos de buena calidad en las tiendas *Duty Free* del aeropuerto.

Media hora después, Franc ya había reservado su boleto a casa.

Hoy, mientras yo tomaba mi siesta de media mañana, Geshe Wangpo llegó al

café, observó la enorme cantidad de mesas desocupadas que había, y luego caminó directamente hasta donde se encontraba Sam Goldberg leyendo solo. El lama emanaba una poderosa energía al moverse, era como si en lugar de un monje vestido con túnicas de color bermellón que entra a un establecimiento, fuera un ser superior: un monstruo grande y azulado que escupía fuego, como los que se ven en los *thankas* de los templos.

—¿Me puedo sentar aquí? —le preguntó a Sam al mismo tiempo que jalaba una silla y la colocaba frente al joven.

—Sí... sí... claro. —Casi todas las mesas estaban desocupadas, pero si a Sam le pareció que la solicitud del lama era poco común, no dio muestras de ello. Sólo continuó leyendo.

Desde el principio fue obvio que después de ponerse cómodo, el lama no tenía intenciones de permanecer callado.

—¿Qué está leyendo?

Sam levantó la mirada.

—Es un libro sobre, eeh, epigenética.

El lama vio los tres libros más que estaban apilados junto a la taza vacía de Sam.

—¿Le gusta leer?

Sam asintió.

En ese momento me pregunté si esa semana después de sus clases, Franc habría hablado con Geshe Wangpo sobre su idea de la librería, pero parecía poco probable. El lama motivaba a sus estudiantes a ser autosuficientes. Y en cuanto a Sam, bueno, pues el joven no tenía idea de quién era Geshe Wangpo y seguramente pensaba que sólo se trataba de un monje bastante atrevido.

—Es *muy* útil compartir con otros los conocimientos que tenemos —le dijo Geshe Wangpo a Sam—, de otra manera, ¿qué caso tiene poseerlos?

Sam levantó la cabeza y miró al lama a los ojos. No fue su típico vistazo breve sino un contacto que duró muchísimo tiempo. ¿Qué había en el rostro del lama que le hizo contemplarlo de esa manera? ¿Sería tal vez algo que le daba seguridad? ¿Algo que le transmitía la tranquilidad y profunda compasión que existían detrás de la estricta apariencia del monje? ¿Estaría Geshe Wangpo sosteniendo la mirada de Sam sólo con la fuerte personalidad que muchos sabíamos que tenía? ¿O sería una conexión de otro tipo, más difícil de explicar?

De una forma u otra, cuando Sam respondió finalmente, lo hizo sin la timidez que lo caracterizaba.

—Qué extraño que diga eso. El dueño del café me preguntó hace poco si podría ayudarlo a abrir y manejar una librería aquí —dijo el joven al mismo tiempo que señalaba la zona poco utilizada de la que Franc le había hablado.

—¿Y usted quiere hacerlo? —le preguntó el lama.

Sam hizo una mueca.

—Creo que no sirvo para esas cosas.

La expresión en el rostro de Geshe Wangpo no cambió en absoluto. Volvió a preguntar:

—¿Y usted quiere hacerlo?

—No quisiera decepcionarlo, él tendría que invertir mucho dinero en inventario y exhibidores, y si todo saliera mal por mi culpa...

—Sí, sí, lo escucho —dijo el lama inclinándose al frente—; pero, ¿usted quiere hacerlo?

En las comisuras de los labios de Sam apareció una sonrisa sutil y tristona, pero también irreprimible. Y antes de que pudiera articular una palabra más, el lama le dijo:

—¡Entonces debe hacerlo!

La sonrisa de Sam se hizo más amplia.

—He estado pensando mucho al respecto, demasiado. Sería un nuevo inicio... algo muy estimulante, sin embargo quiero ser cauteloso.

—¿Qué quiere decir con «cauteloso»? —el lama arrugó la frente con gran dramatismo.

—¿Con cauteloso? —Sam consultó su diccionario mental y evaluó la situación—. Quiere decir que tengo dudas, preocupaciones, incertidumbre.

—Ah, pero eso es normal —le dijo el lama. Y luego lo enfatizó con una voz más profunda; lo dijo más alto y con mayor lentitud—. Nor-maaal.

—Pues bien, yo estaba analizando esta oportunidad —comenzó a explicarle Sam a Geshe Wangpo, pero el monje lo interrumpió.

—No es necesario pensar tanto las cosas.

Sam se lo quedó viendo en cuanto se dio cuenta de que el monje estaba desechando con mucha facilidad el proceso intelectual del asunto.

—Es que usted no me ha visto interactuar con la gente —continuó explicándole Sam—. Con la gente común.

El lama apoyó las manos en su cadera y se sentó un poco más adelante.

—¿Tiene algún problema?

Sam se encogió de hombros.

—Tal vez podría decir que es un asunto de autoestima.

—¿De autoestima?

—Sí, como cuando uno piensa que no está a la altura de la situación.

Geshe Wangpo no se veía convencido.

—Pero usted ha leído muchos libros, tiene el conocimiento necesario.

—No se trata de eso.

—En el ámbito del budismo, diríamos que usted está siendo flojo —dijo el lama con la cabeza echada un poco hacia atrás en un gesto desafiante.

La reacción de Sam fue contraria a la de costumbre, se quedó lívido.

—Despreciarse a usted mismo, pensar que no es suficientemente bueno, decir «no puedo hacerlo»: es la mente de la debilidad, y usted debe vencerla.

—Pero no es que yo esté tratando de elegir sentirme así —protestó Sam ligeramente.

—Pues entonces *elija* vencer esa situación. ¿Qué pasa si continúa cediendo a una mente débil? Alimentará la debilidad y el resultado será que en el futuro su mente será aún más débil. ¡Tiene que cultivar la confianza en sí mismo! —Geshe Wangpo se sentó bien erguido en la silla y golpeó la mesa con el puño cerrado. Daba la impresión de que de él surgía un poder que emanaba hacia todas direcciones.

—¿Usted cree que podría hacerlo?

—¡Tiene que hacerlo! —le dijo el lama con ímpetu—. Cuando se comunique con la gente tiene que hablarle mirándola con los ojos bien abiertos y voz fuerte —dijo el monje, y Sam comenzó a enderezarse aún sentado en la silla—. ¿Ya leyó *A Guide to the Bodhisattva's Way of Life*? (La práctica del Bodisatva).

Sam asintió.

—Ahí dice que la confianza en uno mismo debe aplicarse a las acciones integrales. Es lo que hay que hacer aquí, sí. ¿Acciones integrales? Sí, tiene que decidir: *Lo haré yo solo*. Así funciona la confianza en uno mismo cuando se trata de la acción.

—¿Con los ojos bien abiertos y voz fuerte? —preguntó Sam, a un volumen evidentemente mayor. El lama asintió.

—Sí, así.

Daba la impresión de que a Sam lo embargaba una sensación nueva y distinta, y que ésta era la respuesta al poder de Geshe Wangpo. Ahora el joven estaba bien erguido y se manejaba con más seguridad. En lugar de mirar al suelo, veía al lama directamente a los ojos. Aunque no estaban hablando, en el silencio se produjo una forma de comunicación más intuitiva. Era como si Sam se hubiera dado cuenta de que sus problemas de autoestima no eran otra cosa que ideas que se había creado sobre sí mismo. Ideas temporales que, al igual que otras, podían surgir, permanecer y pasar. Ideas que, en la presencia de aquel monje, fueron reemplazadas por nociones diferentes, con mayor afirmación.

El joven habló por fin después de permanecer un largo rato en silencio.

—No sé cómo se llama usted.

—Geshe Acharya Trijang Wangpo.

—¿No es el autor de *Path to the Union of No More Learning*, que fue traducido por Stephanie Spinster?

El lama se recargó en la silla, cruzó los brazos y le lanzó a Sam una mirada desafiante.

—Usted sabe demasiado —dijo el lama.



Ese mismo día, más tarde, mientras me dirigía a Jokhang, me perdí en mis pensamientos sobre lo que Geshe Wangpo había dicho. A mí me sorprendió, tanto como a Sam, enterarme de que la falta de confianza se consideraba una forma de flojera en el budismo, y que uno tenía que vencer a la mente débil. No pude evitar recordar lo inferior que me sentía respecto a la práctica del Dharma en general y de la meditación en particular. También pensé que vivir en Jokhang y ser con frecuencia testigo de lo trascendente que puede llegar a ser el entendimiento, provocaba que viera mi práctica de la meditación como un proceso muy limitado al que no valía la pena darle continuidad.

Pero luego pensé en lo que dijo el maestro de Franc: ¿qué sucedería si continuaba cediendo a la mente débil? ¿Qué otro resultado podría haber que no fuera debilidad en el futuro? El concepto tenía una lógica inevitable aunque desconcertante, pero al mismo tiempo proveía una extraña y atrayente sensación de fortaleza.

Esa noche, cuando me coloqué en mi posición para meditar en la repisa de la ventana —con las patitas bien dobladas debajo de mi cuerpo, los ojos medio cerrados y bigotes alerta—, y antes de enfocarme en la respiración, recordé las palabras de Geshe Wangpo.

Me recordé a mí misma que vivía con el modelo a seguir perfecto, que estaba rodeada de gente que apoyaba mi práctica y nadie se encontraba en una circunstancia tan favorable para llegar a convertirse en un verdadero bodhigato.

¡Tengo que hacerlo!



¿Terminé esa sesión de meditación como un ser totalmente iluminado? ¿Mi cambio de actitud produjo un nirvana instantáneo? Querido lector, si te dijera que sí, estaría mintiendo. Mi meditación no mostró ninguna señal de mejoría inmediata pero lo importante es que mis sentimientos sí lo hicieron.

A partir de ese momento decidí que ya no iba a pensar que cada mala sesión era una buena razón para darme por vencida. Ya no juzgaría mi experiencia personal en relación a las alturas olímpicas que alcanzaban los visitantes de Su Santidad. Yo era GSS y tenía mis propias fallas y debilidades, pero al igual que Sam también poseía cualidades y puntos fuertes. De ahora en adelante meditaría, hablando metafóricamente, con los ojos bien abiertos y voz fuerte. Tal vez no poseía todo el conocimiento sobre la concentración para meditar, pero sí sabía bastante al respecto.



Querido lector, esta historia tiene una posdata. Por supuesto que la hay, y esa siempre es la mejor parte, ¿no crees? La cereza inesperada en el pastel, la última pirueta de ballet. El momento en que todo cambia de velocidad. Sí, soy ese tipo de gata.

Éste es ese tipo de libro.

Y habiendo llegado tan lejos a mi lado, querido amigo, querida amiga, tú también eres ese tipo de lector. ¿Te guste o no!

Antes que nada, debo hacer una confesión.

El día que escuché las crecientes dudas de Sam, mientras le hablaba de sus sentimientos de inferioridad a Franc, algo me inquietó demasiado. Me afectó saber que el hecho de que lo hubieran despedido de la librería, fortaleció esa sensación de rechazo que había tenido desde que era niño y lo dejaban al último en la selección de jugadores para los equipos, y que sus problemas para encontrar novia en la universidad sólo sirvieron para reforzar la cadena de dolorosos momentos en que creyó que estaba fuera de lugar. La circunstancia de que muchos profesionales altamente capacitados no tuvieran destreza deportiva o que algunas de las mujeres más hermosas y encantadoras se hubieran convertido en las felices parejas de los hombres más raros del mundo, no evitaba que Sam tuviera esas creencias tan autodestructivas. Tomando en cuenta lo inteligente que era, su explicación resultaba rara, incluso podía llegar a ser risible de no ser por el dolor que, evidentemente, le causaba su situación.

Sin embargo, cuando escuché cómo el joven había combinado una variedad de experiencias que no tenían que ver entre sí, y así formó una historia tan deprimente sobre sí mismo, no pude evitar verme retratada: yo era igual.

¿Acaso no permitía que un pensamiento negativo surgiera de otro que no estaba relacionado? En cuanto empezaba a reflexionar sobre mi poca habilidad para meditar, me enfocaba en mi falta de disciplina para hacer dieta. Contemplaba mi cuerpo y, al mismo tiempo, me sumergía en el pensamiento de que caminaba mal porque me había lastimado las patas poco después de nacer. Y eso, a su vez, depresiva e inevitablemente, me llevaba a mis primeros recuerdos y al asunto de mi pedigrí.

Pero después del impacto causado por Geshe Wangpo, descubrí la dinámica opuesta: que los pensamientos positivos también se multiplican y producen los efectos más maravillosos e inesperados.

Hay una frase atribuida a Goethe que adoran los fabricantes de imanes para refrigeradores y los impresores de tarjetas de felicitación y otros productos cuyo objetivo es proveer inspiración: *Comienza a hacer cualquier cosa que puedas hacer o sueñes que puedes lograr. La temeridad conlleva genialidad, fuerza y magia.* Aunque Tenzin me dijo que Goethe nunca escribió eso, debo admitir que la frase produce una sensación

muy atractiva.

En cuanto me sentí más confiada respecto a mi práctica de meditación, noté que el efecto se extendía a muchos otros aspectos. A partir de entonces, por ejemplo, dejé de comerme absolutamente todos los cuadritos de hígado de pollo de la señora Trinci sólo porque estaban ahí en el plato; asimismo, empecé a caminar con garbo cada vez que entraba a las reuniones con los visitantes más distinguidos de Su Santidad. Y es que... ¿por qué no habría de hacerlo?

Y lo más curioso de todo es que Tashi y Sashi, los pilluelos callejeros que luego se convirtieron en novicios y a quienes Su Santidad les encargó que me cuidaran particularmente bien, siguieron visitándome en Jokhang de vez en cuando. Por lo general se sentaban en el suelo cinco minutos y me rascaban el cuello. A veces también recitaban mantras.

Una tarde, algunos días después de mi cambio de actitud, llegaron los jovencitos a verme. Como era costumbre, me recosté con las patas extendidas sobre un elaborado tapete y permití que me acariciaran la pancita.

En ese momento entró Chogyal al salón para visitantes.

—Ah, muy bien —les dijo con una sonrisa a los novicios.

—Se convirtió en una gata muy hermosa —dijo Tashi.

—Sí, una gata himalaya —les dijo Chogyal al mismo tiempo que se inclinaba para masajear las aterciopeladas puntas de mis orejas—. Por lo general, sólo la gente adinerada puede tener gatos como éste.

Sashi miró a lo lejos y luego dijo:

La mamá de esta gata le pertenecía a gente adinerada.

—¿Ah, sí? —preguntó Chogyal arqueando las cejas.

—Vivíamos en una zona pobre pero recuerdo que solíamos ver a la mamá de los gatitos caminando junto al muro de la gran mansión...

—Ah, sí, era una casa grande —interpuso Tashi—. ¡Y tenía *alberca*!

—La gata iba a esa zona a comer —dijo Sashi.

—Un día la seguimos hasta donde estaban sus gatitos —empezó a narrar Tashi.

—Así los encontramos —agregó Sashi.

—La familia tenía varios Mercedes deslumbrantes —recordó Tashi—. ¡Y había un sirviente cuyo único trabajo era mantenerlos bien pulidos!

Chogyal se enderezó.

—Qué interesante. Parece que, después de todo, nuestra gatita sí tiene pedigrí, pero, ¿saben?, nosotros como budistas hacemos el compromiso de no tomar nada a menos de que se nos dé gratuitamente. Me pregunto si sería posible contactar a la familia dueña de la madre para ofrecerle algún pago por GSS.

CAPÍTULO DOCE



Las visitas de jefes de estado casi siempre provocaban un remolino de actividad en Jokhang. Los días previos, oficiales de inteligencia con rostros de matones, siempre querían revisar el interior hasta de la última alacena en el complejo. Los jefes de protocolo se reunían para discutir hasta el más mínimo detalle. Se hacía hasta lo que no para asegurarse de que todas las posibles contingencias fueran consideradas, desde la ubicación de destacamentos de seguridad en techos cercanos, hasta la textura del papel higiénico para los invitados VIP. Si llegaba a surgir esa necesidad en particular, claro.

Por esto me resultó muy sorpresivo que un día Su Santidad recibiera a una visitante que no sólo era líder nacional, también era una reina de verdad.

En esta ocasión no se llevaron a cabo los típicos preparativos previos; sólo hubo una visita de seguridad de bajo perfil media hora antes de la llegada, lo cual, por cierto, me pareció irónico porque yo sabía que Su Santidad estaba especialmente interesado en recibir a esa invitada. Poco antes lo había escuchado hablar de la joven reina y de su esposo con mucho cariño. Ella no sólo era de una belleza extraordinaria, también estaba casada con el rey del único país budista del Himalaya en el mundo.

Estoy hablando, por supuesto, de la reina de Bután.

Para aquellos lectores que no pasaron sus días de escuela sumidos en un atlas estudiando la región del Himalaya —¿existirá quien no lo haya hecho?—, puedo decirles que Bután es un pequeño país al este de Nepal, al sur de Tíbet y un poquito al norte de Bangladesh. Bután es el tipo de lugar que pudo habérsete escapado si un trocito de salmón ahumado llegó a salirse de tu sándwich y lo tapó en el mapa. Sé que podría decirse lo mismo de la mitad de los países de Europa, pero no ver a Bután es una omisión terrible porque, sencillamente, es el lugar más cercano a Shangri-la que hay en la Tierra.

Bután es un reino lejano, recóndito e impenetrable que se encuentra detrás de la cordillera del Himalaya. Hasta la década de los sesenta no tuvo divisa nacional ni teléfonos. La televisión llegó al país en 1999. La gente, por tradición, se ha enfocado en cultivar la riqueza interna en vez del bienestar material. En la década de los ochenta, fue precisamente el mismo rey de Bután quien estableció un sistema que medía el progreso nacional según la Felicidad Interna Bruta, en lugar del Producto

Interno Bruto.

En este pequeño país prevalece un ambiente mágico. Es una tierra de templos con techo dorado que cuelgan de los más asombrosos acantilados, de banderas de oración que ondean en profundos desfiladeros entre las montañas, y de monjes que entonan cantos en templos del siglo VII cuya atmósfera desborda incienso. Y por si eso fuera poco, su joven reina posee una personalidad admirable, la cual se hizo evidente en cuanto entró a la suite de Su Santidad.

Yo me encontraba en mi lugar de costumbre, dormitando bajo el sol matinal en la repisa de la ventana, cuando escuché que Lobsang anunciaba la llegada de la reina. En cuanto oí «Su Alteza Real», rodé sobre mi espalda y dejé mi cabeza colgar en la orilla.

Incluso viéndola de cabeza pude darme cuenta de que era un ser verdaderamente exquisito. Pequeña, con piel dorada y cabello largo, oscuro y brillante; su delicadeza era cautivadora. Al verla con la tradicional *kira* butanesa —un vestido largo que llega a los tobillos y decorado con bordados—, me pareció que lucía como una muñeca; se movía con naturalidad y espontaneidad, y daba la impresión de ser una persona muy cálida.

Vi cómo le entregaba a Su Santidad la tradicional mascada blanca con el rostro inclinado y las manos juntas a la altura del corazón como gesto de devoción. Cuando terminó el intercambio ceremonial, la joven reina miró alrededor antes de sentarse y me notó de inmediato.

Nuestras miradas se encontraron y, a pesar de que el momento fue muy breve, nos comunicamos algo importante. De inmediato supe que ella era de las nuestras.

Era amante de los gatos.

Al sentarse la reina, me pareció que pasó las manos por su regazo para aplanar la *kira*, en previsión de lo que sucedería después. Entonces yo giré, salté de la repisa de la ventana, aterricé en la alfombra, hice un saludo al sol con mis patas frontales estiradas al máximo, luego hice el saludo a la inversa —mis patas traseras se estremecieron cuando contoneé la cola—, y después caminé hasta donde ella estaba sentada. Salté a su regazo y me acomodé. Ella acarició mi cuello, y ambas nos comportamos como las viejas amigas que, intuitivamente, supimos que éramos.

Existe una pequeña y rarísima cantidad de humanos que poseen el conocimiento nato del cambiante ánimo de un felino. Saben que lo que queremos en un momento, puede ser muy distinto a lo que deseábamos tan sólo poquísimo antes. Algunas personas saben que no deben acariciarnos por largo tiempo hasta que nos vemos obligados a voltear y darles una aguda e incisiva advertencia que, por lo general, va dirigida al dedo índice. Muy pocos también saben que el acto de que acechemos una lata de jamón ahumado lamiéndonos los bigotes un día, no significa que al siguiente tendremos el menor interés en siquiera volver a mirar ese mismo alimento.

¿No fue Winston Churchill quien dijo que un gato era un acertijo dentro de un

enigma, oculto en un adorable pelaje que nos insta a abrazarlo? ¿No fue él? Juraría que hace poco leí algo así en un artículo. Pero bueno, si no lo dijo, estoy casi segura de que lo pensó. ¡Deberíamos avisarle a la gente que escribe Wikipedia!

Ah, y también está Albert Einstein quien, según dicen, declaró que la música y los gatos son el único escape de la miseria de la vida. Aquí debo señalar que, curiosamente, el más grande pensador del siglo XX, no dijo nada sobre otras especies de animales domésticos. Pero esta información te la dejaré a ti, querido lector, para que saques tus propias conclusiones.

Nosotros, los gatos, no somos bestias robóticas a las que se les puede condicionar para que salten, se sienten o babeen en cuanto alguien da una orden o hace sonar un timbre; ¿alguna vez escuchaste hablar del *gato* de Pavlov?

A eso me refiero exactamente. ¡Es impensable!

No, los gatos somos un misterio, incluso a veces para nosotros mismos. La mayoría de la gente está dispuesta a tratarnos con el respeto que nos corresponde a quienes les proporcionamos tanto a la felicidad humana, solicitando muy poco a cambio. La verdad es que muy pocas personas nos entienden, pero la reina de Bután se encuentra entre esa selecta minoría.

Después de algunas caricias para conocernos, la joven colocó las puntas de sus dedos en mi frente y me dio un delicado masaje con las uñas, el cual hizo que a lo largo de toda la columna, y hasta llegar a la puntita de mi cola, me recorriera un placer exquisito.

La recompensé por ello con un profundo ronroneo.

Luego, Su Santidad —quien estuvo preguntando amablemente por la salud del rey y otros miembros de la monarquía butanesa—, me miró. Tenía la costumbre de preguntar a sus invitados si les molestaba que yo estuviera en el salón, porque al parecer algunos humanos sufren de una alergia que, seguramente, es tan devastadora como tener una involuntaria reacción violenta a... no sé, digamos, las trufas belgas, el café italiano o al mismo Mozart. Pero en este caso, la reina estaba siendo tan atenta conmigo, que el Dalai Lama ni siquiera tuvo que preguntar. Sólo asintió mirándome y dijo:

—Esto es verdaderamente extraño. ¡Jamás la vi aceptar a alguien con tanta rapidez! Debe haberle simpatizado muchísimo.

—Y ella me simpatiza a mí —dijo Su Alteza Real—, ¡es una gata magnífica!

—Es nuestra pequeña Leona de las Nieves.

—Estoy segura de que debe brindarle mucha alegría. —La reina movió las puntas de sus dedos para darles masaje ahora, con el grado perfecto de firmeza, a mis orejas color carbón.

Su Santidad rio sutilmente.

—¡Pues tiene una gran personalidad!

La conversación continuó; la reina habló sobre varias prácticas del Dharma y,

mientras charlaban, ella siguió proveyéndome un masaje tan delicioso, que en poco tiempo caí en un estado de gloria medio consciente en el que sólo percibía cómo fluía la conversación de ellos encima de mi cuerpo.

Las semanas anteriores, tras la estricta llamada de atención que recibí gracias a las palabras de Geshe Wangpo, había estado haciendo un esfuerzo consciente en mi meditación diaria. También visité varias veces el templo para escuchar las enseñanzas de toda una variedad de lamas de alto rango. En cada visita tuve acceso a la discusión de un aspecto diferente de la práctica del Dharma, pero todas las veces noté el énfasis en la importancia de continuar practicando.

El entrenamiento de la mente es la base de todas las actividades budistas, por eso se nos motiva a desarrollar una fuerte concentración, no sólo a través de la meditación, sino también con la práctica de la atención consciente todos los días. Uno de los lamas explicó que no podemos cambiar nuestros pensamientos si no estamos conscientes de ellos de manera objetiva y en todo momento.

—No se puede manejar lo que no se supervisa —dijo. Al parecer, la atención consciente también es una práctica fundamental.

Otro maestro explicó que las Seis Perfecciones son el corazón de nuestra tradición. Si no practicamos la generosidad, la ética y la paciencia, por sólo nombrar algunas, entonces, ¿qué caso tiene aprender textos de memoria o recitar mantras? Según el lama, si no hay virtud, ninguna de nuestras otras actividades del Dharma tiene sentido.

Y un tercer lama explicó que la sabiduría sobre la naturaleza de la realidad es lo que diferencia las enseñanzas de Buda de todas las demás. El mundo se nos muestra de una forma ilusoria, señaló, y entender esta sutil verdad exige que escuchemos, pensemos y meditemos mucho. Sólo quienes comprenden la verdad de manera directa y no conceptual, pueden alcanzar el nirvana.

Mientras mis pensamientos seguían entrelazándose intermitentemente con la conversación entre la reina y el Dalai Lama, recordé la enseñanza que recibí justo la noche anterior. En el templo apenas iluminado, con incontables estatuas y representaciones en la pared de budas y bodhisattvas como testigos, uno de los yoguis más venerados del Monasterio de Namgyal describió la rica tradición esotérica de las prácticas del tantra, donde se incluyen las enfocadas en la Tara Blanca y el Buda de la Medicina. Cada una de estas prácticas tiene su propio texto o *sadhana*, el cual se recita con visualizaciones y mantras complementarios. El yogui explicó que ciertos tantras son fundamentales para quienes deseamos alcanzar rápido la iluminación.

¿Y quién no querría?

Entre más aprendía sobre el budismo tibetano, más me daba cuenta de lo poco que sabía. Sin duda, las enseñanzas eran cautivadoras y estimulantes, además, siempre había alguna práctica nueva e intrigante que aprender; pero yo me sentía confundida.

Apenas medio consciente de la conversación que aún tenía lugar encima de mí, de

pronto desperté por completo cuando escuché que la reina decía:

—Su Santidad, hay muchísimas prácticas distintas en nuestra tradición, pero, ¿cuál es la más importante?

¡Era como si me estuviera leyendo la mente! Esa pregunta era *mía* aunque no la había formulado con tantas palabras. ¡Era lo mismo que quería saber yo!

Su Santidad no titubeó al contestar.

—Sin duda, la práctica más importante es *bodhichitta*.

—El deseo de alcanzar la iluminación para guiar a todos los seres vivos al mismo estado —confirmó ella.

Su Santidad asintió.

—Esta mente de iluminación se basa en una compasión inmensa y pura, la cual a su vez tiene como fundamento el amor inmenso y puro —continuó ella—. Y en ambos casos, puro significa *imparcial*, sin condiciones. *Inmenso* significa que beneficia a todos los seres vivos y no sólo al pequeño grupo conformado por la gente que nos agrada en ese momento. Desde nuestra perspectiva, la única forma de gozar de un estado de felicidad permanente y evitar todo el sufrimiento, es alcanzando la iluminación. Por eso a bodhichitta se le considera la motivación más altruista de todas. Deseamos alcanzar la iluminación, pero no sólo para nosotros mismos, también para ayudar a los demás seres vivos a llegar al mismo estado.

—Es una motivación muy desafiante —dijo Su Santidad riendo con discreción.

—¡Por supuesto! Lograr que la mente de la iluminación deje de ser sólo una idea agradable y se transforme en una convicción sincera, es una tarea para toda la vida. Al principio puede parecer que sólo estamos actuando. Incluso podemos pensar, *¿a quién trato de engañar al fingir que puedo convertirme en un buda y guiar a todos los seres vivos a la iluminación?* Pero podemos desarrollar el entendimiento paso a paso. De pronto descubrimos que hay otros que ya lo lograron, y entonces desarrollamos confianza en nuestras propias habilidades y aprendemos a enfocarnos menos en nosotros mismos y más en los demás.

—Una vez escuché una definición muy interesante: *Una persona santa es aquella que piensa más en los otros que en sí misma*. Es útil saber esto, ¿no le parece? —preguntó Su Santidad.

Su Alteza Real asintió antes de decir:

—Estar de acuerdo con la noción de bodhichitta es una cosa, pero recordar ponerla en práctica...

—Sí, estar consciente del concepto de bodhichitta es muy útil. Podemos aplicarlo en muchas de las acciones de nuestro cuerpo, mente y habla. La vida cotidiana está repleta de posibilidades para practicar bodhichitta y, como dijo Buda, cada vez que lo hacemos, el impacto positivo en nuestra mente es inconmensurable.

—¿Y por qué es tan grande, Su Santidad?

El Dalai Lama, aún sentado, se inclinó hacia el frente.

—El poder de la virtud es mucho, mucho más fuerte que el de la negatividad, y a su vez, no hay virtud más grande que bodhichitta. Al cultivar esta mentalidad nos enfocamos en las cualidades internas, no las externas. Recordamos el bienestar de los demás y dejamos de pensar sólo en nosotros. Verá, ésta es una perspectiva panorámica que no se limita al corto plazo en la vida. Va en contra de todos nuestros pensamientos habituales porque nos hace enfocar nuestra mente en una trayectoria muy distinta y poderosa.

—¿Dijo usted que la vida cotidiana estaba llena de posibilidades para practicar este concepto?

El Dalai Lama asintió.

—Cada vez que hacemos algo agradable para alguien más, incluso si es un acto rutinario que los otros esperan, podemos hacerlo pensando: *Con este acto de amor, o regalo de felicidad, espero alcanzar la iluminación para liberar a todos los seres conscientes.* Podemos pensar esto siempre que practiquemos la generosidad, ya sea con una donación o con el cuidado de un gato.

En ese momento bostecé profundamente, y el Dalai Lama y la reina rieron.

Luego Su Alteza Real miró mis ojos color zafiro y dijo:

—Es el karma, ¿no es verdad? El karma es lo que acerca a la gente y los demás seres a nuestra vida.

Su Santidad asintió.

—Si hay una conexión muy fuerte, a veces el mismo ser puede regresar una y otra vez.

—Algunas personas creen que es una tontería practicar la recitación de mantras en voz alta para el beneficio de los animales.

—No, no es una tontería —dijo Su Santidad—, puede ser muy útil. De esta manera podemos generar... ¿cómo se dice? Ah, sí, una buena huella kármica en el continuo mental de un ser que podría madurar cuando encuentre las condiciones adecuadas en el futuro. En las escrituras hay historias sobre antiguos practicantes de la meditación que les recitaban mantras en voz alta a las aves. En su vida futura, esas aves fueron atraídas al Dharma y encontraron la iluminación.

—¿Entonces la pequeña Leona de las Nieves tiene huellas kármicas muy, muy buenas?

El Dalai Lama resplandeció.

—¡Definitivamente!

Entonces la reina dijo algo que me pareció poco común, y aún más raro cuando lo analicé en retrospectiva.

—Si alguna vez llega a tener gatitos, sería para mí un gran honor ofrecerle un hogar a uno de ellos.

Su Santidad juntó las palmas con un leve golpe.

—¡Muy bien! —dijo.

—¡Lo digo en serio! —agregó ella.

El Dalai Lama la miró con una expresión de benevolencia del tamaño del mar y dijo:

—Lo recordaré.



Algunos días después entré caminando con mi acostumbrada elegancia a la oficina de los asistentes ejecutivos. Los teléfonos estaban en silencio, el correo aún no había llegado y, en ese momento poco común de sosiego, Chogyal preparó té. Los asistentes disfrutaron de éste con varias piezas de tradicionales galletas escocesas de mantequilla, cortesía de la señora Trinci.

—Buenos días, GSS —me dijo Chogyal a manera de saludo mientras yo frotaba la túnica que le cubría las piernas con mi cuerpo. Luego se inclinó para acariciarme.

Tenzin se recargó en su silla.

—¿Cuánto tiempo dirías que lleva con nosotros?

Chogyal se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Un año, tal vez?

—Creo que más —replicó Tenzin.

—Fue antes de que Kyi Kyi viniera —agregó Chogyal.

—*Mucho* antes —Tenzin mordió su galleta cubierta de azúcar con su típica finura de diplomático—. ¿No fue más o menos cuando recibimos la visita de aquel profesor de Oxford?

—Te lo puedo decir con toda exactitud —Chogyal se inclinó sobre la computadora y abrió un calendario—. ¿Recuerdas que llegó el día que Su Santidad volvió de uno de sus viajes a Estados Unidos?

—¡Es cierto!

—Fue hace unos trece, catorce... dieciséis meses.

—¿Tanto?

—Es la naturaleza de lo finito —le recordó Chogyal con un chasquido de dedos.

—Mmm.

—¿Por qué quieres saber...?

—Sólo estaba pensando —interpuso Tenzin—, que ya no es un cachorrito. Cuando la vacunaron nos sugirieron que la lleváramos para esterilizarla e implantarle un microchip.

—Voy a anotar que tenemos que contactar al veterinario —dijo Chogyal, y añadió la tarea a su lista de pendientes—. Creo que tendré tiempo para llevarla el viernes por la tarde.



Ese viernes por la tarde, de pronto estuve sentada en el regazo de Chogyal, en el asiento trasero del auto del Dalai Lama. El chofer —entre menos hablemos de él, mejor—, nos llevó de Jokhang a una moderna clínica veterinaria en Dharamsala. No hubo necesidad de jaulas o cestas; tampoco hubo maullidos primitivos porque, después de todo, soy la Gata de Su Santidad. Mientras bajábamos por la colina me llamó la atención el paisaje que iba revelándose poco a poco y mis bigotes se retorcieron con curiosidad. Quien en realidad necesitaba que lo calmaran, era Chogyal: no dejaba de abrazarme y de musitar mantras.

El doctor Wilkinson, un veterinario australiano, alto y flaco, me colocó rápidamente en la mesa de observación, abrió mi boca, revisó mis orejas con una intensa luz y me sometió al indigno acto de tomarme la temperatura.

—Parece que se nos pasó el tiempo —le dijo Chogyal al veterinario—, la gatita ya lleva con nosotros más meses de los que pensábamos.

—Ya le aplicaron las primeras vacunas —le aseguró el médico—, eso es lo más importante. También perdió un poco de peso desde la última vez que la vi, lo cual era necesario. El pelaje está en excelentes condiciones.

—Nos gustaría implantarle el microchip y esterilizarla.

—El microchip siempre es una buena idea —dijo el doctor Wilkinson mientras me daba un masaje en el cuerpo—. La gente nos trae mascotas perdidas todo el tiempo, pero no tenemos manera de contactar a los dueños. Es para romperle el corazón a cualquiera... —el doctor hizo una pausa—. Pero tendremos que dejar la esterilización para después.

Chogyal frunció el ceño.

—Creímos que...

—Seis semanas, tal vez un mes —el veterinario miró a Chogyal como queriendo decirle algo, pero él no entendía.

—¿No tiene un espacio libre para operarla?

El doctor Wilkinson sacudió la cabeza y sonrió.

—Ya es un poquito tarde para esterilizarla, amigo —le dijo a Chogyal—. La Gata de Su Santidad va a ser mamá.



—¿Cómo los llamaremos? —preguntó el chofer cuando Chogyal le dio la noticia camino a casa.

El asistente se encogió de hombros. Supongo que estaba más preocupado por otros asuntos, como el de qué manera le daría la noticia a Su Santidad.
—¿Micey-Tungs? —sugirió el chofer.

EPÍLOGO



En el Café Franc estaban sucediendo muchas cosas. Los rotuladores y pintores llevaban varios días en sus escaleras trabajando en la fachada. El área que Franc pensaba destinarle a la librería fue cubierta con mamparas, y a juzgar por los apagados sonidos de taladros y martillos clavando clavos, y por la cantidad de trabajadores que entraban y salían, era obvio que detrás de aquellos paneles que iban del suelo al techo, se llevaban a cabo todo tipo de cambios.

A quienes preguntaban, Franc les explicaba que el Café tendría una «importante renovación», y que sería reinaugurado. Sería tan maravilloso como antes... pero todavía mejor. Habría una amplia variedad de productos y mucho más que ofrecerles a los clientes. Se convertiría en un lugar aún más agradable para pasar el tiempo libre.

Sin embargo, lo que sucedía detrás de las mamparas continuaba siendo un misterio que nadie podía develar.

Podría decirse que la frase anterior también es una buena metáfora para describir mi vida en el presente. Iba a tener gatitos. Los cambios en mi cuerpo fueron rápidos y notorios, pero no sabía lo que todo eso significaría para mí; sólo podía imaginarlo. ¿Cuántos gatitos tendría? ¿De qué forma cambiarían la vida que llevaba en Jokhang? ¿Serían gatitos himalayos, atigrados o una mezcla de ambos?

De lo que sí estaba segura era que el Dalai Lama me apoyaba totalmente. Después de nuestra visita al veterinario, Chogyal le dio la noticia, y el rostro de Su Santidad se iluminó.

—¡Ah... es extraordinario! —cuando se inclinó para acariciarme, tenía una expresión casi infantil—. Tendremos toda una camada de cachorros de Leones de las Nieves. ¡Qué divertido!

En cuanto al asunto de mi origen, ese acertijo que siempre creí que continuaría sin resolverse, puedo decirte, querido lector, que también hubo cambios inesperados. Varios días después de que Tashi y Sashi confesaran lo que sabían respecto a mi origen, Chogyal les pidió que lo acompañaran la próxima vez que fuera a Delhi para que identificaran a la familia a la que pertenecía mi madre. Los jóvenes novicios encontraron la casa muy rápido pero al llegar vieron que estaba cerrada y resguardada por un servicio de seguridad privada. No había ninguna señal de que ahí viviera una familia en ese momento ni tampoco de que hubiera felinos. Chogyal les dejó una nota

a los guardias de seguridad, pero tendríamos que esperar la respuesta.

Por muchas razones, de pronto percibí que estaba viviendo en la cúspide de un cambio muy profundo. Las placas tectónicas de mi vida se movían y las cosas jamás volverían a ser iguales. Podía sentir la emoción que todo aquello me causaba, pero también la aprensión. Sin embargo, la vívida imagen que tenía de Geshe Wangpo en mi memoria, era todo lo que necesitaba para decidir que me esforzaría en hacer que esa transformación fuera positiva. No iba a evitar nada.

Y naturalmente, tampoco me perdería la reinauguración del Café Franc, que tanta actividad había provocado.

El evento estaba programado para las seis de la tarde pero yo me adelanté un poco. Noté que mi plataforma de observación en el café no había sufrido cambios y que a las modificaciones ya no las cubrían mamparas, sino grandes pliegos de papel unidos con listón rojo.

La gente empezó a llegar poco antes del inicio del evento. Entre quienes asistieron se encontraban los comensales de McLeod Ganj que iban al café con regularidad; era una mezcla ecléctica en la que también había personas de Jokhang. La señora Trinci llegó directamente del salón de belleza, donde le hicieron un peinado especial para la ocasión; llevaba un vestido negro, joyería de oro y rímel de kohl, con lo que le añadió a su característica personalidad un *je ne sais quoi* muy continental.

Chogyal también asistió en su papel de antiguo tutor de Kyi Kyi. Franc lo acompañó de inmediato hasta el mostrador; ahí abajo estaba la canasta donde, inmaculados luego de un buen baño y peluquería, Kyi Kyi y Marcel lucían moños rojos y dorados en el cuello.

Las bebidas fluyeron y los canapés circularon por todo el lugar, y poco a poco el alboroto fue creciendo. Entre la gente vi a la señora Patel, dueña del Bazar Cut Prize, quien últimamente me recibía en su tienda con un semblante tristonso porque le pidieron que ya no me alimentara.

También estaba ahí Sam, lucía muy gallardo con esa camisa color azul marino y su saco blanco de lino. Las semanas recientes había estado muy presente en el restaurante porque él y Franc tuvieron que controlar la frenética actividad detrás de las mamparas. Desde que aceptó la oferta de trabajo del restaurantero, el joven se esforzó mucho por reinventarse. En su nuevo puesto como gerente de la librería, contactó a toda una serie de representantes de ventas de casas editoriales, fue muy claro respecto a la forma en que se exhibirían los regalos en los puntos de venta y dirigió las labores de los carpinteros con una seguridad que no se le había visto antes. Incluso lo vi haciendo gestos con el puño mientras despotricaba contra uno de los trabajadores cuya labor dejó mucho que desear.

Tenzin también estaba entre los invitados, lo vi conversando con un par de académicos de Harvard; era imposible no advertir su avasalladora presencia diplomática. Geshe Wangpo estaba de pie frente al salón, cerca del listón de

inauguración. Lo rodeaba un grupo de monjes ya mayores de Namgyal.

Franc, naturalmente, circulaba por todo el establecimiento como pez en el agua, pero en esta ocasión llevaba del brazo a una mujer muy atractiva como de treinta y tantos años. Desde su primer encuentro con Geshe Wangpo, el restaurantero inició una transformación que aún no terminaba, y se reforzaba con las clases que tomaba en el templo cada semana. El arete dorado del Om y las cintas de las bendiciones desaparecieron mucho tiempo antes, y su cabeza, que antes solía rasurar para darse una apariencia ascética, ahora lucía una gruesa capa de cabello rubio. Además, su ropa era mucho menos ajustada, y también menos negra.

No obstante, el cambio más importante no era ninguno de los visibles. Franc se había librado del intimidante acosador que les hacía la vida imposible a sus meseros y personal de cocina. Ahora ya no tenía que ocultar sus exabruptos de ansiedad, porque cuando llegaban a presentarse, en lugar de permitir que su exagerada indignación creciera hasta transformarse en histeria, sólo se apenaba. También dejó atrás las constantes referencias al Dalai Lama y el Dharma que hacía todo el tiempo por aquí y por allá. El origen de Rinpoche no volvió a mencionarse y, de hecho, creo que pasaron semanas sin que se le escuchara pronunciar la palabra «budista».

Pero, ¿quién era la joven que llevaba del brazo? La vi dos veces en el café durante la semana; la primera ocasión pasó más de dos horas discutiendo abiertamente con Franc respecto a una de las mesas de la acera, y la segunda, él la llevó a la cocina, donde pasó un buen rato conversando con los hermanos Dragpa y con Kusali.

Esta noche, la mujer lucía resplandeciente en un vestido color rojo coral. Su largo y oscuro cabello estaba peinado hacia atrás y le bajaba por la espalda, en sus orejas, cuello y muñecas, brillaba su joyería. Me pareció que era la mujer más exquisita que había visto en la vida; sus rasgos denotaban inmensa energía y compasión. Franc se la presentó a varias personas, y estas parecían derretirse ante ella y su calidez en cuanto la conocían.

Yo, por otra parte, cómodamente sentada en mi cojín en forma de loto, entre las ediciones de *Vogue* y *Vanity Fair*, de vez en vez cobraba conciencia del movimiento en mi abultado vientre y contemplaba a la gente reunida en el café con profunda alegría por estar viviendo ese momento, el ahora, y lo que me condujo hasta ahí.

Kyi Kyi, que estaba en su canasta debajo del mostrador, llegó a mi vida al mismo tiempo que Jack, el gurú del desarrollo personal. Gracias a ellos logré entender que era una tontería sentir celos de lo que, según nosotros, es la maravillosa vida de los demás, y que la verdadera causa de la felicidad proviene del deseo sincero de brindar alegría a otros y ayudarles a liberarse de los distintos tipos de insatisfacción que hay, toda vez que el amor y la compasión han sido definidos.

De la señora Trinci aprendí que no basta con saber estas cosas, que nuestra conciencia de la verdad tiene que llegar a ser tan profunda que realmente llegue a modificar nuestro comportamiento, y que a eso le llamamos *entendimiento*.

Gracias a la gran cantidad de gente que me rodeaba y practicaba la atención consciente, comprendí que es fundamental prestarle atención al momento presente si deseamos vivir la rica variedad de la vida cotidiana. Con tan sólo estar conscientes del presente, seremos capaces de que nuestro entendimiento se transforme en acción, además, haremos que incluso cada taza de café que bebamos, se vuelva una experiencia valiosa.

Franc me enseñó sobre las bolas de pelo, sobre el peligro que implica pensar sólo en mí y en lo que sólo hago y pienso yo, porque eso nos puede enfermar. También gracias a él descubrí que el Dharma no se trata de andar por ahí recitando principios que suenan importantes, de vestirse con prendas que llamen la atención o de autonombrarse budista, sino de expresar las enseñanzas con cada pensamiento, palabra y obra.

Y aunque a veces la tarea de convertirse en un ser iluminado parece abrumadora, como Geshe Wangpo lo explicó, no podemos ser flojos ni carecer de confianza en nosotros mismos. Si queremos tener una vida auténtica, ¡necesitamos abrir bien los ojos y hablar fuerte!

A pesar de la gran cantidad de invitados, hacía falta alguien. El Dalai Lama viajaba en ese momento del aeropuerto a Jokhang, después de una breve estancia en el extranjero, sin embargo, su presencia era palpable porque nos abarcaba a todos en aquel salón junto con su mensaje: *Mi religión es la amabilidad*. Como budistas tibetanos que somos, nuestro propósito principal es alcanzar bodhichitta, ese concepto que proviene de la compasión de ayudar a todos los seres vivos y conscientes a encontrar la felicidad.

Esa tarde siguió llegando gente al Café Franc; de hecho, jamás había visto el lugar tan lleno. Para cuando Franc caminó hasta el frente y subió a una pequeña plataforma que se había preparado para la ceremonia, en el local ya sólo cabía gente de pie.

Alguien le dio unos golpecitos a su copa y el barullo disminuyó hasta convertirse en un susurro.

—Gracias a todos por venir —dijo el dueño y miró al grupo de invitados—. Hoy es un día muy especial para todos los que formamos parte de la comunidad de este café, pues no sólo tengo un anuncio que hacer, sino tres.

»El primero es que, como la salud de mi padre empeoró, tendré que dejar el Café Franc para cuidarlo.

La gente expresó su preocupación y sorpresa.

—Quizá tenga que pasar entre seis meses y un año en San Francisco.

Noté que Geshe Wangpo asentía como aprobando lo que decía su alumno.

—Cuando supe que tendría que partir, me pregunté qué haría con el café, porque no quería cerrarlo —de pronto se hizo evidente la consternación de los asistentes—, pero también sabía que no se puede manejar solo. Sin embargo, hace dos semanas tuve la enorme suerte de conocer a Serena Trinci, quien acababa de regresar de

Europa después de trabajar como gerente de varios de los restaurantes más finos de ese continente.

Franc señaló a la joven vestida de rojo que les había estado presentando a los demás toda la tarde. Ella le devolvió el gesto con una amplia sonrisa.

—Serena administró un restaurant de dos estrellas Michelin en Brujas, el Hotel Danieli en Venecia, y además acaba de dirigir un restaurante-bar de los más elegantes de Londres. A pesar de todo, no pudo evitar el llamado de vuelta a casa, a McLeod Ganj, y por eso tengo el gusto de anunciarles que, muy amablemente, ha accedido a hacerse cargo del café durante mi ausencia.

La gente aplaudió con entusiasmo al escuchar el anuncio y le brindó a Serena gestos de aprecio. La señora Trinci observaba la escena llena de orgullo maternal.

—Por otra parte, debo contarles que durante mucho tiempo pensé en cuál sería la mejor manera de aprovechar el espacio de allá —dijo Franc al mismo tiempo que señalaba el área detrás de los invitados, todavía oculta—. Tuve algunas ideas pero no sabía cómo implementarlas, pero luego se presentó otra misteriosa «coincidencia»: llegó la persona adecuada en el momento perfecto. —El restaurantero señaló a Sam, quien estaba cerca de ahí—. Ahora sólo me gustaría pedirle a Geshe Wangpo, mi maestro e invitado de honor, que inaugure formalmente nuestra nueva sección.

En medio de tímidos aplausos, Geshe Wangpo se acercó a Franc, subió a la plataforma y caminó hasta el moño rojo. Estaba a punto de deshacerlo, pero entonces recordó algo:

—¡Ah, sí! Tengo el honor de anunciar la inauguración de esta maravillosa librería —dijo el monje; su vacilación provocó risas de simpatía entre los invitados—. Deseamos que su existencia sea razón de felicidad para todos los seres vivos y que evite el sufrimiento.

En cuanto el lama deshizo el moño, cayeron los paneles de papel y dejaron ver resplandecientes hileras de libros, anaqueles de CDs y una colorida variedad de regalos. La gente aplaudió y demostró su entusiasmo gritando «viva» y «hurra». Franc sonrió y Geshe Wangpo le indicó a Sam que subiera al pódium y se uniera a ellos. Sam sacudió la cabeza negándose vigorosamente, pero el lama insistió. Cuando Sam subió y se colocó entre los dos, los aplausos subieron de volumen y continuaron hasta que el lama levantó la mano con autoridad.

—Los libros de esta tienda —explicó señalando los volúmenes que tenía al frente—, son muy útiles. Lo sé porque ya los revisé. Creo que en las próximas semanas muchos monjes del Monasterio de Namgyal vendrán a visitar la librería. Tal vez no tengan dinero para comprar, pero vendrán a revisar los contenidos.

La seriedad en el rostro de Geshe Wangpo hizo que las carcajadas estallaran entre la gente.

—La persona que eligió los libros, o sea, este hombre —agregó mientras sujetaba fuertemente a Sam del brazo—, ha leído bastantes más, de hecho, muchos más de los

que han leído algunos lamas que conozco. Él posee un gran conocimiento pero es un poco tímido —en la mirada del lama había un brillo travieso—, así que deberán ser pacientes con él.

Y Sam, en vez de avergonzarse, parecía vigorizado al escuchar los comentarios de Geshe Wangpo. Le devolvió la sonrisa; luego miró a los invitados y les dijo en voz alta:

—Te...tenemos una mara... villosa selección de libros aquí. Tenemos clásicos y también libros recientemente editados. Pu... puedo decir con toda co... confianza, que esta sección de libros sobre mente/cuerpo/espíritu está mejor abastecida que la de muchas librerías de Estados Unidos. Espero verlos pronto por aquí.

En cuanto Sam terminó de hablar, la gente aplaudió con ganas. Junto a él, Geshe Wangpo sonrió enigmáticamente.

—Estoy seguro de que todos quieren visitar la nueva sección —dijo Franc, tomando la palabra—; les dará gusto saber que aceptamos tarjetas de crédito. Pero antes tengo que hacer un tercer anuncio: desde este preciso momento, este establecimiento dejará de llamarse Café Franc, para convertirse en The Himalaya Book Café. En la parte exterior tenemos nuestra nueva marquesina, la cual será develada también esta noche.

La gente volvió a aplaudir por un largo rato.

—Cuando abrí aquí mi negocio, todo tenía que ver con la comida y... no trataré de negarlo, conmigo también. Me da gusto poder contarles que las cosas han cambiado. Ahora ofrecemos algo más que sólo comida y, afortunadamente, hemos crecido más allá de mi persona. Tengo el privilegio de trabajar con el equipo de gente que aquí nos acompaña: Jigme y Ngawang Dragpa en la cocina, Kusali y sus muchachos en el comedor y, a partir de este momento, Sam y Serena. Pero ahora, por favor, ¡disfruten de la comida y las bebidas! ¡Y compren muchos libros y regalos! ¡Tendré mucho gusto de volver a verlos a todos cuando regrese de San Francisco!



La fiesta de reinauguración se animó aún más. En cuanto Sam estuvo en la librería, un grupo de ansiosos compradores se formaron en la caja. Mientras tanto, Franc caminó con Serena por todo el local mientras los meseros volvían a llenar las copas de vino y champán. El restaurante, ahora convertido en un emporio, jamás había estado tan lleno de energía, risas y *joie de vivre*.

Qué diferente se veía de la primera vez que entré ahí y casi fui arrojada con fuerza por la puerta. Me pregunto qué habría pasado si jamás hubiese caminado hasta ahí con la ingenua esperanza de comer algo delicioso. ¿O qué habría pasado si no hubiera sido necesario buscarle un hogar a Kyi Kyi? ¿Si Franc no hubiera comenzado a estudiar con Geshe Wangpo? ¿O si Sam no hubiera aparecido en el momento justo?

Había algo muy misterioso y agradable en la cadena de eventos que condujeron hasta ese momento.

Y también en los que estaban por venir.

Esa misma noche, cuando el arranque emocional de compras en la librería menguó, Serena caminó hasta donde estaba Sam y miró complacida el lugar y a la gente.

—¡Ha sido una noche espléndida! —dijo, radiante de felicidad.

—Así es, ¿no es cierto?

Noté que Sam logró despegar la vista del suelo y miraba directamente a la joven con una sonrisa en el rostro que le era imposible ocultar.

Luego ambos empezaron a hablar al mismo tiempo.

—Tú primero —dijo ella.

—N... n... noo —dijo Sam señalándola.

—No, insisto, tú primero.

Desde donde yo me encontraba, pude ver que a Sam se le habían formado manchitas rojas en el cuello otra vez; y luego, como si se tratara de nubes que se juntan para causar una tormenta, las manchas se unieron y formaron una ola color carmesí que subió rápidamente hasta la barbilla del joven, donde se detuvieron.

—Eh, sólo iba a sugerir que... —dijo, en un volumen un poco más alto de lo necesario— bueno, ya que vamos a trabajar juntos...

—¿Sí...? —dijo Serena, animándolo a continuar, al mismo tiempo que se echaba el cabello hacia atrás y la luz hizo brillar sus aretes.

—Sería agradable y... sólo si tú tuvieras suficiente tiempo para...

—¿Sí...? —asintió ella para animarlo más.

—Es decir, tal vez podríamos reunirnos... ¿para comer?

Serena se rio.

—Yo iba a sugerir exactamente lo mismo.

—¿Ah, sí?

—¡Será divertido!

—¿El viernes por la noche?

—¡Hecho! —Serena se inclinó hacia el frente y le dio un sutil beso a Sam en la mejilla.

Él le apretó ligeramente el brazo.

En ese momento salió Franc de entre la multitud, detrás de sus nuevos socios. Y en cuanto vio la mirada de Sam fija en el hombro de Serena, guiñó.



Esa noche, de vuelta en casa, me coloqué de nuevo sobre la repisa de la ventana. El

Dalai Lama, que ya había regresado de Delhi, estaba sentado en su silla leyendo un libro.

La ventana estaba abierta, y además del fresco aroma del pino, parecía que había algo más en el ambiente. Era la esperanza de lo que estaba por venir.

Mientras observaba a Su Santidad leyendo, no pude evitar pensar —como hacía con frecuencia en momentos de contemplación como ése—, lo afortunada que fui al ser rescatada por un hombre tan increíble. Las imágenes de aquel día en las calles de Nueva Delhi, aún surgían sin que yo las invocara, especialmente las de aquellos últimos momentos, cuando me encontraba envuelta en papel periódico y las ganas de vivir parecían estar a punto de abandonarme.

—Qué interesante, mi pequeña Leona de las Nieves —dijo el Dalai Lama después de un rato. Cerró su libro y se acercó para acariciarme—. Estoy leyendo sobre la vida de Albert Schweitzer, ganador del premio Nobel de la Paz en 1952. Era un hombre muy compasivo y sincero. Acabo de leer algo que dijo: *A veces nuestra luz se apaga, pero siempre renace y se torna en llama cuando entramos en contacto con otro ser humano. Todos debemos estar agradecidos profundamente con quienes reavivaron nuestra llama interna.* Estoy de acuerdo, ¿tú no, GSS?

Cerré los ojos y ronroneé.

ACERCA DEL AUTOR

David Michie es autor de los libros *Buddhism for Busy People*, *Hurry Up and Meditate*, y *Enlightenment to Go*. Todos estos títulos han sido publicados internacionalmente y están siendo traducidos a muchos idiomas. David nació en Zimbabue, estudió en la Universidad Rhodes en Sudáfrica, y vivió en Londres diez años. Está casado y vive actualmente con su familia en Perth, Australia.

Website: www.davidmichie.com

Título original: *The Dalai Lama's Cat*.

Traducción: Alejandra Ramos

Diseño de portada: Amy Rose Grigoriou

© 2012, Mosaic Reputation Management

Publicado originalmente en 2012 por Hay House Inc. Estados Unidos.

All rights reserved.

Derechos mundiales exclusivos en español

© 2014, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso

Colonia Chapultepec Morales

C.P. 11570, México, D.F.

www.editorialplaneta.com.mx

Primera edición: octubre de 2014

ISBN: 978-607-07-2408-4

Primera edición en formato epub: octubre de 2014

ISBN: 978-607-07-2440-4

La presente es una obra de ficción. Los nombres, personajes, sitios y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o bien se han utilizado de manera ficticia.

Cualquier parecido con personas vivas o muertas, sucesos o lugares reales, es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Hecho en México

Conversión eBook: TYPE

Índice

1portadilla	2
2índice	4
3enmemoria	5
4prologo	6
5cap1	9
6cap2	22
7cap3	32
8cap4	44
9cap5	54
10cap6	62
11cap7	74
12cap8	86
13cap9	99
14cap10	108
15cap11	120
16cap12	133
17epilogo	142
acercadelautor	150
creditos	151